El País de Oz

Por

Lyman Frank Baum

CAPÍTULO 1

TIP FABRICA UNA CABEZA DE CALABAZA

En el País de los Gillikins, que se extiende al norte del País de Oz, vivía un niño llamado Tip. Ese nombre encerraba algo más, porque la vieja Mombi declaraba a menudo que el nombre completo del joven era Tippetarius; pero como «Tip» servía perfectamente, no se esperaba que nadie dijera una palabra tan larga.

Ese niño no recordaba nada de sus padres, porque había sido criado desde muy joven por la vieja conocida como Mombi, cuya reputación, siento decirlo, no era de lo mejor. Los gillikins tenían razones para sospechar que practicaba artes mágicas, y por lo tanto preferían no relacionarse con ella.

Mombi no era exactamente una bruja, porque la Bruja Buena que gobernaba esa parte del País de Oz había prohibido la existencia de cualquier otra bruja en sus dominios.

Así que la tutora de Tip, por mucho que aspirara a hacer magia, comprendía que era ilegal ser algo más que Hechicera, o a lo sumo Maga.

Tip estaba hecho para traer leña del bosque, que la vieja usaba para hervir cosas en la olla. También trabajaba en los maizales, cavando con la azada o quitando la farfolla a las mazorcas de maíz; además, daba de comer a los cerdos y ordeñaba la vaca de cuatro cuernos que era el especial orgullo de Mombi.

Pero no hay que suponer que trabajaba todo el tiempo, pues sentía que eso le podía hacer daño. A menudo, cuando lo mandaban al bosque, Tip se subía a los árboles para robar los huevos de los pájaros o se divertía persiguiendo los raudos conejos blancos o pescando en los arroyos con alfileres doblados. Después recogía a toda prisa la brazada de leña y la llevaba a casa. Y cuando supuestamente estaba trabajando en los maizales, y los altos tallos lo ocultaban de la vista de Mombi, Tip cavaba en los agujeros de las ardillas o, si tenía ganas, se acostaba boca arriba entre las hileras de maíz y dormía una siesta. Así, cuidando de no agotar las energías, se volvió todo lo fuerte y robusto que puede llegar a ser un niño.

La curiosa magia de Mombi solía asustar a los vecinos, y debido a sus extraños poderes la trataban con timidez, aunque con respeto. Pero Tip la odiaba abiertamente, y no hacía menor esfuerzo por ocultar sus sentimientos. A veces incluso se mostraba menos respetuoso de lo que debía con la vieja, teniendo en cuenta que ella era su tutora.

En los maizales de Mombi había calabazas rojas y doradas que se extendían entre las hileras de tallos verdes; habían sido plantadas y cuidadas con esmero para que la vaca cuatro cuernos pudiera alimentarse con ellas en el invierno. Pero un día, después de cortar y apilar todo el maíz, cuando llevaba las calabazas al establo, a Tip se le ocurrió la idea de ahuecar una y fabricar con ella un farol para dar un susto a la vieja.

De modo que eligió una calabaza grande, entre roja y anaranjada, y se puso a tallarla. Con la punta del cuchillo hizo dos ojos redondos, una nariz triangular y una boca con forma de luna nueva. No podríamos decir que la cara, terminada, fuera exactamente bella; pero tenía una sonrisa tan grande y tan ancha y una expresión tan alegre que hasta Tip rio mientras contemplaba su obra con admiración.

El niño no tenía compañeros de juegos, y no sabía que los niños quitaban el contenido de las calabazas y en el hueco colocaban velas encendidas para hacer que la cara resultara impresionante; pero tuvo una idea que prometía ser mucho más eficaz. Decidió fabricar una forma de hombre que llevara esa cabeza de calabaza y ponerla en un sitio donde la vieja Mombi se la encontrara de frente.

«¡Y entonces —se dijo Tip, riendo— chillará más que el cerdo marrón cuando le tiró del rabo y temblará de miedo más que yo el año pasado cuando tuve la fiebre palúdica!»

Le sobraba tiempo para llevar a cabo esa tarea porque Mombi había ido al pueblo «a comprar provisiones», decía, un viaje de por lo menos dos días.

Así que se fue con el hacha al bosque. Eligió algunos árboles resistentes y jóvenes, los cortó y les quitó todas las ramas y las hojas. Con eso Tip haría los brazos, las piernas y los pies de su hombre. Para el cuerpo quitó una gruesa capa de corteza de un árbol grande y con mucho esfuerzo la convirtió en un cilindro casi del tamaño adecuado, uniendo los bordes con clavijas de madera. Después, silbando alegremente mientras trabajaba, unió con cuidado las extremidades y las sujetó al cuerpo con clavijas que había tallado con el cuchillo.

Cuando terminó la proeza empezaba a oscurecer, y Tip recordó que tenía que ordeñar la vaca y dar de comer a los cerdos. Así que levantó al hombre de madera y se lo llevó a la casa.

Durante la noche, a la luz del fuego de la cocina, Tip redondeó con cuidado todos los bordes de las articulaciones y alisó las partes ásperas de manera pulcra y profesional. Después puso la figura contra la pared y la admiró. Parecía sorprendentemente alta, incluso para un hombre adulto; pero Biso, a los ojos de un niño pequeño, estaba muy bien, y a Tip no le molestó en

absoluto el tamaño de su creación.

A la mañana siguiente, cuando volvió a ver su obra, Tip notó que se había olvidado de dar al muñeco un cuello donde sujetar al cuerpo la cabeza de calabaza. Así que fue de nuevo al bosque, que no estaba muy lejos, y cortó de un árbol algunos trozos de madera para completar la obra. Al volver fijó un travesaño a la parte superior del cuerpo y le hizo un agujero en el centro para mantener erguido el cuello. El pedazo de madera que formaba ese cuello estaba también afilado en la punta, y una vez que todo estuvo listo Tip colocó la cabeza de calabaza, la empujó hacia abajo y descubrió que encajaba muy bien. Se podía hacer girar la cabeza a un lado y a otro, y las articulaciones de los brazos y las piernas le permitían poner el muñeco en cualquier posición que deseara.

—¡Es un hombre magnífico —declaró Tip con orgullo—, que debería arrancar unos cuantos gritos de terror a la vieja Mombi! Pero parecería mucho más real si estuviera bien vestido.

Encontrar ropa para él no parecía una tarea fácil; pero Tip se puso a revolver audazmente en el gran arcón donde Mombi guardaba todos sus recuerdos y tesoros, y en el fondo descubrió unos pantalones morados, una camisa roja y un chaleco rosa con lunares blancos. Llevó todo eso al hombre que había fabricado y, aunque las prendas no combinaban muy bien, consiguió vestir a la criatura en un estilo desenfadado. Unos calcetines tejidos que pertenecían a Mombi y un par de zapatos suyos muy gastados completaron el atavío del hombre, y Tip estaba tan encantado que se puso a dar saltos de alegría y se echó a reír con entusiasmo de niño.

—¡Tengo que darle un nombre! —gritó—. Es necesario que un hombre tan bueno como éste tenga un nombre. ¡Creo —añadió después de pensar un momento— que lo llamaré «Jack Cabeza de Calabaza»!

CAPÍTULO 2

EL MARAVILLOSO POLVO DE LA VIDA

Después de pensar mucho en el asunto, Tip llegó a la conclusión de que el mejor sitio para colocar a Jack sería la curva del camino, a poca distancia de la casa. De manera que empezó a llevar al hombre hacia allí, pero descubrió era pesado y no muy fácil de manejar. Después de arrastrar un rato a la criatura, Tip la puso de pie, y doblándole primero las articulaciones de una pierna y luego las de la otra, mientras la empujaba desde atrás, el niño logró inducir a Jack a caminar hasta la curva del camino. Lo consiguió en unas pocas caídas,

y Tip trabajó más duro que nunca en campos o en el bosque; pero el amor a la travesura lo impulsaba a seguir, y le encantaba comprobar lo ingeniosa que era su obra.

«¡Jack está bien y funciona a la perfección!», se dijo, jadeando a causa del inusual esfuerzo. Pero entonces descubrió que el brazo izquierdo del hombre se había desprendido en el viaje; regresó a buscarlo, y después de tallar un perno nuevo y más fuerte para la articulación del hombro reparó el daño con tanto éxito que el brazo quedó más fuerte que antes. Tip también advirtió que la cabeza de calabaza de Jack había girado hasta quedar mirando hacia atrás, pero eso tenía fácil solución. Cuando, por fin, el hombre estuvo colocado mirando a la curva del camino por donde aparecería la vieja Mombi, tenía un aspecto lo bastante natural para pasar por una aceptable imitación de un granjero gillikin, y lo bastante antinatural para asustar a cualquiera que se le acercara sin darse cuenta.

Como todavía era muy temprano para esperar el regreso de la vieja, Tip fue hasta el valle que había por debajo de la casa y se puso a recoger frutos secos de los árboles.

Sin embargo, la vieja Mombi volvió antes de lo habitual. Había conocido a un brujo malvado que vivía en una cueva aislada en la montaña y había intercambiado con él algunos importantes secretos de magia. Tras conseguir de esa manera tres nuevas fórmulas, cuatro polvos mágicos y un surtido de hierbas de maravilloso poder y potencia, regresó cojeando a casa lo más rápido posible para probar las nuevas brujerías.

Tan concentrada estaba Mombi en los tesoros que había conseguido que al doblar la curva del camino y ver al hombre, se limitó a saludarlo con la cabeza.

—Buenas noches, caballero —dijo.

Pero un instante después, al advertir que la persona no se movía ni respondía, echó una mirada perspicaz a aquella cara y descubrió la cabeza de calabaza, minuciosamente tallada por el cuchillo de Tip.

—¡Eh! —exclamó Mombi, soltando una especie de gruñido—. ¡Ese granuja ha estado gastando bromas de nuevo! ¡Muy bien! ¡Muuy bien! ¡Le daré una tremenda paliza por intentar asustarme de esta manera!

Furiosa, Mombi levantó el bastón para aplastar la sonriente cabeza de calabaza del muñeco; pero de repente se le ocurrió algo, y el bastón levantado se quedó quieto en el aire.

—¡Vaya, qué buena oportunidad tengo aquí para probar el nuevo polvo mágico! —dijo entusiasmada—. Entonces sabré si ese brujo malvado me ha

vendido sus secretos o si me ha engañado tan perversamente como yo lo engañé a él.

La vieja dejó la cesta en el suelo y se puso a hurgar en busca de uno de los polvos preciosos que había conseguido.

Mientras Mombi estaba ocupada haciendo eso, Tip regresó del paseo con los bolsillos llenos de frutos secos y descubrió a la vieja junto a su creación, aparentemente nada asustada.

Al principio Tip se sintió defraudado, pero después sintió curiosidad y quiso saber qué haría Mombi. De manera que se ocultó detrás de un seto desde donde podía ver sin ser visto, y se preparó a observar.

Después de hurgar un rato, la mujer sacó de la cesta una vieja caja de pimienta con una etiqueta desteñida sobre la que el brujo había escrito con lápiz «Polvo de la Vida».

—¡Ah, aquí está! —gritó la vieja, muy contenta—. Ahora veamos si es potente. El tacaño del brujo no me dio mucha cantidad, pero supongo que esto basta para dos o tres dosis.

Tip se sorprendió mucho al oír esas palabras. Después vio cómo la vieja Mombi levantaba el brazo y esparcía el polvo de la caja sobre la cabeza de calabaza de Jack. Lo hizo como quien echa pimienta a una patata asada, y el polvo cayó de la cabeza de Jack y se desparramó sobre la camisa roja, el chaleco rosa y los pantalones morados que Tip le había puesto, y una parte incluso cayó sobre los gastados y remendados zapatos.

Después Mombi guardó la caja de pimienta en la cesta, levantó la mano izquierda y señaló hacia arriba con el diminuto dedo índice.

—¡Weaugh! —dijo.

Después levantó la mano derecha, señalando con el dedo pulgar hacia arriba, y dijo:

—¡Teaugh!

Después levantó las dos manos, con los índices y los pulgares estirados, y gritó:

—¡Peaugh!

Al oír eso, Jack Cabeza de Calabaza dio un paso atrás.

—¡No chilles así! —dijo en tono de reproche—. ¿Crees que soy sordo?

La vieja Mombi daba saltos alrededor del muñeco, enloquecida de placer.

—¡Está vivo! —gritaba—. ¡Está vivo! ¡Está vivo!

Entonces lanzó el bastón al aire, lo recogió y, abrazada, ensayó unos pasos de baile, sin dejar de repetir, embelesada:

—¡Está vivo! ¡Está vivo! ¡Está vivo!

Uno puede imaginar con cuánto asombro observaba Tip do eso.

Al principio estaba tan asustado y horrorizado que quiso salir corriendo, pero le temblaban tanto las piernas que no pudo volverse. Pero de repente le pareció muy divertido que Jack cobrara vida, sobre todo porque la expresión de aquella cara de calabaza era tan graciosa y cómica que daba risa. Entonces, sobreponiéndose al miedo inicial, Tip se echó a reír, y sus alegres carcajadas llegaron a los oídos de la vieja Mombi. Esta fue colocando al seto, donde agarró a Tip por el cuello y lo arrastró hasta donde había dejado la cesta y el hombre de cabeza de calabaza.

—¡Granuja, tramposo y malvado! —exclamó, furiosa—. ¡Ya te enseñaré a espiar mis secretos y a reírte de mí!

—No me reía de usted —protestó Tip—. ¡Me reía del viejo Cabeza de Calabaza! ¡Mírelo! ¿No es fantástico?

—Espero que no te estés burlando de mi aspecto personal —dijo Jack, y fue tan cómico oír esa voz grave mientras el rostro conservaba la gran sonrisa que Tip se rio otra vez a carcajadas.

Hasta la vieja Mombi mostraba un curioso interés en el hombre al que su magia había dado la vida. Después de mirarlo atentamente, preguntó:

—¿Qué sabes?

—Bueno, no es fácil decirlo —respondió Jack—. Porque, aunque siento que sé muchísimo, todavía no soy consciente de todo lo que hay para descubrir en el mundo. Me llevará un tiempo averiguar si soy muy sabio o muy tonto.

—Por supuesto —dijo Mombi, pensativa.

—Pero, ¿qué va a hacer con él ahora que está vivo? —preguntó Tip, intrigado.

—Ya lo pensaré —respondió Mombi—. Pero tenemos que irnos ya a casa porque está oscureciendo. Ayuda a Cabeza de Calabaza a caminar.

—No te preocupes por mí —dijo Jack—; puedo caminar tan bien como tú. ¿Acaso no tengo piernas y pies articulados?

—¿Articulados? —preguntó la mujer, volviéndose hacia Tip.

—Sí, claro. Yo mismo los hice —dijo con orgullo el niño.

Echaron a andar hacia la casa, pero cuando llegaron al corral la vieja

Mombi metió al hombre de calabaza en el establo de las vacas y lo encerró y atrancó la puerta por fuera.

—Primero me ocuparé de ti —dijo señalando con la cabeza a Tip.

Al oír eso el niño se preocupó, porque sabía que Mombi tenía un corazón perverso y vengativo, y haría sin dudar cualquier maldad.

Entraron en la casa, que era redonda y abovedada como todas las casas del País de Oz.

Mombi ordenó al niño que encendiera una vela mientras ponía la cesta en un armario y colgaba la capa en un gancho, Tip obedeció rápidamente porque tenía miedo a la vieja. Una vez encendida la vela, Mombi le ordenó que preparase el fuego de la chimenea, y mientras Tip estaba ocupado la vieja se puso a cenar. Las primeras llamas empezaron a chisporrotear y el niño se acercó a ella y le pidió su lite de pan y queso, pero Mombi se la negó.

—¡Tengo hambre! —dijo Tip, enfurruñado.

—Pronto se te pasará —respondió Mombi con mirada hosca.

Al niño no le gustaba esa manera de hablar, porque sonaba a amenaza, pero recordó que tenía frutos secos en los bolsillos y tras partir algunos se los comió mientras la mujer se levantaba, sacudía las migas del delantal y colgaba sobre el fuego una pequeña tetera negra. Después midió cantidades iguales de leche y vinagre y las vertió en ella. A continuación, sacó varios paquetes de hierbas y polvos y empezó a añadir una parte de cada uno al contenido de la tetera. De vez en cuando se acercaba a la vela y leía en un papel amarillo la receta del mejunje que estaba preparando.

Mientras la observaba, Tip se iba poniendo cada vez más nervioso.

—¿Para qué es eso? —preguntó.

—Para ti —respondió Mombi lacónicamente.

Tip se retorció en el taburete y se quedó mirando un rato la tetera, que empezaba a borbotar. Después echó una ojeada a la cara arrugada de la bruja y deseó estar en cualquier parte menos en esa cocina oscura y llena de humo, donde hasta las sombras que arrojaba la vela sobre la pared bastaban para aterrorizar a cualquiera. Así transcurrió una hora durante la cual sólo interrumpieron el silencio el borboteo del cacharro y el sisear de las llamas.

Finalmente, Tip habló de nuevo.

—¿Tengo que beberme esa cosa? —preguntó, señalando Con la cabeza hacia el cacharro.

—Sí —dijo Mombi.

—¿Qué me hará? —preguntó Tip.

—Si está bien hecho —respondió Mombi—, te cambiará o te convertirá en una estatua de mármol.

Tip soltó un gemido y se secó el sudor de la frente con la manga.

—¡No quiero ser una estatua de mármol! —protestó.

—Eso no importa; yo sí quiero que lo seas —dijo la vieja, mirándolo con severidad.

—Entonces ¿para qué serviré? —preguntó Tip—. No habrá nadie que trabaje para usted.

—Haré que Cabeza de Calabaza trabaje para mí —dijo Mombi.

Tip volvió a gemir.

—¿Por qué no me convierte en una cabra o en un pollo? —preguntó Tip con ansiedad—. Con una estatua de mármol no puede hacer nada.

—Oh, sí, claro que puedo —respondió Mombi—. La próxima primavera plantaré un jardín de flores y te pondré en el lío, como adorno. No sé por qué no se me ocurrió antes; hace años que eres un estorbo.

Ante esas terribles palabras Tip sintió que las gotas de sudor le bañaban todo el cuerpo, pero siguió sentado, temblando y mirando la tetera con ansiedad.

—Quizá no funcione —farfulló con voz débil y desanimada.

—Pues yo creo que sí —dijo Mombi de buen humor—. Casi nunca me equivoco.

Hubo otro largo período de silencio, un silencio tan largo y sombrío que cuando Mombi sacó por fin la tetera del fuego ya casi era medianoche.

—No puedes beber esto hasta que esté bastante frío —anunció la vieja bruja, pues a pesar de la ley ella había reconocido que practicaba la brujería—. Ahora debemos acostarnos, y cuando amanezca te llamaré y completaré tu transformación en estatua de mármol.

Dicho eso Mombi entró cojeando en su dormitorio, llevando la tetera humeante, y Tip oyó cómo cerraba la puerta con llave.

El niño no se fue a la cama, como se le había ordenado, sino qué siguió sentado mirando desafiante las brasas de la chimenea.

CAPÍTULO 3

LA HUIDA DE LOS FUGITIVOS

Tip reflexionó.

«Es muy duro ser una estatua de mármol —pensó, con rebeldía—, y no voy a soportarlo. Dice que hace años que soy Una molestia para ella, así que quiere deshacerse de mí. Bueno, para eso hay una manera más fácil que convertirme en estatua. ¡A ningún niño le resultaría divertido quedarse de pie para siempre en medio de un jardín de flores! Me escaparé, eso es lo que haré, y lo mejor es que me vaya antes de que me haga tragar el asqueroso mejunje de la tetera».

Esperó hasta que los ronquidos de la vieja bruja anunciaron que estaba completamente dormida y entonces se levantó sin hacer ruido y fue hasta el armario a buscar algo para comer.

«Es inútil empezar un viaje sin comida», decidió mientras exploraba los estrechos estantes.

Encontró algunos mendrugos; pero tenía que buscar dentro de la cesta de Mombi, a ver si estaba allí el queso que había traído del pueblo. Mientras revolvía dentro de la cesta se topó con la caja de pimienta que contenía el «Polvo de la Vida».

«Tendría que llevármelo —pensó—; de lo contrario Mombi lo seguirá usando para hacer daño». Así que metió la caja en el bolsillo, junto con el pan y el queso.

Después, con sigilo, salió de la casa y echó el pestillo a la puerta. Afuera la luna y las estrellas brillaban con intensidad, y la noche parecía tranquila y atractiva después de haber estado en la cocina estrecha y maloliente.

—Me alegraré de haber escapado —dijo Tip con un susurro—; nunca me gustó esa vieja. No sé por qué me fui a vivir con ella.

Iba despacio hacia el camino cuando un pensamiento lo hizo detenerse.

—No quiero dejar al pobre Jack Cabeza de Calabaza a merced de la vieja Mombi —dijo entre dientes—. Además, Jack me pertenece, porque yo lo hice, aunque la vieja bruja le haya dado la vida.

Volvió al establo de la vaca y abrió la puerta del compartimiento, donde había sido abandonado el hombre con cabeza de calabaza.

Jack estaba allí de pie, y a la luz de la luna Tip vio que sonreía con la jovialidad de siempre.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —dijo el niño, haciéndole señas.

—¿Adonde? —preguntó Jack.

—Lo sabrás cuando yo lo sepa —respondió Tip, sonriendo compasivamente a la cara de calabaza—. Todo lo que tenemos que hacer ahora es irnos de excursión.

—¡Muy bien! —dijo Jack, y con paso torpe salió del establo a la luz de la luna.

Tip echó a andar hacia el camino y el hombre lo siguió. Jack caminaba con cierta cojera, y de vez en cuando alguna de las articulaciones de las piernas no giraba hacia delante sino hacia atrás, y entonces casi se caía. Pero Cabeza de Calabaza advirtió eso enseguida, y se esforzó por pisar con más cuidado, de modo que tuvo pocos accidentes.

Tip lo llevó por el camino sin detenerse ni un instante. No podían ir muy rápido, pero caminaban a un ritmo constante, y cuando la luna desapareció y el sol asomó sobre las montañas se habían alejado tanto que el niño ya no tenía motivos para temer la persecución de la vieja bruja. Además, Tip se había metido primero por un camino y luego por otro, así que si alguien los siguiera la costaría mucho adivinar qué camino habían seguido o por dónde habría que buscarlos.

Satisfecho de haberse librado —al menos por una vez— de convertirse en una estatua de mármol, el niño detuvo a su compañero y se sentó sobre una piedra a un lado del camino.

—Desayunemos algo —dijo.

Jack Cabeza de Calabaza miró a Tip con curiosidad, pero se negó a acompañarlo en el ágape.

—Me parece que no estoy hecho como tú —dijo.

—Lo sé —dijo Tip—, porque yo mismo te hice.

—¡Oh! ¿De veras? —preguntó Jack.

—Por supuesto. Y te armé. Y te tallé los ojos, la nariz, las orejas y la boca —dijo Tip con orgullo—. Y te vestí.

Jack se miró el cuerpo y las extremidades con ojo crítico.

—Me parece que hiciste un buen trabajo —comentó.

—Bueno, más o menos —dijo Tip con modestia, porque empezaba a ver ciertos defectos en la construcción de aquel hombre—. Si hubiera sabido que íbamos a viajar juntos quizá habría puesto un poco más de cuidado.

—¡Vaya! Entonces —dijo Cabeza de Calabaza en un tono que expresaba sorpresa—, ¡tú debes de ser mi creador…! ¡Mi progenitor…! ¡Mi padre!

—O tu inventor —dijo el niño, riéndose—. Sí, hijo mío. ¡Claro que sí!

—Entonces te debo obediencia —prosiguió el hombre—, y tú debes mantenerme.

—Así es, exacto —declaró el niño, y se levantó de un saltón Sigamos nuestro camino.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jack cuando reanudaron el viaje.

—No estoy muy seguro —dijo el niño—; pero me parece que vamos hacia el sur, y eso significa que tarde o temprano llegaremos a la Ciudad Esmeralda.

—¿Qué ciudad es ésa? —preguntó Cabeza de Calabaza.

—Bueno, es el centro del País de Oz y la ciudad más grande de todo el país. Nunca he estado allí, pero conozco bien su historia. Fue construida por un poderoso y maravilloso mago llamado Oz, y allí todo es de color verde, como es de color violeta todo lo que hay en el País de los Gillikins.

—¿Aquí todo es de color violeta? —preguntó Jack.

—Claro que sí. ¿No lo ves? —dijo el niño.

—Me parece que soy daltónico —dijo Cabeza de Calabaza después de echar una ojeada alrededor.

—Bueno, la hierba es violeta y los árboles son violeta y las casas y las cercas son violeta —explicó Tip—. Hasta el barro de los caminos es violeta. Pero todo lo que aquí es violeta en la Ciudad Esmeralda es verde. Y en el País de los Munchkins, allá por el este, todo es azul; y al sur, en el País de los Quadlings todo es rojo; y al oeste, en el País de los Winkies, donde gobierna el Leñador de Hojalata, todo es amarillo.

—¡Oh! —dijo Jack. Más tarde, tras una pausa, preguntó—: ¿Dijiste que un Leñador de Hojalata gobierna a los winkies?

—Sí, él fue uno de los que ayudaron a Dorothy a destruir a la Bruja Mala del Oeste, y los winkies quedaron tan agradecidos que lo invitaron a que los gobernara, así como el pueblo de la Ciudad Esmeralda invitó al Espantapájaros a ser su gobernante.

—¡Vaya! —dijo Jack—. Estoy confundido con toda esa historia. ¿Quién es el Espantapájaros?

—Otro amigo de Dorothy —respondió Tip.

—¿Y quién es Dorothy?

—Era una niña que vino desde Kansas, un sitio del gran Mundo exterior. Llegó al País de Oz arrastrada por un ciclón, y mientras estuvo aquí el

Espantapájaros y el Leñador de Hojalata la acompañaron en sus viajes.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Cabeza de Calabaza.

—Glinda la Buena, que gobierna a los quadlings, la envió de vuelta a casa —dijo el niño.

—¡Oh! ¿Y qué pasó con el Espantapájaros?

—Ya te lo dije. Gobierna la Ciudad Esmeralda —contestó Tip.

—Te entendí que estaba gobernada por un mago maravilloso —dijo Jack, que parecía cada vez más confundido.

—Bueno, eso dije. Ahora presta atención y te lo explicaré —dijo Tip, hablando despacio y mirando al sonriente Cabeza de Calabaza directamente a los ojos—. Dorothy fue a la Ciudad Esmeralda a pedir al Mago que la enviara de vuelta a Kansas, y el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata la acompañaron. Pero el Mago no la pudo enviar de vuelta porque no era tan mago como debiera. Y entonces se enfadaron con él y lo amenazaron con desenmascararlo; de manera que el Mago fabricó un enorme globo y se escapó en él, y desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

—Es una historia muy interesante —dijo Jack, contento—, y entiendo todo perfectamente menos la explicación.

—Me alegro —dijo Tip—. Al irse el Mago, los habitantes de la Ciudad Esmeralda proclamaron rey a Su Majestad el Espantapájaros, y he oído decir que es un gobernante muy popular…

—¿Vamos a ver a ese extraño rey? —preguntó Jack, interesado.

—Podríamos —respondió el niño—, a menos que tengas algo mejor que hacer.

—Oh, no, mi querido padre —dijo Cabeza de Calabaza—. Estoy dispuesto a ir a donde tú quieras.

CAPÍTULO 4

TIP HACE UN EXPERIMENTO DE MAGIA

El niño, pequeño y de aspecto más bien delicado, parecía un tanto avergonzado de que el alto y torpe hombre Cabeza de Calabaza lo llamara «padre»; pero negar la relación implicaría otra explicación larga y tediosa, así que, para cambiar de tema, preguntó de repente:

—¿Estás cansado?

—¡Claro que no! —respondió el otro—. Pero —continuó, después de una pausa— creo que si sigo caminando se me gastarán las articulaciones.

Mientras avanzaban, Tip pensó que eso era verdad. Empezó a lamentarse de no haber fabricado las extremidades de madera con más cuidado y solidez. Pero, ¿cómo podía haber imaginado que el hombre construido sólo para asustar a la vieja Mombi cobraría vida por obra de un polvo mágico que había en una vieja caja de pimienta?

Dejó por lo tanto de hacerse reproches y empezó a pensar cómo podía remediar las deficiencias de las débiles articulaciones de Jack.

Mientras estaba ocupado en eso llegaron a la linde de un bosque, y el niño se sentó a descansar sobre un viejo caballete que algún leñador había olvidado allí.

—¿Por qué no te sientas? —preguntó a Cabeza de Calabaza.

Jack trató entonces de sentarse, pero al doblar las articulaciones más de lo habitual cedieron del todo y se desplomó con tanto estrépito que Tip temió que se hubiera desarmado.

Corrió hacia el hombre, lo levantó, le enderezó los brazos las piernas y le tocó la cabeza para ver si por casualidad se le había partido. Pero Jack no parecía dañado en absoluto:

—Supongo que en lo sucesivo conviene que te quedes de pie —dijo Tip—. Creo que es lo más seguro.

—Muy bien, querido padre. Como tú digas —respondió el sonriente Jack, que no estaba nada atontado por la caída.

Tip se sentó de nuevo. Después de un rato, Cabeza de Calabaza preguntó:

—¿Qué es esa cosa en la que estás sentado?

—Oh, es un caballete —dijo el niño sin prestar atención.

—¿Qué es un caballete? —preguntó Jack.

—¿Un caballete? Bueno, hay dos tipos de caballos —respondió Tip, sin saber bien cómo explicarlo—. Un tipo de caballo está vivo y tiene cuatro patas y una cabeza y una cola. Y la gente monta sobre su lomo.

—Entiendo —dijo Jack, muy alegre—. Ése es el tipo de caballo en el que estás sentado.

—Pues no —se apresuró a decir Tip.

—¿Por qué no? Ese tiene cuatro patas, una cabeza y una cola.

Tip miró el caballete con más detenimiento y vio que Cabeza de Calabaza tenía razón. El cuerpo había sido hecho con un tronco de árbol, y en un extremo habían dejado una rama que sobresalía y se parecía mucho a una cola. En el otro extremo asomaban dos grandes nudos parecidos a ojos, y le habían cortado un trozo de modo que se podía confundir fácilmente con el hocico de un caballo. En cuanto a las patas, eran cuatro palos rectos cortados de un árbol y bien asegurados al cuerpo, que se abrían lo bastante como para que el caballete permaneciera firme al ponerle encima un tronco para aserrarlo.

—Esta cosa se parece más a un caballo de verdad de lo que yo pensaba —dijo Tip, tratando de explicar—. Pero un caballo de verdad está vivo, trota, salta y come avena, mientras que éste no es más que un caballo muerto, hecho de madera y usado para aserrar troncos encima.

—Si estuviera vivo, ¿no trotaría y brincaría y comería avena? —preguntó Cabeza de Calabaza.

—Quizá trotaría y brincaría, pero no comería avena —dijo el niño riéndose de la idea—. Y, por supuesto, no puede tener vida, porque está hecho de madera.

—Yo también —respondió el hombre.

Tip lo miró sorprendido.

—¡Vaya, tú también! —exclamó—. Y el polvo mágico que te dio la vida está aquí en mi bolsillo.

Sacó la caja de pimienta y la miró con curiosidad.

—Me pregunto —dijo pensativo— si esto daría vida al caballete.

—Si se la diera —comentó Jack con calma, porque nada parecía sorprenderlo— yo podría montarme en su lomo, y evitar así que mis articulaciones se gastaran.

—¡Lo intentaré! —gritó el niño, dando un salto—. Pero no sé si podré recordar las palabras que dijo la vieja Mombi y la manera en que levantó las manos.

Pensó un minuto, y como había mirado con mucha atención desde el seto cada movimiento de la vieja bruja, y escuchado cada una de las palabras, creía que podía repetir exactamente lo que ella había dicho y hecho.

Así que empezó a echar un poco del mágico Polvo de la Vida de la caja de pimienta sobre el cuerpo del caballete. Después levantó la mano izquierda, apuntando hacia arriba con el meñique, y dijo:

—¡Weaugh!

—¿Qué es eso, querido padre? —preguntó Jack con curiosidad.

—No lo sé —respondió Tip. Después levantó la mano derecha, apuntando hacia arriba con el pulgar, y dijo—: ¡Teaugh!

—¿Qué significa eso, querido padre? —inquirió Jack.

—¡Significa que debes quedarte callado! —respondió el niño, molesto por la interrupción en un momento tan importante.

—¡Qué rápido aprendo! —comentó Cabeza de Calabaza con su eterna sonrisa.

Tip levantó las dos manos por encima de la cabeza, apuntando, hacia arriba con todos los dedos, y gritó con fuerza:

—¡Peaugh!

De inmediato, el caballete se movió, estiró las patas, bostezó con aquel hocico recortado y se sacudió de encima algunos granos del polvo. El resto del polvo parecía haber desaparecido en el cuerpo del caballete.

—¡Bien! —dijo Jack mientras el niño miraba atónito—. ¡Eres un hechicero muy inteligente, querido padre!

CAPÍTULO 5

EL DESPERTAR DEL CABALLETE

El caballete, al descubrir que estaba vivo, pareció más atónito que Tip. Movió los ojos nudosos a un lado y a otro, echando una primera mirada de asombro al mundo en el que ahora tenía una existencia tan importante. Después trató de mirarse a sí mismo, pero le faltaba cuello para volver la cabeza, de manera que el empeño por verse el cuerpo lo tuvo dando vueltas una y otra vez, sin vislumbrar el menor detalle. Al carecer de articulaciones en las rodillas, las patas eran rígidas y torpes, y terminó chocando contra Jack Cabeza de Calabaza, a quien derribó e hizo rodar sobre el musgo que cubría el borde del camino.

Tip se alarmó al ver ese accidente, lo mismo que la insistencia del Caballete en brincar y dar vueltas en círculo.

—¡So! —gritó—. ¡So!

El Caballete no prestó ninguna atención a esa orden, y un instante después apoyó una de las patas de madera sobre el pie de Tip con tanta fuerza que el niño se alejó dando saltos de dolor hasta quedar a salvo, y desde allí volvió a

chillar:

—¡So! ¡So, te digo!

Jack había logrado sentarse y miraba al Caballete con mucho interés.

—No creo que el animal te oiga —comentó.

—¿Acaso no grito con fuerza suficiente? —preguntó Tip con furia.

—Sí, pero el caballo no tiene orejas —dijo el sonriente Cabeza de Calabaza.

—¡Es verdad! —exclamó Tip, reparando por primera vez en ese hecho—. Entonces ¿cómo voy a pararlo?

Pero en ese instante el Caballete se detuvo solo, pues había llegado a la conclusión de que le resultaba imposible verse el cuerpo. Pero vio a Tip, y se acercó al niño para observarlo con más atención.

Era realmente cómico ver caminar a aquella criatura, pues adelantaba al mismo tiempo las patas de la derecha y después las de la izquierda, como hacen los caballos cuando van al paso, y eso hacía que el cuerpo se meciera como una cuna.

Tip le palmeó la cabeza y dijo «¡Buen chico! ¡Buen chico!» en tono persuasivo, y el Caballete se alejó dando brincos para examinar con aquellos ojos saltones la forma de Jack Cabeza de Calabaza.

—Tengo que encontrar un cabestro —dijo Tip; buscó en el bolsillo y sacó un rollo de cuerda resistente. Lo desenrolló y se acercó al Caballete y le ató la cuerda alrededor del cuello, y después amarró el otro extremo a un árbol grande. Al no entender esa acción, el caballete dio un paso atrás y rompió la cuerda con facilidad, aunque no intentó huir.

—Es más fuerte de lo que yo creía —dijo el niño—, y también más obstinado.

—¿Por qué no le fabricas unas orejas? —preguntó Jack—. Así podrás decirle lo que tiene que hacer.

—¡Es una estupenda idea! —dijo Tip—. ¿-Cómo se te ha ocurrido?

——No se me ha ocurrido —respondió Cabeza de Calabaza—. No ha hecho falta, porque es la cosa más fácil y sencilla de hacer.

Tip sacó la navaja y formó unas orejas con la corteza dé un pequeño árbol.

—No tengo que hacerlas muy grandes —dijo mientras tallaba—, para que nuestro caballo no se convierta en burro.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jack desde el borde del camino.

—Un caballo tiene orejas más grandes que un hombre, y un burro tiene orejas más grandes que un caballo —explicó.

—Entonces, si mis orejas fueran más largas, ¿yo sería un caballo? —preguntó Jack.

—Amigo mío —dijo Tip con solemnidad—, por grandes que sean tus orejas tú jamás serás otra cosa que un Cabeza de Calabaza.

—¡Oh! —dijo Jack, asintiendo con la cabeza—. Me parece que entiendo.

—Si entiendes eres una maravilla —señaló el niño—, pero aunque creas que entiendes, no está mal. Me parece que las orejas ya están listas. ¿Podrías sujetar al caballo mientras se las coloco?

—Por supuesto, si me ayudas a levantarme —dijo Jack.

Tip lo levantó, y Cabeza de Calabaza fue hasta el caballo y le sujetó la cabeza mientras el niño hacía en ella dos agujeros con la hoja de la navaja y le insertaba las orejas.

—Le dan muy buen aspecto —dijo Jack con admiración.

Pero esas palabras, dichas cerca del Caballete y al ser los primeros sonidos que oía el animal, lo asustaron tanto que saltó hacia delante y tumbó a Tip a un lado y a Jack al otro. Después siguió corriendo, como si lo asustara el ruido de sus propios pasos.

—¡So! —gritó Tip, levantándose—. ¡So, idiota! ¡So!

El Caballete quizá no habría hecho caso a esas palabras, pero en ese instante metió una pata en una cueva de ardilla y cayó rodando al suelo, donde quedó de espaldas agitando frenéticamente las cuatro patas en el aire.

Tip se acercó corriendo.

—¡Tengo que reconocer que eres un bonito caballo! —exclamó—. ¿Por qué no te detuviste cuando te grité «so»?

—¿«So» quiere decir que hay que detenerse? —preguntó el Caballete, con voz de sorpresa mientras movía los ojos hacia arriba para mirar al niño.

—Claro —respondió Tip.

—Y un agujero en el suelo también significa que hay que detenerse ¿verdad? —prosiguió el caballo.

—Por supuesto, a menos que saltes por encima —dijo Tip.

—¡Qué extraño lugar es éste! —exclamó la criatura, algo pasmada—. ¿Y qué hago aquí?

—Resulta que te he dado la vida —respondió el niño—, pero eso no te hará daño si me atiendes y haces lo que yo te diga.

—Entonces haré lo que tú me digas —dijo con humildad el Caballete—. Pero ¿qué me pasó hace un rato? Tengo la sensación de que algo falla.

—Estás patas arriba —explicó Tip—. Deja de patalear un minuto y volveré a ponerte del lado que corresponde.

—¿Cuántos lados tengo? —preguntó, sorprendida, la criatura.

—Varios —dijo Tip lacónicamente—. Pero deja tranquilas esas patas.

El Caballete se quedó callado y dejó de mover las patas; después de varios intentos, logró darle la vuelta y ponerlo otra vez de pie.

—¡Ah, ahora parece que estoy bien! —dijo el extraño animal con un suspiro.

—Se te ha roto una de las orejas —anunció Tip después un cuidadoso examen—. Te haré una nueva.

A continuación, llevó al Caballete hasta donde Jack estaba luchando en vano por levantarse, y después de ayudar a Cabeza de Calabaza a ponerse de pie, Tip talló una nueva oreja y la pegó en la cabeza del caballo.

—Ahora —dijo, dirigiéndose al corcel— presta atención a lo que voy a decirte. «¡So!» significa detenerse; «¡Arre!» significa andar; «¡Al trote!» significa ir lo más rápido posible. ¿Entendido?

—Creo que sí —respondió el caballo.

—Muy bien. Vamos a viajar a la Ciudad Esmeralda para ver a Su Majestad el Espantapájaros, y Jack Cabeza de Calabaza va a montar sobre tu lomo para que no se le gasten las articulaciones.

—No tengo ningún inconveniente —dijo el Caballete—. Todo lo que te conviene a ti me conviene a mí.

Entonces Tip ayudó a Jack a subirse al caballo.

—Agárrate fuerte —le advirtió—. Puedes caerte y partirte la cabeza.

—¡Eso sería horrible! —dijo Jack, temblando—. ¿Dónde me agarro?

——Pues agárrate de las orejas —respondió Tip después de dudar un instante.

——¡No hagas eso! —protestó el Caballete—. Yo no podría oír.

Eso parecía razonable, así que Tip trató de encontrar otra solución.

—¡Ya resolveré el problema! —dijo finalmente.

Fue al bosque y cortó un trozo corto de rama de un árbol joven y resistente. Afiló una de las puntas y después hizo un agujero en la espalda del Caballete, justo detrás de la cabeza. A continuación, llevó una piedra del camino y martilló con fuerza clavando el palo en el lomo del animal.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó el caballo—. ¡Me estás haciendo temblar terriblemente!

———-¿Te duele? —preguntó el niño.

—No es exactamente dolor —respondió el animal—, pero con esos temblores me pones muy nervioso.

—Bueno, ya he terminado —dijo Tip en tono alentador—. Ahora, Jack, agárrate fuerte a ese tronco para no caerte y hacerte añicos.

Así que Jack se agarró con fuerza.

—¡Arre! —dijo Tip al caballo.

La obediente criatura se puso inmediatamente en marcha, balanceándose al levantar las patas del suelo.

Tip caminaba junto al Caballete, muy contento con esa incorporación al grupo. Pronto se puso a silbar.

—¿Qué significa ese sonido? —preguntó el caballo.

—No le prestes atención —dijo Tip—. Sólo estoy silbando, y eso significa que me siento muy satisfecho.

—Yo mismo silbaría si pudiera juntar los labios —comentó Jack—. Tengo la sensación, querido padre, de que en algunos aspectos no soy muy completo.

Después de caminar una cierta distancia, el camino estrecho por el que iban se transformó en una amplia calzada, pavimentada con ladrillos amarillos. Al lado del camino Tip vio un poste indicador que decía:

«14 KILÓMETROS PARA LA CIUDAD ESMERALDA»

Pero ya estaba oscureciendo, así que decidió acampar a la orilla del camino y reanudar el viaje al amanecer del día siguiente. Llevó al Caballete a una pequeña elevación cubierta de hierba, donde crecían varios árboles frondosos, y con cuidado ayudó a Cabeza de Calabaza a apearse.

—Me parece que te voy a acostar en el suelo durante la noche —dijo el niño—. Así estarás más seguro.

—¿Y yo? —preguntó el Caballete.

—No te hará daño quedarte de pie —contestó Tip—, y ya que no puedes dormir convendría que estuvieras atento por si alguien se acerca a

molestarnos.

Después el niño se acostó sobre la hierba junto a Cabeza de Calabaza, y como estaba tan agotado por el viaje pronto se durmió profundamente.

CAPÍTULO 6

JACK CABEZA DE CALABAZA VIAJA A CABALLO A LA CIUDAD ESMERALDA

Al alba, Cabeza de Calabaza despertó a Tip. El niño se quitó las legañas de los ojos, se lavó en un arroyo y después comió un poco del pan y del queso que tenía.

—Pongámonos en marcha —dijo, preparado ya para el nuevo día—. Catorce kilómetros es mucha distancia, pero deberíamos estar en Ciudad Esmeralda antes del mediodía, si no ocurre ningún contratiempo.

Cabeza de Calabaza volvió a encaramarse sobre el lomo del Caballete y reiniciaron el viaje.

Tip notó que el color violeta de la hierba y de los árboles había virado a un tenue azul lavanda, y pronto ese azul lavanda adquirió un tinte verdoso que se fue haciendo cada vez más intenso a medida que se acercaban a la gran ciudad donde gobernaba el Espantapájaros.

El pequeño grupo apenas había recorrido tres kilómetros cuando el camino de ladrillos amarillos se vio atravesado por un río ancho y rápido. Tip no sabía qué hacer para cruzarlo, pero un rato más tarde descubrió un hombre en una barca que se acercaba desde la otra orilla.

Cuando el hombre llegó a donde estaban, Tip le preguntó:

—¿Puedes llevarnos al otro lado?

——Sí, si tenéis dinero —respondió el barquero, que tenía una cara desagradable y parecía enfadado.

—Pero no tenemos dinero —dijo Tip.

—¿Nada? —preguntó el hombre.

—Nada —respondió el niño.

—Entonces no me romperé el lomo remando hasta el otro lado —dijo el barquero sin vacilar.

—¡Qué señor tan amable! —comentó sonriente Cabeza de Calabaza.

El barquero lo miró pero no dijo nada. Tip trataba de pensar, porque para él era una gran decepción descubrir que el viaje había terminado de manera tan brusca.

—Tengo que llegar a la Ciudad Esmeralda —le dijo al barquero—. Pero, ¿cómo haré para cruzar el río si tú no me llevas?

El hombre se echó a reír, y no fue una risa agradable.

Ese caballo de madera flotará —dijo—, y tú puedes cruzar montado en él. En cuanto al imbécil de cabeza de calabaza que te acompaña, que nade o se hunda. Ninguna de las dos cosas tendrá demasiada importancia.

—Por mí no te preocupes —dijo Jack, sonriendo con simpatía al barquero refunfuñón—; estoy seguro de que flotaré perfectamente.

Tip pensó que valía la pena intentar el experimento, y el Caballete, que no sabía lo que era el peligro, no tuvo nada que objetar. Así que el niño lo hizo meterse en el agua y se le subió al lomo. Jack también se metió hasta las rodillas y se agarró de la cola del caballo, de manera que podía mantener la cabeza de calabaza fuera del agua.

—Ahora —dijo Tip, dando instrucciones al Caballete—, si mueves las patas quizá nades; y si nadas quizá lleguemos a la otra orilla.

De inmediato, el Caballete empezó a mover las patas, que actuaron como remos y trasladaron lentamente a los aventureros por el río hasta el lado de enfrente. Tan exitoso fue el viaje que enseguida, mojados y chorreando, empezaron a subir por la herbosa orilla del río.

Las perneras de los pantalones y los zapatos de Tip estaban totalmente empapados, pero el Caballete había flotado de manera tan perfecta que de las rodillas para arriba el niño estaba completamente seco. En cuanto a Cabeza de Calabaza, de cada puntada de su preciosa vestimenta chorreaba agua.

—El sol nos secará rápido —dijo Tip—, y de todas maneras ya hemos cruzado el río, a pesar del barquero, y ahora podemos continuar nuestro viaje.

—No me ha molestado nada tener que nadar —comentó el caballo.

—A mí tampoco —añadió Jack.

Pronto retomaron el camino de ladrillos amarillos, que resultó ser la continuación del camino que habían dejado atrás, en la otra orilla, y Tip volvió a poner a Cabeza de Calabaza sobre el lomo del Caballete.

—Si vas rápido —dijo—, el viento nos ayudará a secar la ropa. Yo me agarraré de la cola del caballo y correré detrás. De esa manera todos nos secaremos enseguida.

—Entonces el caballo tiene que avanzar con rapidez —dijo Jack.

—Haré todo lo posible —contestó con alegría el Caballete.

Tip se agarró de la punta de la rama que servía de cola al Caballete.

—¡Arre! —gritó con fuerza.

El caballo arrancó a buen ritmo y Tip lo siguió. Entonces decidió que podían ir más rápido, así que gritó:

—¡Al trote!

Ahora el Caballete recordó que esas palabras eran la orden para ir a la mayor velocidad posible, de manera que empezó a sacudirse por el camino a un ritmo tremendo, y Tip tuvo que esforzarse —corriendo tan rápido como nunca lo había hecho en su vida— para mantenerse en pie.

Pronto se quedó sin aliento, y aunque quería gritar «¡So!» al caballo, descubrió que no le salía la palabra de la garganta. Entonces el extremo de la cola que agarraba, como no era más que una rama muerta, se rompió de repente, y un instante después el niño rodaba en el polvo del camino, mientras el caballo y su jinete de cabeza de calabaza se marchaban como una exhalación y desaparecían rápidamente a lo lejos.

Cuando Tip logró levantarse y aclararse la garganta llena de polvo para decir «¡So!», ya no era necesario, porque hacía tiempo que el caballo había desaparecido de la vista.

Así que hizo lo único sensato: se sentó y se tomó un descanso. Después echó a andar de nuevo por el camino.

«No hay duda de que en algún momento los alcanzaré —pensó—, porque el camino terminará en las puertas de la Ciudad Esmeralda, y de allí no podrán pasar».

Mientras tanto, Jack se aferraba al palo y el Caballete iba a toda velocidad, como un caballo de carreras. Ninguno de los dos sabía que Tip había quedado en el camino, porque Cabeza de Calabaza no miraba hacia atrás y el Caballete no podía hacerlo.

Mientras avanzaba, Jack notó que la hierba y los árboles se habían vuelto de un brillante color verde esmeralda, así que, antes de avistar los altos chapiteles y cúpulas, adivinó que se estaban acercando a la Ciudad Esmeralda.

Por fin apareció ante ellos una alta muralla de piedra verde con incrustaciones de esmeraldas, y temiendo que el Caballete no supiera que debía detenerse y fueran quizá a estrellarse contra esta muralla, Jack se aventuró a gritar «¡So!» lo más fuerte que pudo.

Tan bruscamente obedeció el caballo que si no fuera por el palo Jack habría sido arrojado de cabeza, y se habría destrozado la hermosa cara.

—¡Qué viaje tan rápido, querido padre! —exclamó, y entonces, al no oír ninguna respuesta, se dio la vuelta y descubrió por primera vez que Tip no estaba allí.

Esa aparente deserción desconcertó a Cabeza de Calabaza y lo puso nervioso. Y mientras se preguntaba qué habría sido del niño, y qué debería hacer en semejantes circunstancias, se abrió la puerta de la muralla verde y salió por ella un hombre.

Ese hombre era bajo y rechoncho, con un rostro mofletudo que le daba aire de bondad. Estaba vestido todo de verde y llevaba en la cabeza un alto sombrero verde de pico y gafas verdes en los ojos. Hizo una reverencia ante Cabeza de Calabaza y dijo:

—Soy el Guardián de las Puertas de la Ciudad Esmeralda. ¿Puedo preguntar quién eres y qué asunto te trae por aquí?

—Me llamo Jack Cabeza de Calabaza —contestó sonriente el otro—, pero desconozco por completo qué asunto me trae por aquí.

El Guardián de las Puertas miró sorprendido, y movió la cabeza como si no estuviera satisfecho con la respuesta.

—¿Qué eres, un hombre o una calabaza? —preguntó cortésmente.

—Las dos cosas, si me lo permites —respondió Jack.

—Y ese caballo de madera, ¿está vivo? —preguntó el Guardián.

El caballo levantó un ojo nudoso e hizo un guiño a Jack. A continuación, ensayó una cabriola y descargó una pata sobre los dedos del pie del Guardián.

—¡Aay! —gritó el hombre—. Siento haber hecho esa pregunta. Pero la respuesta es muy convincente. ¿Tiene alguna misión que cumplir en la Ciudad Esmeralda, señor?

—Creo que sí —contestó serio Cabeza de Calabaza—, pero no puedo pensar cuál es. Mi padre lo sabe, pero no está aquí.

—¡Todo esto me resulta muy, muy extraño! —declaró el Guardián—. Pero parecéis inofensivos. La gente no sonríe de manera tan encantadora cuando piensa hacer daño.

—En mi caso —dijo Jack— no puedo evitarlo, porque me tallaron la sonrisa en la cara con una navaja.

—Bueno, entrad en mi habitación —prosiguió el Guardián— y veré qué puedo hacer por vosotros.

De manera que Jack atravesó la puerta montado en el Caballete y entró en una pequeña habitación construida en la muralla. El Guardián tiró de la cuerda de una campana y enseguida un soldado muy alto —vestido con un uniforme verde— entró por la puerta de enfrente. El soldado llevaba un fusil largo y verde al hombro y tenía unos preciosos bigotes verdes que le caían hasta las rodillas. El Guardián se dirigió a él de inmediato, diciendo:

—Hay aquí un extraño caballero que no sabe por qué ha venido a la Ciudad Esmeralda ni qué anda buscando. Dime, ¿qué hacemos con él?

El Soldado de la Barba Verde miró a Jack con mucha atención y curiosidad. Finalmente movió la cabeza de manera tan afirmativa que le bajaron unas ondas por el bigote.

—Tengo que llevarlo ante Su Majestad el Espantapájaros —dijo.

—Pero ¿qué hará con él Su Majestad el Espantapájaros? —preguntó el Guardián de las Puertas.

—Eso es asunto de Su Majestad —respondió el soldado—. A mí me basta con mis propios problemas. Todos los problemas externos deben ser puestos en manos de Su Majestad. Así que colócale unas gafas a ese sujeto y me lo llevo al palacio real.

El Guardián abrió una enorme caja de gafas y trató de poner un par a los grandes y redondos ojos de Jack.

—No dispongo de un par que cubra totalmente esos ojos —dijo el hombrecito con un suspiro—. Tienes una cabeza tan grande que me veré obligado a pegarte las gafas.

—Pero ¿para qué necesito llevar gafas? —preguntó Jack.

—Aquí es costumbre —dijo el soldado—. Te protegerán para que no te cieguen los brillos y esplendores de la maravillosa Ciudad Esmeralda.

—¡Oh! —exclamó Jack—. Pégalas, por supuesto. No quiero quedarme ciego.

—¡Yo tampoco! —interrumpió el Caballete, y rápidamente tuvo un par de gafas verdes pegadas a los saltones nudos que le servían de ojos.

Después el Soldado de la Barba Verde los llevó por la puerta interior y de repente se encontraron en la calle principal de la magnífica Ciudad Esmeralda.

Centelleantes gemas verdes ornamentaban los frentes de las hermosas casas, y las torres y las torrecillas estaban totalmente recubiertas de esmeraldas. Hasta el pavimento de mármol verde emitía destellos de piedras preciosas, y para quien miraba aquello por primera vez, resultaba un espectáculo espléndido y maravilloso.

Pero Cabeza de Calabaza y el Caballete, como no sabían nada de la riqueza y de la belleza, prestaban poca atención a las maravillosas escenas que veían a través de las gafas verdes. Siguieron con toda tranquilidad al soldado verde, casi sin reparar en la muchedumbre verde que los observaba asombrada. Cuando apareció corriendo un perro verde y les ladró, el Caballete lo pateó enseguida con la pata de madera y mandó al pequeño animal aullando hasta él interior de una de las casas, pero no ocurrió nada más grave que interrumpiese su avance hacia el palacio real.

Cabeza de Calabaza quería subir montado en el caballo por los escalones de mármol verde y presentarse así ante el Espantapájaros, pero el soldado no se lo permitió. Así que Jack se apeó, con mucha dificultad, y un sirviente condujo al Caballete bacía la parte trasera mientras el Soldado de la Barba Verde escoltaba a Cabeza de Calabaza hasta el palacio, por la entrada principal.

El forastero tuvo que quedarse en una sala de espera magníficamente amueblada mientras el soldado iba a anunciarlo. Por casualidad, a esa hora Su Majestad no tenía nada que hacer y se moría de aburrimiento, así que ordenó que llevaran inmediatamente a los visitantes a la Sala del Trono.

Como desconocía por completo las costumbres mundanas, Jack no sintió miedo ni vergüenza cuando le presentaron al soberano de esa magnífica ciudad. Pero al entrar en el salón y ver por primera vez a Su Majestad el Espantapájaros sentado en el trono reluciente, se detuvo en seco, asombrado.

CAPÍTULO 7

SU MAJESTAD EL ESPANTAPÁJAROS

Supongo que todos los lectores de este libro saben lo que es un espantapájaros, pero Jack Cabeza de Calabaza, que no había visto nunca a semejante criatura, cuando conoció al notable Rey de Ciudad Esmeralda se llevó la sorpresa más grande de su breve existencia.

Su Majestad el Espantapájaros estaba vestido con un traje de color azul desvaído y su cabeza no era más que un pequeño saco relleno de paja, sobre el que habían pintado de manera rudimentaria unos ojos, unas orejas, una nariz y una boca para representar una cara. La ropa también estaba rellena de paja, y de una manera tan irregular o descuidada que las piernas y brazos de Su Majestad parecían llenos de bultos. Sobre las manos tenía guantes con dedos largos, acolchados con algodón. De la chaqueta y también del cuello y la parte superior de las botas del monarca sobresalían briznas de paja.

Sobre la cabeza tenía una pesada corona de oro engarzada con refulgentes piedras preciosas, y el peso de esa corona le arrugaba la frente, dando una expresión pensativa a la cara pintada. En realidad, sólo la corona expresaba majestuosidad; en todo lo demás, el Rey Espantapájaros no era otra cosa que un simple espantapájaros: endeble, torpe y flojo. Pero si la extraña apariencia de Su Majestad el Espantapájaros asombraba a Jack, no menos fantástica resultaba la forma de Cabeza de Calabaza para el Espantapájaros. Los pantalones morados, el chaleco rosa y la camisa roja colgaban sobre las articulaciones que Tip había fabricado, y la cara tallada en la calabaza sonreía perpetuamente, como si para el dueño la vida fuera la cosa más divertida que uno pueda imaginar.

Al principio Su Majestad pensó que su extraño visitante se reía de él, y empezó a molestarle semejante libertad, pero por algo el Espantapájaros tenía la reputación de ser el personaje más sabio del País de Oz. Examinó con más atención al forastero y pronto descubrió que Jack tenía tallada en la cara una sonrisa, y que no podría parecer serio aunque quisiera.

El Rey fue el primero en hablar. Después de observar a Jack unos minutos dijo con tono de asombro:

—¿De dónde diablos vienes, y cómo es que estás vivo?

—Discúlpame, Majestad —dijo Cabeza de Calabaza—, pero no te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó el Espantapájaros.

—No entiendo tu idioma. Es que vengo del País de los Gillikins, así que soy un extranjero.

—¡Ah, claro! —exclamó el Espantapájaros—. Yo mismo hablo el idioma de las munchkins, que es también el idioma de la Ciudad Esmeralda. Pero supongo que tú hablarás el idioma de los cabeza de calabaza.

—Así es, Majestad —dijo el otro, haciendo una reverencia—; por lo tanto, no podremos entendernos.

—Qué pena —dijo pensativo el Espantapájaros—. Tenemos que buscar a un intérprete.

—¿Qué es un intérprete? —preguntó Jack.

—Una persona que entiende tanto mi idioma como el tuyo. Cuando yo digo algo, el intérprete te transmite el sentido de mis palabras; y cuando tú dices algo, el intérprete me transmite el sentido de tus palabras. Porque el intérprete no sólo habla sino que entiende los dos idiomas.

—Eso sí es que ingenioso dijo Jack, muy complacido de encontrar una

solución tan sencilla para el problema.

Así que el Espantapájaros ordenó al Soldado de la Barba Verde que buscara entre sus súbditos hasta encontrar a alguien que entendiera el idioma de los gillikins y el idioma de la Ciudad Esmeralda, y que le presentara de inmediato a esa persona.

Cuando se hubo marchado el soldado, el Espantapájaros dijo:

—¿No quieres sentarte mientras esperamos?

—Su Majestad olvida de que no le entiendo —respondió Cabeza de Calabaza—. Si quiere que me siente, tiene que indicármelo por señas.

El Espantapájaros bajó del trono y colocó un sillón detrás de Cabeza de Calabaza. Después dio un brusco empujón a Jack, que cayó con torpeza en los almohadones y quedó allí despatarrado y doblado como una navaja, tratando de reacomodar el cuerpo.

—¿Has entendido esa seña? —preguntó con cortesía Su Majestad.

—Perfectamente —declaró Jack, levantando los brazos para darle la vuelta a la cabeza de calabaza, que había girado sobre el palo.

—Pareces hecho a toda prisa —comentó el Espantapájaros al ver los esfuerzos de Jack para enderezarse.

—No más que Su Majestad —fue la sincera respuesta.

——Entre nosotros hay una diferencia —dijo el Espantapájaros—: yo me doblo pero no me quiebro, y tú te quiebras pero no te doblas.

En ese momento regresó el soldado llevando a una niña de la mano. La niña parecía muy dulce y modesta, con una cara preciosa y con hermosos ojos y cabellos verdes. Una exquisita camisa de seda verde le colgaba hasta las rodillas, dejando a la vista unas medias de seda bordadas con vainas de guisantes y zapatillas de raso verde adornadas con manojos de lechugas en vez de lazos o de hebillas. Sobre la cintura de seda tenía bordadas hojas de trébol, y llevaba una vistosa chaqueta ribeteada con centelleantes esmeraldas de tamaño uniforme.

—¡Pero si es la pequeña Jellia Jamb! —exclamó el Espantapájaros mientras la doncella verde le hacía una reverencia con la hermosa cabeza—. ¿Entiendes el idioma de los gillikins, querida?

—Sí, Majestad —respondió la niña—, porque nací en el País del Norte.

—Entonces serás nuestra intérprete —dijo el Espantapájaros—, y explicarás a este Cabeza de Calabaza todo lo que yo diga, y también me explicarás a mí todo lo que él diga. ¿Estás de acuerdo? —preguntó,

volviéndose hacia su huésped.

—Claro que sí —fue la respuesta.

—Entonces, para empezar —prosiguió el Espantapájaros volviéndose hacia Jellia—, pregúntale qué lo trajo a la Ciudad Esmeralda.

Pero en vez de hacer eso, la niña, que había estado observando a Jack, le preguntó:

—Eres realmente una criatura maravillosa. ¿Quién te hizo?

—Un niño llamado Tip —respondió Jack.

—¿Qué dice? —preguntó el Espantapájaros—. Los oídos me deben de haber engañado. ¿Qué dice?

—Dice que el cerebro de Su Majestad parece haberse aflojado —respondió la niña con recato.

El Espantapájaros se movió nervioso sobre el trono y se tocó la cabeza con la mano izquierda.

—¡Qué bueno es entender dos idiomas distintos! —dijo, y suspiró, perplejo—. Pregúntale, querida, si no le molesta que lo metan preso por insultar al soberano de la Ciudad Esmeralda.

—¡Yo no te insulté! —protestó Jack indignado.

—¡Un momento! —dijo el Espantapájaros—. Espera a que la niña traduzca mis palabras. ¿Para qué queremos a una intérprete si intervienes de esa manera?

—De acuerdo, esperaré —respondió con hosquedad Cabeza de Calabaza, aunque su cara sonreía con la cordialidad de siempre—. Tradúcele esas palabras, niña.

—Su Majestad pregunta si tienes hambre —dijo Jellia.

—¡Oh, no, claro que no! —respondió Jack, en tono más agradable—. Me resulta imposible comer.

—A mí me pasa lo mismo —comentó el Espantapájaros—. ¿Qué dijo, Jellia, querida?

—Preguntó si te habías dado, cuenta de que uno de tus ojos está pintado más grande que el otro —dijo maliciosamente la niña.

—¡No le creas, Majestad! —gritó Jack.

—¡Oh, no! —respondió tranquilo el Espantapájaros. Después lanzó una mirada perspicaz a la niña y preguntó:

—¿Estás segura de que entiendes el idioma de los gillikins y el de los munchkins?

—Muy segura, Majestad —dijo Jellia Jamb al Rey, haciendo un gran esfuerzo por no reírsele en la cara.

—Entonces ¿por qué tengo la sensación de que yo mismo los entiendo? —preguntó el Espantapájaros.

—¡Porque son el mismo idioma! —declaró la niña, ahora riéndose alegremente—. ¿No sabe Su Majestad que en todo el País de Oz sólo se habla un idioma?

—¿De veras? —exclamó el Espantapájaros, muy aliviado ante esa noticia —. ¡Entonces podría haber sido mi propio intérprete!

—Fue culpa mía, Majestad —dijo Jack, con una expresión un tanto ridícula—. Pensé que como proveníamos de países diferentes debíamos de hablar idiomas diferentes.

—Esto tendría que enseñarte a no pensar nunca —respondió el Espantapájaros con severidad—. Porque si no se piensa con sabiduría conviene seguir siendo un muñeco, y eso es lo que sin duda eres tú.

—¡Lo soy! ¡Claro que lo soy! —aceptó Cabeza de Calabaza.

—Me parece —continuó el Espantapájaros con más tacto— que tu fabricante arruinó unos cuantos pasteles para crear a un hombre mediocre.

—Puedo asegurar a Su Majestad que yo no pedí ser creado —respondió Jack.

—¡Ah! Igual que en mi caso —dijo complacido el Rey—. Y ya que nos diferenciamos de la gente común, seamos amigos.

—¡Con todo mi corazón! —exclamó Jack.

—¡Qué! ¿Tienes corazón? —preguntó sorprendido el Espantapájaros.

—No, sólo lo imaginé. Digamos que fue una metáfora —dijo el otro.

—Bueno, tu figura más destacada parece ser una figura de madera, así que te ruego que refrenes esa imaginación que, a falta de cerebro, no tienes ningún derecho a ejercitar —le advirtió el Espantapájaros.

—¡Por supuesto! —dijo Jack sin entender nada.

Entonces Su Majestad despidió a Jellia Jamb y al Soldado de la Barba Verde, y cuando se quedaron solos cogió del brazo a su nuevo amigo y lo llevó hasta el patio para jugar a los aros.

CAPÍTULO 8

EL EJÉRCITO SUBLEVADO DE LA GENERAL JINJUR

Tip estaba tan ansioso por reunirse con Jack y con el Caballete que hizo más de la mitad del camino a la Ciudad Esmeralda sin detenerse a descansar. En un momento descubrió que tenía hambre y que se le habían acabado las provisiones de galletas y queso.

Mientras se preguntaba qué debería hacer en esa emergencia se acercó a una niña sentada al borde del camino. La niña vestía un traje que asombró a Tip por la forma en que brillaba: la cintura de seda era verde esmeralda y la falda de cuatro colores distintos: azul por delante, amarilla por la izquierda, roja por detrás y violeta por la derecha. Sujetando la cintura por delante había cuatro botones: el de arriba azul, el siguiente amarillo, el tercero rojo y el último violeta.

El esplendor de aquel atavío era casi brutal, así que Tip tuvo motivos de sobra para observar la indumentaria durante unos instantes antes de que los ojos fueran atraídos por la bonita cara que había encima de él. Sí, la cara era muy bonita, decidió; pero tenía una expresión de descontento unida a un dejo de desafío o audacia.

Mientras él observaba, la niña levantó la mirada y lo estudió con calma. Junto a ella había una cesta de almuerzo y la niña tenía un exquisito sándwich en una mano y un huevo duro en la otra, y comía con tanto apetito que despertó la simpatía de Tip.

El niño estaba a punto de pedirle que compartieran el almuerzo cuando ella se levantó y se sacudió las migas de la falda.

—¡Listo! —dijo la niña—. Tengo que irme. Llévame esta cesta y si tienes hambre sírvete de lo que hay dentro.

Tip cogió la cesta con avidez y empezó a comer, y durante un rato siguió a la extraña muchacha sin atreverse a preguntar nada. Ella marchaba delante a rápidas zancadas y con tal aire de resolución y de importancia que Tip empezó a sospechar que se trataba de un gran personaje.

Finalmente, cuando hubo saciado el hambre, Tip corrió hasta alcanzarla y trató de seguirle el ritmo rápido de las zancadas, hazaña bastante difícil porque la niña era mucho más alta que él y según parecía tenía prisa.

—Muchas gracias por los sándwiches —dijo Tip, sin dejar de trotar—. ¿Puedo preguntar tu nombre?

—Soy la general Jinjur —fue la breve respuesta.

—¡Oh! —dijo el niño, sorprendido—. ¿Qué clase de general?

—Tengo el mando del Ejército Sublevado en esta guerra —respondió la general con innecesaria brusquedad.

—¡Oh! —volvió a exclamar Tip—. No sabía que había una guerra.

—No tienes por qué saberlo —dijo ella—, porque lo hemos mantenido en secreto, y teniendo en cuenta que nuestro ejército se compone únicamente de niñas —añadió con cierto orgullo—, sin duda es muy notable que nuestra sublevación todavía no haya sido descubierta.

—De verdad lo es —admitió Tip—. Pero ¿dónde está tu ejército?

—A poco más de un kilómetro de aquí —dijo la general Jinjur—. Las fuerzas proceden de todo el País de Oz, y siguen mis órdenes expresas. Porque éste es el día en que vamos a derrocar a Su Majestad el Espantapájaros y a arrebatarle el trono. El Ejército Sublevado sólo espera mi llegada para marchar sobre la Ciudad Esmeralda.

—¡Vaya! —declaró Tip, soltando un largo Suspiró—. ¡Esto sí que es una sorpresa! ¿Puedo preguntarte por qué quieres derrocar a Su Majestad el Espantapájaros?

—Uno de los motivos es porque hace tiempo que la Ciudad Esmeralda está gobernada sólo por hombres —dijo la niña—. Además, la ciudad reluce a causa de las piedras preciosas, que podrían tener un mejor uso en anillos, pulseras y collares; y en las arcas del Rey hay suficiente dinero para comprar una docena de vestidos a cada niña de nuestro ejército. Así que pensamos conquistar la ciudad y gobernar como mejor nos convenga.

Jinjur dijo esas palabras con tal entusiasmo y decisión que no quedó duda de que hablaba en serio.

—Pero, ¡la guerra es terrible! —dijo Tip, pensativo.

—Esta guerra será agradable —respondió la niña con alegría.

—¡Muchas de vosotras moriréis! —continuó el niño, atemorizado.

—Oh, no —dijo Jinjur—. ¿Qué hombre lucharía contra una niña o se atrevería a hacerle daño? Y en todo mi ejército no hay una sola cara fea.

Tip se echó a reír.

—Quizá tengas razón —dijo—. Pero el Guardián de las Puertas está considerado un fiel defensor, y el Ejército Real no dejará que conquisten la ciudad sin luchar.

—El Ejército Real es viejo y débil —respondió con desdén la general Jinjur—. Ha empleado todas sus fuerzas en dejarse crecer unos bigotes, y su mujer tiene tal carácter que ya le arrancó de raíz más de la mitad. Mientras reinaba el Maravilloso Mago, el Soldado de la Barba Verde era un muy buen Ejército Real, porque la gente temía al Mago. Pero nadie teme al Espantapájaros, así que su Ejército Real no cuenta mucho en tiempos de guerra.

Después de esta conversación anduvieron un tiempo en silencio, y no tardaron en llegar a un gran claro del bosque donde había por lo menos cuatrocientas muchachas reunidas. Reían y charlaban entre ellas tan alegremente como si estuvieran en un picnic y no en una guerra de conquista.

Estaban divididas en cuatro compañías, y Tip observó que todas vestían trajes similares al que tenía puesto la general Jinjur. La única verdadera diferencia era que mientras las muchachas del País de los Munchkins llevaban la tira delantera de la falda en azul, las del País de los Quadlings la llevaban en rojo, las del País de los Winkies en amarillo, y las muchachas del País de los Gillikins en violeta. Todas tenían el talle en verde, que representaba la Ciudad Esmeralda que pretendían conquistar, y el color del botón superior del talle indicaba el país de origen de quien lo llevaba. Los uniformes eran vistosos y apropiados, y juntos resultaban muy eficaces.

Tip pensó que ese extraño ejército no llevaba armas, pero se equivocaba. Porque cada muchacha tenía clavada en el nudo del pelo dos largas y relucientes agujas dé tejer.

La general Jinjur subió de inmediato al tocón de un árbol y se dirigió a su ejército.

—¡Amigas, conciudadanas y niñas! —dijo—. ¡Estamos a punto de comenzar nuestra gran sublevación contra los hombres de Oz! ¡Marchamos a conquistar la Ciudad Esmeralda, a destronar al Rey Espantapájaros, a apoderarnos de los miles de magníficas piedras preciosas, a saquear los tesoros reales y a arrebatar el poder de nuestros antiguos opresores!

—¡Hurra! —exclamaron las que la habían escuchado; pero a Tip le pareció que la mayor parte del ejército estaba demasiado ocupado en charlar como para prestar atención a las palabras de la general.

Se dio entonces la orden de marchar, y las muchachas formaron cuatro grupos o compañías y avanzaron con paso enérgico hacia la Ciudad Esmeralda.

Él niño las siguió llevando algunas cestas, envoltorios y paquetes que varios miembros del Ejército Sublevado habían dejado a su cuidado. No tardaron en llegar a las paredes de granito verde de la ciudad y se detuvieron

ante la puerta.

El Guardián de las Puertas salió de inmediato y las miró con curiosidad, como si hubiera llegado un circo. Llevaba un manojo de llaves colgado del cuello por una cadena de oro; tenía las manos metidas de manera despreocupada en los bolsillos y parecía no tener la menor idea de que la ciudad estuviera amenazada por rebeldes. Sonrió con simpatía a las muchachas y les dijo:

—¡Buenos días, queridas! ¿Qué puedo hacer por vosotras?

—¡Rendirte en el acto! —respondió la general Jinjur, deteniéndose ante él con el gesto más amenazador que le permitía el bonito rostro.

—¡Rendirme! —repitió atónito el hombre—. Eso es imposible. ¡Está prohibido! Jamás lo había oído.

—¡Igualmente tienes que rendirte! —exclamó con ferocidad la general—. ¡Nos hemos sublevado!

—No lo puedo creer —dijo el Guardián, mirándolas con admiración.

—¡Es la verdad! —gritó Jinjur, dando una impaciente patada en el suelo—. ¡Y nos proponemos conquistar la Ciudad Esmeralda!

—¡Dios mío! —dijo el sorprendido Guardián de las Puertas—. ¡Qué idea disparatada! Volved a casa con vuestras madres, mis buenas chicas, ordeñad las vacas y hornead el pan. ¿Acaso no sabéis que conquistar una ciudad es peligroso?

—¡No tenemos miedo! —respondió la general, y lo miró de manera tan resuelta que incomodó al Guardián.

El Guardián tocó entonces la campana para llamar al Soldado de la Barba Verde, pero enseguida lamentó haberlo hecho. Porque de inmediato fue rodeado por una multitud de muchachas que sacaron de la cabellera las agujas de tejer y empezaron a pincharlo peligrosamente con las puntas filosas cerca de las gordas mejillas y de los ojos que no dejaban de pestañear.

El pobre hombre aulló pidiendo clemencia y no se resistió cuando Jinjur le arrancó del cuello el manojo de llaves.

Seguida por su ejército, la general corrió entonces hacia las puertas, donde se vieron enfrentadas por el Ejército Real de Oz, que era el otro nombre del Soldado de la Barba Verde.

—¡Alto! —gritó el Ejército, apuntando con el largo fusil directamente a la cara de la cabecilla.

Algunas de las muchachas chillaron y retrocedieron, pero la general Jinjur

se mantuvo firme con valentía y dijo, en tono de reproche:

—¡Vaya! ¿Serías capaz de disparar a una pobre niña indefensa?

—No —respondió el soldado—, porque mi fusil no está cargado.

—¿No está cargado?

—No, por miedo a los accidentes. Además, he olvidado dónde escondí la pólvora y la munición. Pero si esperas un rato intentaré dar con ellas.

—No te molestes —dijo con alegría Jinjur.

Luego se volvió hacia su ejército y gritó:

—¡Chicas, el fusil no está cargado!

—¡Hurra! —chillaron las sublevadas, contentas con la noticia, y se lanzaron de manera tan compacta sobre el Soldado de la Barba Verde que de milagro no se clavaron unas a otras las agujas de tejer.

Pero el Ejército Real de Oz tenía demasiado miedo a las mujeres para hacer frente a ese ataque. Se limitó a dar media vuelta y a meterse por las puertas corriendo con todas sus fuerzas hacia el palacio real, mientras la general Jinjur y su banda entraban en la ciudad indefensa.

Así fue tomada la Ciudad Esmeralda, sin que se derramara una sola gota de sangre. ¡El Ejército Sublevado se había convertido en Ejército Conquistador!

CAPÍTULO 9

EL ESPANTAPÁJAROS PLANEA UNA HUIDA

Tip se escabulló alejándose de las muchachas y corrió detrás del Soldado de la Barba Verde. El ejército invasor entró más despacio en la ciudad porque se detuvo a desprender con la punta de las agujas de tejer las esmeraldas de las paredes y de las losas. De ese modo, el Soldado y el niño llegaron al palacio antes de que se propagara la noticia de la conquista de la ciudad.

El Espantapájaros y Jack Cabeza de Calabaza seguían jugando al herrón en el patio, y se detuvieron ante la irrupción el Ejército Real de Oz, que entró volando sin el sombrero ni el fusil, con la ropa desordenada y la larga barba flotando un metro por detrás de la cabeza.

—Anótame un tanto —dijo el Espantapájaros con calma—. ¿Qué pasa, hombre? —añadió, dirigiéndose al Soldado.

—¡Oh, Majestad, Majestad! ¡Han conquistado la ciudad! —jadeó el

Ejército Real, sin aliento.

—El palacio está cercado por el enemigo —dijo—. Es demasiado tarde para escapar. Te despedazarían.

El Espantapájaros soltó un suspiro.

—En una emergencia —anunció— siempre es bueno detenerse a pensar. Disculpadme mientras me detengo a pensar.

—Pero nosotros también corremos peligro —dijo ansioso Cabeza de Calabaza—. ¡Si alguna de esas chicas sabe cocinar, mi fin no está muy lejano!

—¡Tonterías! —exclamó el Espantapájaros—. ¡Aunque supieran hacerlo, están demasiado ocupadas para cocinar!

—Pero si tuviera que quedarme aquí como prisionero —protestó Jack—, lo más probable es que me echase a perder.

—¡Ah!, entonces no sería conveniente relacionarse contigo —dijo el Espantapájaros—. El asunto es más serio de lo que creía.

—Es probable que tú vivas muchos años —dijo Cabeza de Calabaza con tristeza—. Mi vida es forzosamente corta. Así que debo aprovechar los pocos días que me quedan.

—¡Vamos, no te preocupes! —respondió el Espantapájaros con voz tranquilizadora—. Si permaneces lo suficientemente callado para que yo piense, intentaré buscar algún modo de huir.

Así que los demás aguardaron en paciente silencio mientras el Espantapájaros se fue a un rincón y permaneció allí con la cara vuelta hacia la pared más de cinco minutos. Transcurrido ese tiempo se volvió hacia ellos con una expresión más alegre en la cara pintada.

—¿Dónde está el Caballete en el que viniste montado hasta aquí? —le preguntó a Cabeza de Calabaza.

—Dije que era una joya, así que tu soldado lo encerró en el edificio del tesoro real —dijo Jack.

—Fue el único lugar que se me ocurrió, Majestad —añadió el Soldado, temiendo haber metido la pata.

—Me alegro mucho —dijo el Espantapájaros—. ¿Le han dado de comer?

—Ah, sí; le di una buena cantidad de aserrín.

—¡Estupendo! —gritó el Espantapájaros—. Trae ese caballo inmediatamente.

El Soldado salió a toda prisa y enseguida oyeron el traqueteo de las patas

de madera del caballo sobre el pavimento.

Su Majestad miró al corcel con ojo crítico.

—No parece muy grácil —comentó, pensativo—; pero supongo que puede correr.

—¡Claro que puede! —dijo Tip observando al Caballete con admiración.

—Entonces, con nosotros montados en él, debe correr a toda velocidad por entre las filas de las rebeldes y llevarnos hasta donde está mi amigo el Leñador de Hojalata —anunció el Espantapájaros.

—¡Pero no puede llevar a cuatro! —protestó Tip.

—No, pero quizá se atreva a llevar a tres —dijo Su Majestad—. Por lo tanto, dejaré aquí a mi Ejército Real. Después de la facilidad con que lo conquistaron, muy poco confío en sus fuerzas.

—Pero corre muy bien —dijo riendo Tip.

—Ya me esperaba este golpe —respondió, enfurruñado, el Soldado—, pero puedo encajarlo. Me disfrazaré cortándome | los preciosos bigotes verdes. ¡Después de todo no es más peligroso enfrentar a esas muchachas insensatas que montar este indómito y fogoso caballo de madera!

—Quizá tengas razón —observó su Majestad—. Pero a mí, como no soy soldado, me gusta el peligro. A ver, niño, monta tú primero. Y por favor siéntate lo más cerca que puedas del pescuezo del caballo.

Tip trepó con rapidez a su sitio, y el Soldado y el Espantapájaros consiguieron levantar a Cabeza de Calabaza y sentarlo detrás de él. Quedaba tan poco espacio para el Rey que con toda seguridad se caería en el instante en que arrancara el caballo.

—Busca una cuerda de tender —ordenó el Rey al Ejército—. Y átanos juntos. Así, si se cae uno nos caeremos todos.

Y mientras el Soldado iba por la cuerda de tender, su Majestad continuó:

—Conviene que sea prudente, porque mi existencia corre peligro.

—Yo tengo que ser tan prudente como tú —dijo Jack.

—No veo por qué —dijo el Espantapájaros—. Si me pasara algo mí, sería mi final. Pero si te pasara algo a ti, podrían usarte para obtener semillas.

El Soldado regresó con una cuerda larga y los ató con firmeza a los tres juntos, amarrándolos además al cuerpo del Caballete; así parecía haber menos peligro de que se cayeran.

—¡Ahora abre las puertas —ordenó el Espantapájaros—, y nos lanzaremos

a la libertad o a la muerte!

El patio en el que se hallaban estaba en el centro del gran palacio, que lo rodeaba por todos lados. Pero en un sitio un pasadizo llevaba a una puerta externa que el Soldado había atrancado por orden de su soberano. Fue por esa puerta por donde Su Majestad propuso escapar, y el Ejército Real llevó al Caballete por el pasadizo y desatrancó la puerta, que se abrió con fuerte estrépito.

—Ahora —dijo Tip al caballo— debes salvarnos a todos. Corre lo más rápido que puedas hacia las puertas de la ciudad y no dejes que nada te detenga.

—¡Muy bien! —respondió con brusquedad el Caballete y arrancó a tal velocidad que Tip se quedó sin respiración y tuvo que sujetarse con firmeza al palo que había clavado en el pescuezo de la criatura.

Algunas de las muchachas que custodiaban el exterior del palacio fueron derribadas por la loca carrera del Caballete. Otras se apartaron a toda prisa del camino y sólo una o dos pincharon furiosas con las agujas de tejer a los prisioneros que se escapaban. Tip tuvo una pequeña molestia en el brazo izquierdo que le escoció durante más de una hora; pero las agujas no causaron ningún efecto al Espantapájaros o a Jack Cabeza de Calabaza, que ni siquiera se enteraron de que los estaban pinchando.

En cuanto al Caballete, logró un récord fantástico: volcó un carro de fruta, derribó a algunos hombres dóciles que miraban y finalmente tiró al suelo al nuevo Guardián de las Puertas, una mujercita gorda y nerviosa designada por la general Jinjur.

Ni siquiera entonces se detuvo el impetuoso corcel. Una vez fuera de las murallas de la Ciudad Esmeralda, se lanzó por el camino hacia el oeste con unos brincos tan rápidos y violentos que dejaban sin respiración al niño y llenaban de admiración al Espantapájaros.

Jack ya había montado una vez a esa velocidad, así que dedicó todos sus esfuerzos a sujetarse con las dos manos la cabeza de calabaza sobre el palo, y a soportar estoicamente las terribles sacudidas con el valor de un filósofo.

—¡Detenlo! ¡Detenlo! —gritó el Espantapájaros—. ¡Toda la paja se me está yendo a las piernas!

Pero Tip no tenía aliento para hablar, así que el Caballete continuó su loca y vertiginosa carrera.

Pronto llegaron a la orilla de un ancho río y, sin detenerse, el corcel de madera dio un brinco final y los lanzó a todos por el aire.

Un segundo más tarde todos rodaban, chapoteando y flotando en el agua,

el caballo tratando frenéticamente de hacer pie y sus jinetes primero sumergidos en la rápida corriente de agua y después flotando en la superficie como corchos.

CAPÍTULO 10

VIAJE PARA VER AL LEÑADOR DE HOJALATA

Tip estaba empapado y chorreaba agua por todas partes, pero logró inclinarse hacia delante y gritar en la oreja del Caballete:

—¡Quédate quieto, idiota! ¡Quédate quieto!

De inmediato, el caballo dejó de forcejear y se quedó flotando tranquilo, como si el cuerpo de madera fuera una balsa.

—¿Qué significa la palabra «idiota»? —preguntó el caballo.

—Es una palabra de reproche —respondió Tip, algo avergonzado por la expresión—. Sólo la digo cuando estoy enfadado.

—Entonces yo también puedo llamarte idiota —dijo el caballo—. Porque yo no hice el río ni lo puse en el camino; así que lo más adecuado es un reproche para quien se enfada conmigo porque he caído en el agua.

—Eso es evidente —respondió Tip—, y reconozco mi error. —Después se dirigió a Cabeza de Calabaza—: ¿Estás bien, Jack?

No hubo respuesta. Así que el niño se dirigió al Rey:

—¿Estáis bien, Majestad?

El Espantapájaros soltó un quejido.

—Siento que estoy hecho una ruina —dijo con voz débil—. ¡Qué agua tan mojada!

La cuerda sujetaba con tanta fuerza a Tip que le impedía mover la cabeza para ver a sus compañeros.

—Rema con las patas hacia la orilla —le dijo al Caballete.

El caballo obedeció y aunque avanzaban con gran dificultad por fin llegaron a la otra orilla del río, en un sitio donde la escasa profundidad permitió que la criatura gateara subiendo con dificultad hasta tierra firme.

Con cierta dificultad, el niño consiguió sacar la navaja j del bolsillo y cortar las cuerdas que ataban a los jinetes entre sí y al caballo de madera. Oyó que el Espantapájaros caía al suelo con un ruido blando y entonces él mismo

desmontó con rapidez y miró a su amigo Jack.

El cuerpo de madera, con su preciosa ropa, continuaba erguido sobre el lomo del caballo, pero la cabeza de calabaza había desaparecido y sólo se veía el palo afilado que hacía de cuello. En cuanto al Espantapájaros, las sacudidas le habían revuelto la paja del cuerpo, que se le amontonaba en las piernas y en la parte inferior, ahora muy redonda y gruesa, mientras que la mitad superior parecía un saco vacío. Sobre la cabeza llevaba todavía la pesada corona qué le habían cosido para que no la perdiese; pero la cabeza estaba ahora tan húmeda y tan blanda que el peso del oro y de las piedras la combaban hacia delante y convertían la cara pintada en un montón de arrugas, dándole al Espantapájaros aspecto de perro pequinés.

Tip se habría echado a reír si no se sintiera tan preocupado por Jack. Pero el Espantapájaros, aunque estropeado, estaba allí entero, mientras que faltaba la cabeza de calabaza, algo imprescindible para la existencia de Jack, así que el niño cogió un palo largo que por fortuna estaba al alcance de su mano y regresó con inquietud hacia el río.

A lo lejos, sobre las aguas, divisó el color dorado de la calabaza, que subía y bajaba con suavidad, siguiendo el movimiento de las olas. En ese momento estaba muy lejos del alcance dé Tip, pero al cabo de un rato se fue acercando cada vez más hasta que el niño logró tocarla con el palo y atraerla hacia la orilla. Después subió con ella por la ribera, y tras secar con cuidado el agua de la cara de calabaza usando el pañuelo, corrió hasta donde estaba Jack y colocó la cabeza sobre el cuello del hombre.

—¡Ay, qué experiencia horrible! —fueron las primeras palabras de Jack—. ¿El agua estropea las calabazas?

Tip no creía que fuera necesaria una respuesta porque sabía que el Espantapájaros también necesitaba de su ayuda, de manera que quitó con cuidado la paja del cuerpo y de las piernas del Rey y la extendió al sol para que se secara. Colgó la ropa mojada sobre el cuerpo del Caballete.

—Si el agua estropea las calabazas —comentó Jack con un profundo suspiro—, tengo los días contados.

—Nunca he visto que el agua dañe las calabazas —respondió Tip—, a menos que esté hirviendo. Amigo mío, si no tienes la cabeza partida seguro que disfrutas de un buen estado.

—Oh, la cabeza no la tengo nada partida —anunció Jack, más alegre.

—Entonces no te preocupes —contestó el niño—. Una vez la preocupación mató a un gato.

—En ese caso —dijo Jack, serio— me alegro de no ser un gato.

El sol secaba la ropa con rapidez y Tip removió la paja de Su Majestad para que el calor de los rayos le absorbiera la humedad y la dejara tan seca y crujiente como siempre. Una vez conseguido eso, el niño rellenó el Espantapájaros dándole forma simétrica, y le alisó la cara para que recuperase la habitual expresión encantadora y alegre.

—Muchas gracias —dijo jovial el monarca mientras caminaba de un lado para otro y descubría que estaba bien equilibrado—. Ser espantapájaros trae consigo claras ventajas. Porque si uno tiene amigos cerca para que te reparen los daños, nada muy grave te puede pasar.

—Me pregunto si el fuerte calor del sol puede partir las calabazas —dijo Jack con un dejo de preocupación en la voz.

—¡En absoluto, en absoluto! —dijo con alegría el Espantapájaros—. A lo único que debes temer, niño, es a la vejez. Cuando tu dorada juventud se haya podrido, rápidamente nos separaremos, pero no tienes que preocuparte; nosotros mismos descubriremos el hecho y te lo comunicaremos. ¡Pero vamos! ¡Sigamos viaje! Estoy deseando saludar a mi amigo el Leñador de Hojalata.

Así que volvieron a subirse al Caballete. Tip se aferró al palo, Cabeza de Calabaza se aferró a Tip y el Espantapájaros rodeó con los dos brazos la forma de madera de Jack.

—Ve despacio porque ya no hay peligro de que nos persigan —dijo Tip a su corcel.

—¡De acuerdo! —respondió la criatura con una voz un poco ronca.

—¿Tienes la voz tomada? —preguntó cortésmente Cabeza de Calabaza.

El Caballete se encabritó y echó una mirada nudosa.

—Oye —gruñó—, ¿no puedes protegerme de los insultos?

—¡Por supuesto! —respondió Tip con voz tranquilizadora—. Estoy seguro de que Jack no quiso ofenderte. Y no conviene que nos peleemos, ¿sabes? Debemos seguir siendo buenos amigos.

—¡No quiero saber más nada de esa Cabeza de Calabaza! —declaró el Caballete enojado—; para mi gusto pierde la cabeza con demasiada facilidad.

Al parecer nadie encontraba una respuesta adecuada a esas palabras, así que durante un buen trecho cabalgaron en silencio.

—Esto me recuerda los viejos tiempos —comentó el Espantapájaros al cabo de un rato—. Fue en esta loma cubierta de hierba donde una vez salvé a Dorothy de las Abejas Picadoras de la Bruja Mala del Oeste.

—¿Las Abejas Picadoras hacen daño a las calabazas? —preguntó Jack, echando alrededor una mirada tenebrosa.

—Están todas muertas, así que no importa —contestó Espantapájaros—. Y aquí Nico Hachero acabó con los Lobos Grises de la Bruja Mala.

—¿Quién era Nico Hachero? —preguntó Tip.

—Así se llamaba mi amigo el Leñador de Hojalata —respondió su Majestad—. Y aquí es donde nos capturaron y nos ataron los Monos Alados, antes de irse llevándose con ellos a la pequeña Dorothy —prosiguió cuando hubieron avanzado un trecho.

—¿Los Monos Alados suelen comer calabazas? —preguntó Jack, temblando de miedo.

—No lo sé, pero no tienes motivos para preocuparte porque ahora los Monos Alados son esclavos de Glinda la Buena, que posee el Bonete de Oro con el que puede darles órdenes —dijo pensativo el Espantapájaros.

Después el monarca de paja se quedó absorto en sus pensamientos, recordando los tiempos de pasadas aventuras. Mientras, el Caballete avanzaba balanceándose por campos cubiertos de flores, llevando con rapidez a sus jinetes.

***

Poco a poco fue llegando el crepúsculo, y detrás las oscuras sombras de la noche. De modo que Tip detuvo el caballo y todos desmontaron.

—Estoy agotado —dijo el niño con un bostezo de cansancio—, y la hierba es blanda y fresca. Acostémonos aquí y durmamos hasta mañana.

—Yo no duermo —dijo Jack.

—Yo no lo hago nunca —dijo el Espantapájaros.

—Yo ni siquiera sé lo que es dormir —dijo el Caballete.

—Sin embargo, debemos tener consideración por este pobre chico, que está hecho de carne, sangre y hueso y se cansa —sugirió el Espantapájaros con su habitual consideración—. Recuerdo que ocurría lo mismo con la pequeña Dorothy. Siempre teníamos que quedarnos sentados toda la noche mientras ella dormía.

—Lo siento —dijo Tip mansamente—, pero no puedo evitarlo. ¡Y además tengo un hambre terrible!

—¡He aquí un nuevo peligro! —comentó Jack con pesimismo—. Espero que no te guste comer calabazas.

—No, a menos que estén cocidas y metidas en un pastel —dijo el niño riendo—. Así que no me tengas miedo, amigo Jack.

—¡Qué cobarde es esa Cabeza de Calabaza! —dijo el Caballete con desdén.

—¡Tú también serías un cobarde si supieras que eres propenso a echarte a perder! —dijo Jack enfadado.

—¡Basta, basta! —interrumpió el Espantapájaros—, no nos peleemos. Todos tenemos nuestras debilidades, queridos amigos, así que debemos hacer un esfuerzo para respetarnos unos a Otros. Y ya que este pobre chico siente hambre y no tiene nada que comer, callemos y dejémoslo dormir, porque dicen que en el sueño el mortal puede incluso llegar a olvidar el hambre.

—¡Gracias! —exclamó Tip agradecido—. Su Majestad es tan bondadoso como sabio, ¡y eso es mucho decir!

Después se tendió sobre la hierba, y usando la forma rellena del Espantapájaros como almohada se durmió de inmediato.

CAPÍTULO 11

EL EMPERADOR NIQUELADO

Tip se despertó al alba, pero el Espantapájaros ya estaba en pie y con los torpes dedos había arrancado dos puñados de moras de unos arbustos cercanos. Al niño le parecieron un abundante desayuno y se las comió con gula. Acto seguido el pequeño grupo reanudó el viaje.

Después de cabalgar una hora llegaron a la cima de una colina desde donde divisaron la Ciudad de los Winkies y distinguieron las altas cúpulas del palacio del Emperador que se alzaban entre los grupos de viviendas más modestas.

Al ver todo eso, el Espantapájaros se entusiasmó mucho y exclamó:

—¡Qué alegría volver a ver a mi amigo el Leñador de Hojalata! Espero que gobierne a su gente con más éxito del que yo tuve al gobernar a la mía.

—¿El Leñador de Hojalata es el Emperador de los Winkies? —preguntó el caballo.

—Sí, efectivamente. Lo invitaron a que los gobernara poco después de que fuera destruida la Bruja Mala. Y como Nico Hachero tiene el mejor corazón de todo el mundo estoy seguro de que ha demostrado ser un hábil y excelente

Emperador.

—Creía que «Emperador» era el título de una persona que gobierna un imperio —dijo Tip—, pero el País de los Winkies es sólo un reino.

—¡No le digas eso al Leñador de Hojalata! —exclamó muy serio el Espantapájaros—. Podrías ofenderlo muchísimo. Es un hombre orgulloso, para lo que no le faltan motivos, y prefiere que lo llamen Emperador antes que Rey.

—A mí me da igual —dijo el niño.

El Caballete avanzaba ahora con paso tan rápido que los jinetes tenían que aferrarse al lomo para no caer, y por lo tanto apenas hubo conversación hasta que se detuvieron junto a las escalinatas del palacio.

Un anciano winkie, vestido con uniforme de tela plateada, se acercó para ayudarlos a apearse.

—Llévanos inmediatamente ante tu señor, el Emperador —dijo el Espantapájaros a ese personaje.

El hombre los miró nervioso, uno por uno, y finalmente dijo:

—Me temo que debo pedirles que esperen un tiempo. El Emperador no recibe esta mañana.

—¿Por qué? —preguntó ansioso el Espantapájaros—. Espero que no le haya ocurrido nada.

—Oh, no, nada serio —respondió el hombre—. Pero hoy es el día en que sacan brillo a su Majestad y en este momento su augusta presencia está embadurnada con una gruesa capa de pomada.

—¡Ah, entiendo! —dijo el Espantapájaros mucho más tranquilo—. Mi amigo siempre tuvo tendencia a ser un dandy, y supongo que ahora está más orgulloso que nunca de su persona.

—En efecto, así es —dijo el hombre, con una cortés reverencia—. Hace poco nuestro poderoso Emperador se ha hecho niquelar.

—¡Dios mío! —exclamó el Espantapájaros al oír eso—. ¡Si su inteligencia muestra el mismo lustre, qué brillante será! Pero haznos pasar: estoy seguro de que el Emperador nos recibirá, incluso en su estado actual.

—El estado del Emperador es siempre magnífico —dijo el hombre—. Pero me tomaré el atrevimiento de comunicarle vuestra llegada y recibiré las órdenes pertinentes.

Así que el grupo siguió al sirviente hasta una magnífica antesala, y tras ellos entró el Caballete con paso torpe, sin saber que lo más natural sería que

un caballo se quedara afuera.

Al principio los viajeros se sintieron algo sobrecogidos por ese entorno, y hasta el Espantapájaros parecía impresionado mientras examinaba los suntuosos tapices de hilos de plata terminados en nudos y sujetados con minúsculas hachas de plata. Sobre una magnífica mesa central había una j gran aceitera de plata, lujosamente grabada con escenas de antiguas aventuras del Leñador de Hojalata, Dorothy, el León Cobarde y el Espantapájaros: las líneas del grabado estaban trazadas en oro amarillo sobre la plata. De las paredes colgaban algunos retratos, entre los cuales el del Espantapájaros parecía ser el más importante y el realizado con mayor esmero, mientras que una gran pintura del famoso Mago de Oz, en el momento de obsequiar un corazón al Leñador de Hojalata, cubría casi todo un lateral de la habitación.

Los visitantes admiraban estas cosas en silencio cuando de repente oyeron una voz potente en la habitación contigua que exclamaba:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué gran sorpresa!

Y entonces se abrió de golpe la puerta y Nico Hachero corrió hacia ellos y estrechó al Espantapájaros en un fuerte y cariñoso abrazo que lo llenó de pliegues y arrugas.

—¡Mi querido y viejo amigo! ¡Mi noble camarada! —gritó con regocijo el Leñador de Hojalata—. ¡Qué alegría volver a verte!

Luego soltó al Espantapájaros y se alejó un poco mientras contemplaba aquellas queridas y pintadas facciones.

Pero ¡ay!, la cara del Espantapájaros y muchas partes de su cuerpo mostraban grandes manchas de pomada porque el Leñador de Hojalata, con el entusiasmo por saludar a su amigo, se había olvidado por completo del estado de su arreglo personal y había frotado la gruesa capa de pasta del propio cuerpo contra el de su camarada.

—¡Ay, por Dios! —dijo el Espantapájaros, apesadumbrado—. ¡Qué sucio estoy!

—No te preocupes, amigo mío —dijo el Leñador de Hojalata—. Te enviaré a mi Lavandería Imperial y saldrás como nuevo.

—¿No me destrozarán? —preguntó el Espantapájaros.

—¡Claro que no! —fue la respuesta—. Pero dime: ¿cómo llegó hasta aquí su Majestad? ¿Y quiénes te acompañan?

Con gran cortesía, el Espantapájaros presentó a Tip y a Jack Cabeza de Calabaza, y este último personaje pareció interesar mucho al Leñador de Hojalata.

—Debo admitir que no eres muy robusto —dijo el Emperador—, pero sí original, así que mereces convertirte en un miembro de nuestra selecta sociedad.

—Gracias, Majestad —dijo Jack con pudor.

—Espero que estés disfrutando de buena salud —prosiguió el Leñador.

—De momento, sí —dijo con un suspiro Cabeza de Calabaza—. Pero vivo aterrado pensando en el día en que me pudriré.

—¡Tonterías! —dijo el Emperador, pero en tono comprensivo y amable—. Te ruego que no empañes el sol de hoy con el aguacero de mañana. Porque antes de que tu cabeza tenga tiempo de pudrirse la podrás enlatar y de esa forma logrará conservarse por tiempo indefinido.

Durante esta conversación Tip miró al Leñador sin disimular el asombro y notó que el famoso Emperador de los Winkies estaba totalmente compuesto por piezas de hojalata hábilmente soldadas y remachadas para darle forma humana. Traqueteaba y chirriaba un poco al moverse, pero en general parecía estar ingeniosamente construido, y lo único que le arruinaba el aspecto era la gruesa capa de pomada que lo cubría de la cabeza a los pies.

La mirada del niño hizo que el Leñador de Hojalata recordara que no estaba muy presentable, así que pidió a los amigos que lo disculparan mientras se retiraba a sus aposentos privados y se dejaba lustrar por los criados. Eso llevó poco tiempo, y cuando regresó el cuerpo niquelado le brillaba de manera tan magnífica que el Espantapájaros lo felicitó con gran efusividad.

—Admito que lo del niquelado fue una idea muy acertada —dijo Nico—. Era algo muy necesario porque me había cubierto de rasguños durante mis audaces experiencias. Observarán la estrella que tengo grabada en el lado izquierdo del pecho. No sólo indica dónde se encuentra mi estupendo corazón, sino que también cubre de manera perfecta el parche que me hizo el Maravilloso Mago tras colocarme con sus hábiles manos ese valioso órgano en el pecho.

—¿Entonces tu corazón es un órgano manual? —preguntó con curiosidad Cabeza de Calabaza.

—De ninguna manera —respondió solemne el Emperador—. Estoy convencido de que es un corazón del todo ortodoxo, aunque algo más grande y más cálido que el que posee la mayoría de las personas.

Después se volvió hacia el Espantapájaros y preguntó:

—¿Tus súbditos, querido amigo, están contentos y felices?

—No lo sé —fue la respuesta—, porque las chicas de Oz se han levantado

en armas y me han obligado a salir de la Ciudad Esmeralda.

—¡Santo Dios! —dijo el Leñador de Hojalata—. ¡Qué calamidad! ¡No se quejan, estoy seguro, de tu gobierno sabio y misericordioso!

—No, pero dicen que es un gobierno malo que no funciona —respondió el Espantapájaros—, y además esas damas opinan que los hombres han gobernado el país durante bastante tiempo. Así que han tomado mi ciudad, robado del tesoro todas las piedras preciosas y ahora hacen las cosas a su manera.

—¡Qué terrible! ¡Qué insólito! —dijo el Emperador, indignado y sorprendido.

—Y oí decir a algunas —explicó Tip que piensan venir hasta aquí y tomar el castillo y la ciudad del Leñador de Hojalata.

—¡Ah! No tenemos que darles tiempo a que lo hagan —respondió de inmediato el Emperador—. Ahora mismo iremos y reconquistaremos la Ciudad Esmeralda y repondremos en el trono al Espantapájaros.

—Estaba seguro de que me ayudarías —comentó satisfecho el Espantapájaros—. ¿Cuántos soldados puedes reunir?

—No necesitarnos ningún ejército —dijo el Leñador—. Con la ayuda de mi hacha reluciente bastamos nosotros cuatro para infundir el terror en los corazones de las rebeldes.

—Nosotros cinco —corrigió Cabeza de Calabaza.

—¿Cinco? —repitió el Leñador de Hojalata.

—Sí, el Caballete es valiente y audaz —respondió Jack, olvidándose de su reciente pelea con el cuadrúpedo.

El Leñador de Hojalata miró perplejo a su alrededor porque hasta ese momento el Caballete había permanecido silencioso en un rincón, donde el Emperador no lo había visto. De inmediato Tip llamó a la extraña criatura, que se acercó con tanta torpeza que por poco no derribó la bonita mesa y la aceitera grabada.

—¡Empiezo a pensar —señaló el Leñador de Hojalata mientras miraba con seriedad al Caballete— que las maravillas no tienen fin! ¿Cómo cobró vida esa criatura?

—Lo hice yo con un polvo mágico —afirmó el niño con modestia—. Y el Caballete nos ha sido muy útil.

—Nos permitió escapar de las rebeldes —añadió el Espantapájaros.

—Entonces debemos aceptarlo como camarada —declaró el Emperador—.

Un Caballete vivo es una notable novedad y merecería un interesante estudio. ¿Sabes algo?

—Bueno, no puedo afirmar que tenga una gran experiencia de vida —respondió el Caballete—, pero parece que aprendo con mucha rapidez y a menudo me parece que sé más que los que me rodean.

—Quizá sea cierto —dijo el Emperador—, porque la experiencia no siempre significa sabiduría. Pero ahora el tiempo es oro, así que preparémonos con rapidez para iniciar el viaje.

El Emperador llamó a su Lord Gran Canciller y le dio instrucciones sobre cómo gobernar el reino en su ausencia. Mientras tanto, desarmaron al Espantapájaros y lavaron y rellenaron con cuidado la bolsa pintada que le hacía de cabeza usando los sesos que originalmente le había dado el gran Mago. También le limpiaron y le plancharon la ropa los sastres imperiales, y le lustraron y le cosieron de nuevo la corona a la cabeza, porque el Leñador de Hojalata insistió en que no debía renunciar a ese símbolo de realeza. El Espantapájaros presentaba ahora una apariencia muy respetable y aunque no era nada adicto a la vanidad estaba muy contento consigo mismo y caminaba pavoneándose un poco. Mientras se hacía todo eso, Tip reparó las extremidades de madera de Jack Cabeza de Calabaza y las reforzó, y también inspeccionó el Caballete para comprobar que funcionase bien.

A la mañana siguiente, muy temprano, emprendieron el regreso a la Ciudad Esmeralda. El Leñador de Hojalata abría la marcha llevando sobre el hombro un hacha reluciente, mientras Cabeza de Calabaza iba montado en el Caballete y Tip y el Espantapájaros caminaban a los lados para que no se cayera o se hiciera daño.

CAPÍTULO 12

SR. BICHOVAIVÉN M. A., P. E.

Ahora la general Jinjur —que como recordaremos comandaba el Ejército Sublevado— estaba muy preocupada por la huida del Espantapájaros de la Ciudad Esmeralda. Temía, con razón, que si su Majestad y el Leñador de Hojalata hacían causa común peligrase ella y todo su ejército, porque el pueblo de Oz no había olvidado todavía las hazañas de esos famosos héroes, que habían salido airosos de tantas aventuras sorprendentes.

Por lo tanto, Jinjur mandó llamar de inmediato a la vieja Mombi, la bruja, y le prometió una buena recompensa si ayudaba al ejército rebelde.

Mombi estaba furiosa con Tip no sólo por la broma que le había gastado sino también por su huida y por el robo del precioso Polvo de la Vida, así que hizo falta poco para convencerla de viajar a la Ciudad Esmeralda y ayudar a Jinjur a derrotar al Espantapájaros y al Leñador de Hojalata, ahora amigos de Tip.

Acababa de llegar al palacio real cuando descubrió, mediante su magia secreta, que los aventureros ya estaban en camino hacia la Ciudad Esmeralda. Se encerró entonces en una pequeña habitación en lo alto de una torre a practicar su magia para impedir el regreso del Espantapájaros y sus compañeros.

Por eso el Leñador de Hojalata se detuvo de repente y dijo:

—Ha ocurrido algo muy extraño. Yo debería conocer de memoria cada paso de este camino y sin embargo mucho me temo que nos hayamos perdido.

—¡Eso es imposible! —protestó el Espantapájaros—. ¿Por qué crees, mi querido amigo, que nos hemos extraviado?

—Porque delante de nosotros hay un gran campo de girasoles que yo jamás había visto en mi vida.

Al oír esas palabras todos miraron alrededor y descubrieron que realmente estaban rodeados por un campo de tallos altos, y que cada tallo sostenía en la punta un girasol gigantesco. Y esas flores no sólo los cegaban con sus vividos colores rojos y dorados sino que también giraban sobre los tallos como molinos de viento en miniatura, deslumbrándolos por completo y desconcertándolos de tal manera que no sabían en qué dirección seguir.

—¡Es una brujería! —exclamó Tip.

Mientras estaban detenidos, asombrados y titubeando, el Leñador de Hojalata lanzó un grito de impaciencia y avanzó blandiendo el hacha dispuesto a cortar los tallos que tenía por delante. Pero de repente los girasoles dejaron de girar y los viajeros vieron con claridad que en el centro de cada flor aparecía el rostro de una niña. Esos rostros encantadores miraron al grupo estupefacto con sonrisas burlonas y luego estallaron en un coro de risas alegres ante la consternación que causaba su presencia.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Tip mientras detenía el brazo del Leñador—. ¡Están vivas, son niñas!

En ese momento las flores empezaron a girar de nuevo y los rostros se desvanecieron y se perdieron en los rápidos remolinos.

El Leñador de Hojalata dejó el hacha y se sentó en el suelo.

—Sería muy cruel cortar a esas bonitas criaturas —dijo abatido—. Sin

embargo, no veo otra manera de seguir nuestro camino.

—Es raro, pero me miraron como las caras del Ejército Sublevado —reflexionó el Espantapájaros—. Pero no entiendo cómo las chicas pueden habernos seguido hasta aquí con tanta rapidez.

—Creo que es magia —dijo Tip totalmente convencido—, y que alguien nos está gastando una broma. He visto a la vieja Mombi hacer ese tipo de cosas. Quizá no sea más que una ilusión y no exista aquí ningún girasol.

—Entonces cerremos los ojos y sigamos adelante —sugirió el Leñador.

—Perdón —dijo el Espantapájaros—. Pero mis ojos no están pintados para cerrarse. El que tú tengas párpados de hojalata no debe hacerte suponer que todos estamos hechos de la misma manera.

—Y los ojos del Caballete son nudos —dijo Jack, inclinándose hacia delante para examinarlos.

—Sin embargo, debes avanzar con rapidez —ordenó Tip—, nosotros te seguiremos y así intentaremos escapar. Tengo los ojos tan encandilados que apenas puedo ver.

Cabeza de Calabaza arrancó cabalgando con audacia y Tip se aferró de la punta de la cola del Caballete y los siguió con los ojos cerrados. El Espantapájaros y el Leñador de Hojalata cerraban la marcha y apenas habían recorrido unos metros cuando un grito alegre de Jack anunció que el camino que tenían por delante estaba despejado.

Entonces todos se detuvieron para mirar hacia atrás, pero no quedaba ningún rastro del campo de girasoles.

Más alegres ahora, siguieron su camino. Sin embargo, la vieja Mombi había cambiado tanto el aspecto del paisaje que seguramente se habrían perdido si no fuera porque el Espantapájaros había llegado a la sabia conclusión de que había que orientarse por el sol. Porque ninguna brujería podía cambiar el curso del sol, que por lo tanto era una guía segura.

Pero les aguardaban otras dificultades. El Caballete pisó una conejera y se cayó al suelo. La cabeza de calabaza fue lanzada por los aires y probablemente habría encontrado su final si en ese preciso instante el Leñador de Hojalata no la hubiera atrapado hábilmente cuando caía, salvándola de sufrir algún daño.

Tip pronto la colocó sobre el cuello y levantó a Jack. Pero el Caballete tuvo peor suerte, porque cuando le sacaron la pata descubrieron que estaba quebrada en dos y debían reemplazarla o arreglarla antes de dar un paso más.

—Es muy grave —dijo el Leñador de Hojalata—. Si hubiera algún árbol cerca yo podría fabricar con rapidez otra pata para este animal, pero no veo ni

siquiera un arbusto en kilómetros a la redonda.

—-Y no hay ni cercas ni casas en esta parte del País de Oz —agregó el Espantapájaros, desconsolado.

—Entonces ¿qué haremos? —preguntó el niño.

—Supongo que tendré que poner mis sesos a trabajar —respondió Su Majestad el Espantapájaros—. Porque la experiencia me ha enseñado que puedo hacer cualquier cosa si me tomo el tiempo necesario para pensarlo.

—Pensemos todos —dijo Tip—, y quizá encontremos la manera de arreglar al Caballete.

Así que se sentaron en hilera sobre la hierba y se pusieron a pensar mientras el Caballete se entretenía observándose con curiosidad la pata quebrada.

——¿Te duele? —preguntó el Leñador de Hojalata con voz suave y comprensiva.

—No, en absoluto —dijo el Caballete—, pero lo que tengo herido es el orgullo al descubrir lo frágil que es mi anatomía.

Durante un rato el pequeño grupo se quedó pensando en silencio. En un momento el Leñador de Hojalata levantó la cabeza y miró hacia los campos.

—¿Qué clase de criatura es esa que se acerca? —preguntó sorprendido.

Los demás siguieron su mirada y descubrieron que iba hacia ellos el objeto más extraordinario que jamás habían visto. Avanzaba en veloz silencio por la hierba blanda y a los pocos minutos estuvo delante de los aventureros, observándolos con el mismo asombro que ellos tenían.

El Espantapájaros no perdía nunca la calma.

—¡Buenos días! —dijo con cortesía.

El desconocido se quitó el sombrero con un ademán elegante, hizo una profunda reverencia y respondió:

—Buenos días a todos y, a cada uno. Espero que como grupo estén gozando de una excelente salud. Permítanme entregarles mi tarjeta.

Tras esas corteses palabras tendió una tarjeta hacia el Espantapájaros, que la aceptó, la giró una y otra vez y luego se la pasó a Tip con un movimiento de cabeza.

El niño leyó en voz alta:

«SR. BICHOVAIVÉN, M. A., P. E.»

—¡Dios mío! —exclamó Cabeza de Calabaza, clavándole la mirada.

—¡Qué raro! —dijo el Leñador de Hojalata.

Tip abrió los ojos de asombro y el Caballete soltó un suspiro y volvió la cabeza.

—¿Usted es realmente un bichovaivén? —preguntó el Espantapájaros.

—¡Por supuesto, mi estimado caballero! —respondió el desconocido con tono enérgico—. ¿Acaso no está mi nombre en la tarjeta?

—Claro que está —dijo el Espantapájaros—. Pero ¿me permite preguntarle qué significa «M. A.»?

—M. A. significa Muy Ampliado —dijo el Bichovaivén con orgullo.

—Ah, entiendo. —El Espantapájaros miró al desconocido con ojo crítico —. ¿Y es verdad que está muy ampliado?

—Señor —dijo el Bichovaivén—, creía que era usted un caballero de criterio y discernimiento. ¿No le parece evidente que soy unos cuantos miles de veces más grande que cualquier bichovaivén que haya visto jamás? Por lo tanto, resulta muy claro que estoy Muy Ampliado, y no hay ninguna buena razón para que dude del hecho.

—Discúlpeme —dijo el Espantapájaros—. Tengo los sesos un poco mezclados desde que me lavaron y plancharon la última vez. ¿Estaría mal que yo le preguntara también qué significa «P. E.» después de su nombre?

—Esas letras expresan mi título —respondió con una sonrisa condescendiente el Bichovaivén—. Para ser más explícito, las iniciales significan que estoy Perfectamente Educado.

—¡Ah! —dijo el Espantapájaros con bastante alivio.

Tip no podía quitar la vista de encima a ese personaje maravilloso. Lo que veía era el cuerpo grande y redondo de un bicho sostenido por dos piernas finas que terminaban en pies delicados, con dedos doblados hacia arriba. El cuerpo del Bichovaivén era más bien chato y, a juzgar por lo que se veía, tenía la parte de atrás de color marrón oscuro brillante mientras que por delante presentaba rayas que alternaban bandas blancas y marrón claro, que se mezclaban en los bordes. Tenía los brazos tan delgados como las piernas y sobre el cuello más bien largo se posaba la cabeza, no muy diferente de una cabeza humana, excepto por la nariz que terminaba en un apéndice rizado, o tentáculo, y por las orejas, en cuya parte superior disponía de unas antenas que decoraban la cabeza a ambos lados como dos minúsculas colas de cerdo rizadas. Había que reconocer que esos ojos negros y redondos eran más bien saltones, pero la expresión de la cara del Bichovaivén no era nada

desagradable.

Como vestimenta el insecto llevaba un abrigo azul oscuro con faldones, forrado de seda amarilla y con una flor en el ojal; un chaleco de lona blanca que le apretaba el ancho cuerpo; pantalones bombachos de felpa beige, sujetos a las rodillas con hebillas doradas; y sobre la pequeña cabeza lucía con desenfado un alto sombrero de seda.

De pie ante nuestros atónitos amigos el Bichovaivén parecía tan alto como el Leñador de Hojalata, y con seguridad ningún bicho había alcanzado jamás ese tamaño en el País de Oz.

—Reconozco —dijo el Espantapájaros— que tu abrupta aparición me ha sorprendido y sin duda ha asustado a mis camaradas. Sin embargo, espero que eso no te disguste. Es probable que con el tiempo nos acostumbremos a ti.

—¡No te disculpes, te lo ruego! —dijo serio el Bichovaivén—. Sorprender a la gente me proporciona un gran placer porque con seguridad no se me puede considerar un insecto común y tengo derecho a la curiosidad y a la admiración de aquellos con los que me encuentro.

—¡Sí, por supuesto! —concordó su Majestad.

—Si me permitís sentarme en vuestra augusta compañía —prosiguió el desconocido—, con mucho gusto os relataré mi historia para que mejor podáis comprender mi aspecto inusual o, por qué no, excepcional.

—Puedes decir lo que quieras —respondió lacónicamente el Leñador de Hojalata.

Así que el Bichovaivén se sentó en la hierba, frente al pequeño grupo de trotamundos, y les contó la siguiente historia…

CAPÍTULO 13

UNA HISTORIA MUY AMPLIADA

—Para ser sincero, debería reconocer desde el comienzo de mi relato que al nacer yo era un bichovaivén común —empezó diciendo la criatura con un tono franco y amable— al no conocer nada mejor usaba tanto los brazos como las piernas para caminar y me arrastraba bajo los bordes de las piedras o me escondía entre las raíces de las hierbas sin otra intención que buscar insectos más pequeños que yo para luego comérmelos.

»Las noches frías me entumecían y me impedían moverme porque yo no usaba ropa, pero cada mañana los cálidos rayos del sol me devolvían a la vida

y a la actividad. Ésa es una existencia horrible, pero debemos recordar que así es el destino de los bichovaivenes y el de muchas otras minúsculas criaturas que habitan la Tierra.

»¡Sin embargo, a pesar de ser yo tan humilde, la Fortuna me eligió para un destino más grandioso! Cierto día andaba cerca de una escuela de campo y despertó mi curiosidad el monótono zumbido de los estudiantes que había allí dentro; me atreví entonces a entrar y arrastrarme por una grieta entre dos tablones hasta que llegué al final donde, frente a una chimenea de brasas ardientes, estaba el maestro sentado ante su escritorio.

»Nadie se fijó en una criatura tan pequeña como un bichovaivén, y cuando descubrí que la chimenea era todavía más cálida y cómoda que los rayos del sol, decidí establecer mi futuro hogar junto a ella. Encontré entonces un nido encantador entre dos ladrillos y me escondí allí durante muchos, muchos meses.

»Sin duda, el Profesor Sabelotodo es el erudito más famoso del País de Oz, y al cabo de unos pocos días empecé a escuchar las clases y las disertaciones que daba a sus alumnos. Ninguno de ellos prestaba más atención que el humilde inadvertido Bichovaivén, y de ese modo adquirí un cúmulo de conocimientos que, confieso, es sencillamente maravilloso. Es ésa la razón por la que pongo en mis tarjetas P. E., Perfectamente Educado, porque mi mayor orgullo reside en el hecho de que el mundo no puede producir otro bichovaivén con una décima parte de mi propia cultura y erudición.

—No te culpo —dijo el Espantapájaros—. La educación es algo de lo que hay que estar orgulloso. Yo también estoy educado. Según mis amigos el revoltijo de sesos que me dio el Gran Mago es insuperable.

—Sin embargo —interrumpió el Leñador de Hojalata—, creo que un buen corazón es mucho más deseable que los sesos o la educación.

—Para mí —dijo el Caballete— una pata es más deseable que todo eso.

—¿Podríamos ver las semillas como una forma de cerebro? —preguntó de repente Cabeza de Calabaza.

—¡Cállate! —ordenó Tip con tono severo.

—Muy bien, querido padre —respondió el obediente Jack.

El Bichovaivén escuchó esos comentarios con paciencia, incluso con respeto, y después reanudó su historia.

—Debo de haber vivido tres años completos en esa aislada chimenea de escuela de campo —dijo—, bebiendo con ansia de la fuente inagotable de conocimiento que brotaba ante mí.

—¡Qué poético! —comentó el Espantapájaros mientras asentía con la cabeza en señal de aprobación.

—Pero un día —prosiguió el Bichovaivén— se produjo una circunstancia que alteró mi existencia y me llevó hasta mi actual pináculo de grandeza. El Profesor me sorprendió atravesando la chimenea y antes de que pudiera escapar me apresó entre el pulgar y el índice.

»—Mis queridos niños —dijo—, he capturado un bichovaivén, un espécimen muy raro y muy interesante. ¿Alguno de vosotros sabe lo que es un bichovaivén?

—¡No! —gritaron a coro los alumnos.

»—Entonces —dijo el profesor—, sacaré mi famosa lupa y proyectaré el insecto sobre una pantalla en un tamaño muy ampliado que os permita a todos estudiar en detalle su extraña construcción y conocer sus hábitos y forma de vida.

»Luego sacó de un armario un muy curioso instrumento y antes de que yo pudiera comprender qué había ocurrido me encontré proyectado sobre una pantalla en un tamaño muy ampliado, exactamente como me ven ahora.

»Los estudiantes se subieron a los pupitres y estiraron el cuello hacia delante para verme mejor y dos niñas treparon al alféizar de una ventana abierta desde donde podían contemplarme con mayor facilidad.

»—Observad —dijo el profesor en voz alta— este bichovaivén muy ampliado. ¡Uno de los insectos más curiosos que existen!

»Gomo estaba Perfectamente Educado y sabía lo que se espera de un caballero cuito, en ese momento me quedé de pie, me llevé una mano al pecho y saludé con una cortés reverenda. Mi conducta, tan inesperada, debió de asustarlos porque una de las niñas que estalla subirla al alféizar lanzó un chillido y se cayó de espaldas por la ventana, arrastrando con ella a su compañera.

»El profesor lanzó un grito de horror y salió corriendo por la puerta para ver si las pobres niñas se habían lastimado. Los alumnos lo siguieron en una desordenada horda y yo quedé solo en el aula, todavía en estado Muy Ampliado y con libertad para hacer lo que quisiera.

»De inmediato se me ocurrió que ésa era una buena oportunidad para escapar. Me sentía orgulloso de mi gran tamaño y comprendí que ahora podía viajar cualquier parte del mundo, en tanto que mi cultura superior me convertía en el socio adecuado para la persona más sabia que pudiera encontrar.

»Así que, mientras el profesor levantaba del suelo a las niñas —que

estaban más asustadas que heridas— y los alumnos se apiñaban a su alrededor, salí tranquilamente de la escuela, di la vuelta a la esquina y hui pasando inadvertido hasta un bosquecillo que había cerca.

—¡Maravilloso! —exclamó con admiración Cabeza de Calabaza.

—Sí, realmente —coincidió el Bichovaivén—. Nunca he dejado de felicitarme por haber escapado mientras estaba Muy Ampliado, puesto que de poco habría servido mi excesivo conocimiento si hubiera seguido siendo un insecto minúsculo e insignificante.

—No sabía —dijo Tip mirando desconcertado al Bichovaivén— que los insectos usaran ropa.

—No en su estado natural —dijo el desconocido—. Pero en el transcurso de mis andanzas tuve la fortuna de salvar la novena vida de un sastre: como quizá sepáis, los sastres tienen nueve vidas como los gatos. El hombre estaba muy agradecido porque la pérdida de esa vida habría significado su fin, así que me rogó que le permitiera confeccionar el elegante traje que ahora llevo puesto. ¿Verdad que me sienta muy bien? —Y el Bichovaivén se puso de pie y dio media vuelta, despacio, para que todos pudieran admirar su persona.

—Debe de haber sido un buen sastre —dijo el Espantapájaros algo envidioso.

—En todo caso fue un sastre de gran corazón —señaló Nico Hachero.

—Pero ¿adónde ibas cuando nos encontraste? —preguntó Tip al Bichovaivén.

—A ningún sitio en particular —fue la respuesta—, aunque tengo la intención de visitar pronto la Ciudad Esmeralda y concertar todo lo necesario para dar ante un público selecto un ciclo de conferencias sobre «Las ventajas de la Ampliación».

—Nosotros vamos rumbo a la Ciudad Esmeralda —dijo el Leñador de Hojalata—, de manera que si lo deseas puedes viajar en nuestra compañía.

El Bichovaivén hizo una reverencia muy cortés.

—Será un gran placer —dijo— aceptar vuestra invitación, porque en ningún lugar del País de Oz podría yo esperar encontrar una compañía tan agradable.

—Es cierto —reconoció Cabeza de Calabaza—. Somos tan afines como las moscas y la miel.

—Pero… disculpadme si parezco un poco curioso… vosotros, ejem, ¿no sois un poco raros? —preguntó el Bichovaivén, mirándolos uno por uno con indisimulado interés.

—No más que tú —respondió el Espantapájaros—. Todo es raro en la vida hasta que te acostumbras.

—¡Qué extraña filosofía! —exclamó con admiración el Bichovaivén.

—Sí, mis sesos funcionan bien hoy —admitió el Espantapájaros con un dejo de orgullo en la voz.

—Entonces, si estáis suficientemente descansados y renovados dirijamos nuestros pasos hacia la Ciudad Esmeralda —propuso el Ampliado.

—No podemos —dijo Tip—. El Caballete sé ha roto una pata, así que es incapaz de dar un solo paso. Y no hay ningún bosque cerca para hacerle una nueva extremidad. Y no podemos dejar aquí al caballo porque Cabeza de Calabaza j tiene tan rígidas las articulaciones que necesita ir montado.

—¡Qué pena! —dijo el Bichovaivén. Entonces miró con atención al grupo y agregó—: Si Cabeza de Calabaza tiene que ir montado, ¿por qué no usar una de sus patas para fabricar una para el caballo que lo lleva a cuestas? Calculo que ambos están hechos de madera.

—Eso es lo que yo llamo inteligencia —dijo con aprobación el Espantapájaros—. ¡Me pregunto por qué mis sesos no lo pensaron antes! Manos a la obra, mi querido Nico, y adapta la pata de Cabeza de Calabaza al Caballete.

A Jack no le gustó mucho la idea, pero aceptó que el Leñador de Hojalata le amputara la pata y le sacara punta en los extremos para adaptarla al lado izquierdo del Caballete. Tampoco el Caballete estaba muy contento con la operación, puesto que estuvo mascullando algo acerca de lo que él llamaba la «carnicería», y después declaró que para un respetable Caballete la nueva pata era una vergüenza.

—Te ruego que midas tus palabras —dijo bruscamente Cabeza de Calabaza—. No te olvides de que estás insultando mi pata.

—No lo olvido —contestó el Caballete—, porque es tan endeble como el resto de tu persona.

—¡Endeble! ¡Endeble yo! —gritó Jack, hecho una furia—. ¿Cómo te atreves a llamarme endeble?

—Porque estás hecho de manera tan ridícula como una marioneta —dijo con desdén el caballo, haciendo girar con ferocidad los ojos nudosos—. ¡Ni siquiera mantienes recta la cabeza, y nunca se sabe si miras para adelante o para atrás!

—¡Amigos, os ruego que no riñáis! —suplicó el Leñador de Hojalata, preocupado—. La verdad es que ninguno de nosotros es perfecto, así que

soportemos los defectos de los demás.

—Magnífica sugerencia —dijo el Bichovaivén con aprobación—. Debes de tener un excelente corazón, amigo metálico.

—Lo tengo —dijo Nico, complacido—. El corazón es mi mejor parte. Pero ahora pongámonos en marcha.

Colocaron al cojo Cabeza de Calabaza sobre el Caballete y lo ataron al asiento con cuerdas para que no cayera.

Después, siguiendo al Espantapájaros, echaron a andar hacia la Ciudad Esmeralda.

CAPÍTULO 14

LA VIEJA MOMBI PRACTICA LA BRUJERÍA

Pronto descubrieron que el Caballete cojeaba, porque su nueva pierna era un poco más larga que las otras. Así que no tuvieron más remedio que detenerse para que el Leñador dé Hojalata se la recortara con el hacha, tras lo cual el corcel de madera anduvo más cómodo. Pero el Caballete aún no se daba por satisfecho.

—¡Qué pena haberme roto la otra pata! —gruñó.

—Al contrario —comentó con displicencia el Bichovaivén, que caminaba a su lado—, deberías considerarlo un accidente muy afortunado. Porque un caballo de poco sirve mientras no está quebrado.

—Discúlpame —dijo Tip algo molesto, porque sentía un gran cariño por el Caballete y por Jack—, pero permíteme decir que tu broma no sólo es de mal gusto sino que es una broma gastada.

—Sin embargo es una broma —declaró el Bichovaivén con firmeza—, y una broma que procede de un juego de palabras se considera entre gente educada como algo muy apropiado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Cabeza de Calabaza.

—Significa, mi querido amigo —explicó el Bichovaivén—, que nuestro lenguaje tiene muchas palabras con doble sentido; y que hacer un chiste usando los dos significados de cierta palabra demuestra que el chistoso es una persona culta y refinada y tiene, además, un dominio total del lenguaje.

—No estoy de acuerdo —dijo Tip, sin rodeos—. Cualquiera puede hacer un juego de palabras.

—No es así —respondió con frialdad el Bichovaivén—. Requiere un alto grado de educación. ¿Tú estás educado, joven?

—No mucho —admitió Tip.

—Entonces no puedes opinar sobre el tema. Yo mismo estoy Perfectamente Educado y afirmo que los juegos de palabras revelan genio. Por ejemplo, si yo montara en este Caballete, él no sólo sería un animal: se convertiría en un vehículo. Porque sería un caballo de transporte.

Al oír eso, el Espantapájaros ahogó un grito y el Leñador de Hojalata se detuvo en seco y miró en tono de reproche al Bichovaivén. Al mismo tiempo el Caballete soltó un sonoro resoplido mordaz y hasta Cabeza de Calabaza levantó la mano para ocultar la sonrisa que, al estar tallada en la cara, no pudo convertir en una mueca de desaprobación.

Pero el Bichovaivén siguió pavoneándose como si hubiera hecho un comentario brillante.

—Me han dicho, mi querido amigo, que una persona se puede volver demasiado educada —se vio obligado a decir el Espantapájaros—, y aunque los sesos me merecen el mayor de los respetos, no importa cómo estén organizados o clasificados, empiezo a sospechar que los tuyos se han enredado un poco. En cualquier caso, debo rogarte que refrenes tu educación superior mientras estés en nuestra compañía.

—No tenemos manías —añadió el Leñador de-Hojalata— y somos sumamente bondadosos. Pero si tu cultura superior se descontrola de nuevo… —No terminó la frase, pero hizo girar la brillante hacha con tanta despreocupación que el Bichovaivén pareció asustarse y se apartó hasta ponerse a una distancia segura.

Los demás siguieron avanzando en silencio, y el Muy Ampliado, después de un rato de cavilación, dijo con voz humilde:

—Procuraré controlarme.

—Eso es lo único que esperamos —dijo complacido el Espantapájaros, y al restablecerse la alegre armonía en el grupo, continuaron el viaje.

Cuando volvieron a detenerse para permitir que Tip descansara —el niño era el único que parecía agotarse—, el Leñador de Hojalata observó muchos agujeros redondos en el suelo del prado.

—Debe de ser la aldea de los Ratones del Campo —le dijo al Espantapájaros—. Quizá mi vieja amiga la Reina de los Ratones esté por aquí.

—Si está, quizá nos sea de gran ayuda —respondió el Espantapájaros, a quien de repente se le había ocurrido una idea—. A ver si puedes llamarla, mi

querido Nico.

De modo que el Leñador de Hojalata sopló una nota aguda en un silbato de plata que llevaba colgado del cuello y de inmediato un minúsculo ratón gris salió de un agujero cercano y se les acercó sin temor. Porque el Leñador de Hojalata una vez le había salvado la vida, y la Reina de los Ratones del Campo sabía que podía confiar en él.

—Buenos días, Majestad —dijo Nico, dirigiéndose cortésmente a la ratona —; espero que disfrutes de buena salud.

—Gracias, estoy muy bien —respondió con recato la Reina mientras se levantaba sobre las patas traseras y mostraba la minúscula corona sobre la cabeza—. ¿Puedo hacer algo para ayudar a mis viejos amigos?

—Claro que puedes —respondió ansioso, el Espantapájaros—. Te suplico que me dejes llevar conmigo a una docena de tus súbditos a la Ciudad Esmeralda.

—¿Sufrirán algún tipo de daño? —preguntó con recelo la Reina.

—Creo que no —contestó el Espantapájaros—. Los llevaré ocultos en la paja que rellena mi cuerpo y cuando les dé la señal desabotonándome la chaqueta ellos sólo tendrán que salir corriendo y volver a casa lo más rápido posible. Con eso me ayudarán a recuperar el trono que el Ejército Sublevado me ha arrebatado.

—En ese caso —dijo la Reina—, no me opondré a tu petición. Cuando estés listo llamaré a doce de mis súbditos más inteligentes.

—Ya estoy listo —dijo el Espantapájaros. Se acostó boca arriba en el suelo y se desabotonó la chaqueta, dejando al descubierto la masa de paja con la que estaba relleno.

La Reina emitió un grito agudo y en un instante una docena de hermosos ratones de campo salieron de las cuevas y se detuvieron delante de su gobernante, esperando órdenes.

Lo que la Reina les dijo no lo entendió ninguno de nuestros viajeros, porque lo hizo en el idioma ratonil, pero los ratones obedecieron sin vacilar, corrieron uno tras otro hasta el Espantapájaros y se escondieron en la paja del pecho.

Cuando los doce ratones estuvieron ocultos, el Espantapájaros se abotonó bien la chaqueta y luego se levantó y dio las gracias a la Reina por su amabilidad.

—Podrías hacer algo más por nosotros —sugirió el Leñador de Hojalata—: correr delante y mostrarnos el camino a la Ciudad Esmeralda. Porque es

evidente que algún enemigo está tratando de impedir que lleguemos allí.

—Con mucho gusto lo haré —dijo la Reina—. ¿Estáis listos?

El Leñador de Hojalata miró a Tip.

—Ya estoy descansado —dijo el niño—. Vamos.

Entonces reanudaron el viaje. La pequeña Reina de los Ratones del Campo corría con rapidez por delante del grupo, se detenía hasta que los viajeros se acercaban y de nuevo volvía a correr.

Sin esa guía infalible el Espantapájaros y sus acompañantes quizá no hubieran llegado nunca a la Ciudad Esmeralda, porque eran muchos los obstáculos puestos en el camino por las artes de la vieja Mombi. Sin embargo, ninguno de los obstáculos existía de verdad; todos eran engaños hábilmente creados. Cuando llegaron a la orilla de un río turbulento que amenazaba con impedirles el paso, la pequeña Reina siguió adelante con firmeza, y pasó sin peligro por la aparente crecida, y nuestros viajeros la siguieron sin encontrar ni una sola gota de agua.

Otra vez un alto muro de granito se levantó cerrándoles el paso. Pero cuando la Ratona de Campo lo atravesó sin dudar y los demás hicieron lo mismo, el muro se desvaneció.

Más tarde, tras detenerse un rato para permitir que Tip descansara, vieron que a sus pies se abrían cuarenta caminos en cuarenta direcciones diferentes, y pronto estos cuarenta caminos empezaron a girar alrededor de ellos como una potente rueda, primero en una dirección y luego en la otra, desconcertándolos por completo.

Pero la Reina pidió que la siguieran y salió corriendo como una flecha en línea recta; cuando el grupo hubo avanzado unos pasos, los senderos giratorios se disiparon y no se los vio más.

La última trampa de Mombi fue la más horrible de rodas. Envió una cortina de chisporroteantes llamas que avanzó con rapidez sobre los prados para reducirlos a cenizas, y por primera vez el Espantapájaros sintió miedo y dio media vuelta dispuesto a huir.

—¡Si el fuego me toca desapareceré en un santiamén! —dijo, temblando hasta que le crujió la paja del cuerpo—. Nunca me había encontrado con algo tan peligroso.

—¡Yo también me voy! —gritó el Caballete, volviéndose con una nerviosa cabriola—. Mi madera está tan seca que ardería como una cerilla.

—¿El fuego es peligroso para las calabazas? —preguntó Jack con temor.

—¡Te asarás como una tarta, igual que yo! —respondió el Bichovaivén

poniéndose a cuatro patas para correr más rápido.

Pero el Leñador de Hojalata, como no temía al fuego, impidió la desbandada con unas pocas palabras sensatas.

—¡Mirad a la Ratona de Campo! —gritó—. El fuego no le hace ningún daño. En realidad es un engaño; no hay ningún fuego.

Al ver que la pequeña Reina marchaba tranquilamente entre las llamas, los integrantes del grupo recuperaron el valor y la siguieron sin siquiera chamuscarse.

—Ésta es con seguridad una aventura extraordinaria —dijo el Bichovaivén, que estaba muy asombrado—, porque va contra todas las Leyes de la Naturaleza que oí enseñar al Profesor Sabelotodo en la escuela.

—Claro que sí —dijo con sabiduría el Espantapájaros—. Toda magia es antinatural, y por esa razón se la debe temer y evitar. Pero veo ante nosotros las puertas de la Ciudad Esmeralda, así que supongo que hemos vencido todos los obstáculos mágicos que parecían interponerse en nuestro camino.

Las murallas de la ciudad se veían con total claridad, y la Reina de los Ratones del Campo, que con tanta fidelidad los había guiado, se acercó para despedirse.

—Estamos muy agradecidos a Su Majestad por tan amable ayuda —dijo el Leñador de Hojalata, haciendo una reverencia a la preciosa criatura.

—Siempre me gusta ayudar a los amigos —respondió la Reina, y como un rayo echó a correr de vuelta a casa.

CAPÍTULO 15

LOS PRISIONEROS DE LA REINA

Al acercarse a la puerta de la Ciudad Esmeralda los viajeros la encontraron custodiada por dos niñas del Ejército Sublevado, que les cerraron el paso sacándose las agujas de tejer del pelo y amenazando con pinchar al primero que se les acercara.

Pero el Leñador de Hojalata no se asustó.

—En el peor de los casos rasguñarán mi hermoso niquelado —dijo—. Pero no llegaremos a ese extremo, porque me parece que puedo asustar con facilidad a esas absurdas soldados. ¡Seguidme todos de cerca!

Entonces, haciendo oscilar el hacha por delante a derecha e izquierda,

describiendo con ella un gran círculo, avanzó hacia la puerta y los demás lo siguieron sin vacilar.

Las niñas, que no esperaban ninguna resistencia, se aterrorizaron al ver el movimiento del hacha refulgente y huyeron gritando hacia la ciudad. Nuestros viajeros atravesaron entonces sin peligro la puerta y marcharon por el pavimento de mármol verde de la ancha calle que conducía al palacio real.

—A este paso pronto repondremos a Su Majestad en el trono —dijo el Leñador de Hojalata, riéndose de la fácil derrota de las guardianas.

—Gracias, amigo Nico —dijo agradecido el Espantapájaros—. Nada se resiste a tu noble corazón y a tu filosa hacha.

Mientras pasaban por delante de las hileras de casas vieron a través de las puertas abiertas que los hombres barrían, quitaban el polvo y lavaban los platos, mientras las mujeres, sentadas en grupos, chismorreaban y se reían.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el Espantapájaros a un hombre de expresión triste y barba tupida, que llevaba un delantal y empujaba un cochecito de bebé por la acera.

—Como usted bien debería saber, Majestad, hemos tenido una revolución —dijo el hombre—, y desde que usted se marchó las mujeres llevan las cosas a su manera. Me alegra que haya decidido volver y restablecer el orden, porque hacer las tareas de la casa y cuidar a los niños está agotando las fuerzas de todos los hombres de la Ciudad Esmeralda.

—¡Humm! —dijo pensativo el Espantapájaros—. Si es un trabajo tan pesado como dices, ¿cómo hacían las mujeres para resolverlo con tanta facilidad?

—La verdad es que no lo sé —contestó el hombre con un hondo suspiro—. Quizá las mujeres están hechas de hierro fundido.

Mientras iban por las calles nadie se movió para impedirles el paso. Algunas mujeres dejaron de chismorrear lo suficiente como para lanzar miradas de curiosidad a nuestros amigos, pero enseguida volvieron la cara riéndose o con desdén y continuaron con su parloteo. Y cuando los viajeros se topaban con chicas del Ejército Sublevado, esas soldados, en vez de alarmarse o mostrar sorpresa, simplemente se apartaban y los dejaban seguir sin protestar».

Esa actitud preocupó al Espantapájaros.

—Sospecho que vamos hacia una trampa —dijo.

—¡Pamplinas! —dijo Nico Hachero sin perder la confianza—. ¡Ya hemos vencido a esas tontas criaturas!

Pero el Espantapájaros movió la cabeza expresando sus dudas, y Tip dijo:

—Esto es demasiado fácil. Hay que estar atento a los posibles problemas.

—Lo estaré —dijo Su Majestad.

Sin resistencia alguna, llegaron al palacio real y subieron por las escaleras de mármol, que alguna vez habían tenido una gruesa capa de esmeraldas pero que ahora estaban llenas de diminutos agujeros, los engarces de donde el Ejército Sublevado había arrancado sin piedad las piedras. Y hasta el momento ninguna rebelde les había cerrado el paso.

El Leñador de Hojalata y sus seguidores avanzaron por el vestíbulo en forma de arco y entraron en la magnífica Sala del Trono; una vez allí, cuando las cortinas de seda verde cayeron a su espalda, vieron un curioso espectáculo.

Sentada en el rutilante trono estaba la general Jinjur, con la segunda mejor corona del Espantapájaros sobre la cabeza y el cetro real en la mano derecha. La niña tenía en el regazo una caja de caramelos de la cual se servía, y parecía muy a gusto en aquel ambiente real.

El Espantapájaros se adelantó un paso y se enfrentó a ella, mientras el Leñador de Hojalata se apoyaba en el hacha y los demás formaban un semicírculo a espaldas de la persona de Su Majestad.

—¿Cómo te atreves a sentarte en mi trono? —preguntó el Espantapájaros mirando con dureza a la intrusa—. ¿No sabes que eres culpable de traición y que hay una ley que castiga la traición?

—El trono pertenece a quien es capaz de ocuparlo —respondió Jinjur mientras comía despacio otro caramelo—. Yo lo he ocupado, como ves, así que ahora soy la Reina, y quien se me oponga será culpable de traición y deberá ser castigado por la ley que acabas de mencionar.

Ese argumento desconcertó al Espantapájaros.

—¿Qué piensas, amigo Nico? —preguntó, volviéndose al Leñador de Hojalata.

—Que cuando se trata de la ley, nada tengo que decir —respondió ese personaje—, porque las leyes nunca fueron hechas para ser entendidas, e intentar hacerlo resulta estúpido.

—Entonces ¿qué haremos? —preguntó consternado el Espantapájaros.

—¿Por qué no te casas con la Reina? Así podréis gobernar los dos —sugirió el Bichovaivén.

Jinjur lanzó una mirada furibunda al insecto.

—¿Por qué no la haces volver con su madre, que es donde tiene que estar?

—preguntó Jack Cabeza de Calabaza.

Jinjur frunció el ceño.

—¿Por qué no la encierras en un armario hasta que se porte bien y prometa ser buena? —preguntó Tip.

Jinjur hizo una mueca de desdén.

—¡O la zamarreas bien! —añadió el Caballete.

—No —dijo el Leñador de Hojalata—, debemos tratar con dulzura a la pobre chica. Démosle todas las joyas que pueda llevarse y hagamos que se vaya feliz y contenta.

Al oír eso la Reina Jinjur soltó una carcajada y batió palmas tres veces con las hermosas manos, como si enviara una señal.

—Sois criaturas muy absurdas —dijo—, pero ya me he hartado de vuestras estupideces y no tengo tiempo para seguir ocupándome de vosotros.

Mientras el monarca y sus amigos escuchaban con asombro esas palabras insolentes, ocurrió algo alarmante. Alguien arrebató desde atrás el hacha al Leñador de Hojalata, que de repente se vio desarmado e indefenso. En ese mismo instante una carcajada estalló en los oídos de la banda leal, y al darse la vuelta para ver de dónde salía se vieron rodeados por el Ejército Sublevado, cuyas niñas blandían en las manos refulgentes agujas de tejer. La Sala del Trono parecía llena de rebeldes, y el Espantapájaros y sus compañeros comprendieron que los habían hecho prisioneros.

—Como veis, enfrentarse a la inteligencia de una mujer es una estupidez —dijo Jinjur con alegría—, y lo que demuestra este hecho es que estoy en mejores condiciones de gobernar la Ciudad Esmeralda que el Espantapájaros. Os aseguro que no os guardo rencor, pero para que no me resultéis problemáticos en el futuro ordenaré que os destruyan a todos, decir, a todos menos al niño, que pertenece a la vieja Mombi y le debe ser restituido. Los demás no sois humanos y vuestra destrucción no será por lo tanto una maldad. Haré que corten en trozos el cuerpo del Caballete y el de Cabeza de Calabaza para hacer leña, y la calabaza servirá para hacer tartas. El Espantapájaros servirá muy bien para encender una hoguera y al Hombre de Hojalata se le puede cortar en pedacitos y dárselos a las cabras. En cuanto a este enorme Bichovaivén…

—¡Diga usted Muy Ampliado! —interrumpió el insecto.

—Creo que pediré al cocinero que haga contigo una sopa de tortuga verde —continuó pensativa la Reina.

El Bichovaivén se estremeció.

—Y si eso no puede ser, quizá servirías para un estofado húngaro bien condimentado —añadió con crueldad.

Ese programa de exterminio era tan terrible que los prisioneros se miraron unos a otros con pánico. El único que no cedió a la desesperación fue el Espantapájaros. Se quedó en silencio delante de la Reina con la frente arrugada por profundos pensamientos mientras se esforzaba por encontrar alguna forma de salvación.

Mientras estaba ocupado por esa actividad sintió un pequeño movimiento en la paja del pecho. De repente su expresión pasó de la tristeza a la alegría, levantó una mano y se desabotonó con rapidez la chaqueta.

Ese movimiento no pasó inadvertido a la multitud de niñas que lo rodeaban, pero ninguna de ellas intuyó lo que él estaba haciendo hasta que un minúsculo ratón gris le saltó del pecho al suelo y echó a correr entre los pies del Ejército Sublevado. Detrás, con rapidez, salió otro ratón, y luego otro y otro. Y de repente brotó del ejército un grito de terror que podría haber consternado al corazón más fuerte. La huida que siguió se convirtió en desbandada, y la desbandada en pánico.

Mientras los asustados ratones corrían como desaforados por la sala, el Espantapájaros sólo tuvo tiempo para ver un torbellino de faldas y un centelleo de pies entre las chicas que desaparecían del palacio atropellándose y empujándose unas a otras en un desesperado esfuerzo por escapar.

Ante el primer signo de alarma la Reina se subió a los almohadones del trono y empezó a bailar frenéticamente de puntillas. Entonces un ratón trepó a los almohadones. Corí un salto de terror la pobre Jinjur pasó como una bala por encima de la cabeza del Espantapájaros, huyó por el arco de entrada y no detuvo su enloquecida carrera hasta llegar a las puertas de la ciudad.

Así, en menos tiempo del que me lleva explicarlo, la Sala del Trono fue abandonada por todos menos el Espantapájaros y sus amigos, y el Bichovaivén suspiró aliviado mientras exclamaba:

—¡Qué suerte! ¡Nos hemos salvado!

—Sí, de momento —respondió el Leñador de Hojalata—. Me temo que el enemigo regresará pronto.

—¡Atranquemos todas las entradas del palacio! —dijo el Espantapájaros —. Después tendremos tiempo de pensar qué conviene hacer.

Todos menos Jack Cabeza de Calabaza, aún amarrado al Caballete, corrieron hasta las diferentes entradas del palacio real y cerraron las pesadas puertas con llaves y cerrojos. Después, sabiendo que el Ejército Sublevado tardaría varios días en derribar las barreras, los aventureros se reunieron otra

vez en la Sala del Trono para celebrar un consejo de guerra.

CAPÍTULO 16

EL ESPANTAPÁJAROS SE TOMA TIEMPO PARA PENSAR

—Me parece —dijo el Espantapájaros cuando todos estuvieron de nuevo reunidos en la Sala del Trono— que la niña Jinjur tiene razón al reclamar ser Reina. Y si ella tiene razón yo no la tengo, y no nos corresponde estar ocupando su palacio.

—Pero tú fuiste el Rey hasta que llegó ella —dijo el Bichovaivén, pavoneándose de un lado a otro con las manos en los bolsillos—, de modo que me parece que la intrusa es ella y no tú.

—Sobre todo después de haberla derrotado y haberla obligado a huir —añadió Cabeza de Calabaza mientras levantaba las manos para girar la cara hacia el Espantapájaros.

—¿De verdad la habremos derrotado? —preguntó con tranquilidad el Espantapájaros—. Mira por la ventana y dime qué ves.

Tip corrió hasta la ventana y miró hacia fuera.

—El palacio está rodeado por una fila doble de niñas soldados —anunció.

—Ya me lo imaginaba —dijo el Espantapájaros—. Somos tan prisioneros como antes de que los ratones las espantaran del palacio.

—Mi amigo tiene razón —dijo Nico Hachero, que se había estado sacando brillo en el pecho con una gamuza—. Jinjur sigue siendo la Reina y nosotros sus prisioneros.

—Yo espero que no pueda entrar —exclamó Cabeza de Calabaza temblando de miedo—. Sabes que amenazó con usarme para hacer tartas.

—No te preocupes —dijo el Leñador de Hojalata—. No tiene demasiada importancia. De todos modos, si te quedas encerrado aquí con el tiempo te echarás a perder. Es mucho más admirable una buena tarta que un intelecto podrido.

—Muy cierto —coincidió el Espantapájaros.

—¡Ay! —gimió Jack—. ¡Qué desgracia la mía! Querido padre, ¿por qué no me hiciste de hojalata, o incluso de paja, para que durara indefinidamente?

—¡Caray! —dijo indignado Tip—. Deberías alegrarte del simple hecho de

que te haya fabricado. —Después, pensativo, añadió—: A todo le llega su fin alguna vez.

—Me gustaría recordaros —interrumpió el Bichovaivén con una expresión afligida en los ojos redondos y saltones— que esa terrible Reina Jinjur propuso hacer un estofado conmigo… ¡Conmigo! ¡El único Bichovaivén Muy Ampliado y Perfectamente Educado de todo el ancho, ancho mundo!

—Me parece una idea brillante —comentó el Espantapájaros con gesto de aprobación.

—¿Verdad que con él se haría una sopa mejor? —preguntó el Leñador de Hojalata volviéndose hacia su amigo.

—Bueno, es posible —admitió el Espantapájaros.

El Bichovaivén soltó un quejido.

—¡Ya me imagino a las cabras comiendo trozos de mi querido compañero, el Leñador de Hojalata —dijo con voz lastimera—, mientras mi sopa se cuece sobre el fogón hecho con el Caballete, y el cuerpo de Jack Cabeza de Calabaza y la Reina Jinjur mira cómo hiervo mientras alimenta las llamas con mi amigo el Espantapájaros!

Ese cuadro morboso entristeció al grupo, dejándolos a todos nerviosos y preocupados.

—Para eso falta un rato —dijo el Leñador de Hojalata tratando de infundir ánimo—, porque no dejaremos que Jinjur entre en el palacio mientras no logre derribar las puertas.

—Y mientras, yo podré morirme de hambre, lo mismo que el Bichovaivén —anunció Tip.

—En lo que a mí respecta —dijo el Bichovaivén—, creo que podría alimentarme un tiempo con Jack Cabeza de Calabaza. No es que quiera comer calabazas, pero creo que son un tanto nutritivas, y la cabeza de Jack es grande y regordeta.

—¡Qué cruel! —exclamó el Leñador de Hojalata, escandalizado—. Me pregunto si somos caníbales o amigos fieles.

——Veo con claridad que no podemos quedarnos encerrados en este palacio —dijo el Espantapájaros, decidido—. Así que terminemos esta conversación lamentable y tratemos de encontrar una manera de escapar.

Ante esa sugerencia todos se agruparon alrededor del trono, donde se había sentado el Espantapájaros, y al sentarse Tip sobre un taburete se le cayó del bolsillo una cajita de granos de pimienta que rodó por el suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó Nico Hachero levantando la cajita.

—¡Cuidado! —gritó el niño—. Eso es mi Polvo de la Vida: No lo derrames porque queda muy poco.

—¿Y qué es el Polvo de la Vida? —preguntó el Espantapájaros mientras Tip volvía a guardar con cuidado la cajita en el bolsillo.

—Es un producto mágico que la vieja Mombi consiguió de un brujo deshonesto —explicó el niño—. Con él la vieja dio vida a Jack, y después yo lo usé para dar vida al Caballete. Supongo que cualquier cosa que se espolvoree con él cobrará vida, pero sólo queda una dosis.

—Entonces es muy valioso —dijo el Leñador de Hojalata.

—Claro que sí —coincidió el Espantapájaros—. Quizá sea la única manera que tenemos de huir de nuestras dificultades. Creo que voy a pensar durante unos minutos, así que te agradeceré, amigo Tip, que saques tu navaja y me arranques esta pesada corona de la frente.

Tip cortó con rapidez las puntadas que sujetaban la corona a la cabeza del Espantapájaros y el antiguo monarca de la Ciudad Esmeralda se la quitó con un suspiro de alivio y la colgó de una percha junto al trono.

—Ése es mi último recuerdo de la realeza —dijo—, y me alegra librarme de él. El antiguo Rey de esta ciudad, que se llamaba Pastoría, perdió la corona a manos del Maravilloso Mago, quien me la entregó. Ahora la niña Jinjur la reclama y espero sinceramente que no le cause dolor de cabeza.

—Un pensamiento bondadoso, que admiro mucho —dijo el Leñador de Hojalata haciendo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Y ahora me permitiré pensar con tranquilidad —prosiguió el Espantapájaros, recostándose en el trono.

Los demás se quedaron lo más callados y quietos que podían para no molestarlo, porque todos tenían una gran confianza en el extraordinario cerebro del Espantapájaros.

Y después de lo que pareció una eternidad a los ansiosos observadores, el pensador se puso de pie, miró a sus amigos con una expresión muy enigmática y dijo:

—Hoy mi cerebro funciona muy bien: Estoy muy orgulloso de él. ¡Ahora prestad atención! Si intentamos huir por las puertas del palacio, con segundad nos apresarán. Y como no podemos huir por tierra, sólo se puede hacer una cosa, ¡tenemos que huir por el aire!

El Espantapájaros se paró a observar el efecto de esas palabras, pero quienes lo escuchaban parecían desconcertados y no muy convencidos.

—El Maravilloso Mago huyó en un globo —prosiguió—. Claro que no sabemos fabricar un globo, pero cualquier cosa que vuele por el aire nos llevará con facilidad. Propongo entonces que mi amigo el Leñador de Hojalata, que es un hábil mecánico, construya algún tipo de máquina con potentes alas para llevarnos, y que nuestro amigo Tip de vida a esa Cosa con su polvo mágico.

—¡Bravo! —gritó Nico Hachero.

—¡Qué sesos más maravillosos! —murmuró Jack.

—¡Muy inteligente de verdad! —dijo el Educado Bichovaivén.

—Creo que se puede hacer —declaró Tip—, si el Leñador de Hojalata es capaz de fabricar la Cosa.

—Haré lo que pueda —dijo Nico con alegría—, y pocas veces fracaso en lo que me propongo. Pero habrá que construir la Cosa en el tejado del palacio, para que pueda subir por el aire sin problemas.

—De acuerdo —dijo el Espantapájaros.

—Entonces busquemos en el palacio —continuó el Leñador de Hojalata— y llevemos todo el material que encontremos al tejado, donde me pondré a trabajar.

Pero antes —dijo Cabeza de Calabaza— te ruego que me desates de este caballo y que me fabriques otra pata para caminar. En este estado no sirvo para nada.

El Leñador de Hojalata rompió una mesa de caoba con el hacha y colocó una de las patas, magníficamente tallada, en el cuerpo de Jack Cabeza de Calabaza, que se sintió muy orgulloso de la adquisición.

—Parece raro —dijo, mientras observaba el trabajo del Leñador de Hojalata— que mi pata izquierda sea la parte más elegante y sustancial de mi cuerpo.

—Eso demuestra que eres especial —dijo el Espantapájaros—. Estoy convencido de que en este mundo sólo la gente especial es digna de consideración. Porque la gente común es como las hojas de un árbol, que viven y mueren sin ser advertidas.

—¡Son palabras de filósofo! —gritó el Bichovaivén, mientras ayudaba al Leñador de Hojalata a poner de pie a Jack.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Tip, mientras miraba a Cabeza de Calabaza, que iba de un lado a otro probando la pata.

—Como nuevo —respondió Jack con alegría—, y listo para ayudar a

preparar la huida.

—Entonces manos a la obra —dijo el Espantapájaros en tono seco.

Así, contentos de estar haciendo algo que les permitiera poner fin al cautiverio, los amigos se separaron y empezaron a recorrer el palacio en busca del material adecuado para usar en la construcción de la máquina aérea.

CAPÍTULO 17

EL INCREÍBLE VUELO DEL GUMP

Cuando los aventureros se volvieron a reunir sobre el tejado se descubrió la curiosa y sorprendente variedad de objetos que habían seleccionados todos los integrantes del grupo. Nadie parecía tener una idea muy clara de lo que se necesitaba, pero todos habían llevado algo.

El Bichovaivén había descolgado la cabeza de un Gump adornado con grandes cuernos del sitio que ocupaba sobre la chimenea del gran vestíbulo, y con gran cuidado y mayor dificultad el insecto la había llevado por las escaleras hasta el tejado. Ese Gump se parecía a la cabeza de un alce, sólo que la nariz se curvaba hacia arriba de manera insolente y tenía pelos en la barbilla, como los de un macho cabrío. El Bichovaivén no podía explicar por qué había escogido ese objeto, simplemente le había despertado la curiosidad.

Tip, con ayuda del Caballete, había llevado hasta el techo un enorme sofá tapizado. Se trataba de un mueble anticuado, de respaldo y lados altos, y pesaba tanto que aunque la mayor parte del esfuerzo recaía sobre el Caballete, el niño se quedó sin aliento cuando por fin lo descargaron en el tejado.

Cabeza de Calabaza apareció con una escoba, que fue primera cosa que vio. El Espantapájaros llegó con un rollo de cuerdas y sogas de tender ropa que había sacado del patio, y al subir las escaleras se enredó de tal manera con los cabos sueltos que él y su carga se desplomaron y rodaron sobre el tejado y podría haberse despeñado si no lo hubiera rescatado Tip.

El último en aparecer fue el Leñador de Hojalata. También él había ido al patio, donde había cortado cuatro anchas y voluminosas hojas de una enorme palmera que era el orgullo de todos los habitantes de la Ciudad Esmeralda.

—¡Mi querido Nico! —exclamó el Espantapájaros al ver lo que había hecho su amigo—. Eres culpable del peor crimen que alguien puede cometer en la Ciudad Esmeralda. Si mal no recuerdo, al que corta hojas de la palmera real se le castiga matándolo siete veces y después encarcelándolo de por vida.

—Ahora ya no se puede hacer nada —respondió el Leñador de Hojalata, arrojando las grandes hojas sobre el suelo del tejado—. Pero eso quizá sume otra razón a nuestra necesidad de huir. Y ahora veamos qué hay aquí para que yo pueda trabajar.

Muchas fueron las miradas dubitativas lanzadas sobre la pila del variado material que ahora abarrotaba el tejado, y al final el Espantapájaros movió la cabeza y comentó:

—Bueno, si de este montón de basura el amigo Nico puede fabricar una Cosa que vuele por el aire y nos lleve a un lugar seguro, tendré que reconocer que es mejor mecánico de lo que suponía.

Pero al principio el Leñador de Hojalata no parecía muy seguro de sus fuerzas, y sólo después de lustrarse vigorosamente la frente con la gamuza se decidió a emprender la tarea.

—Lo primero que hace falta para la máquina —dijo— es un cuerpo lo bastante grande como para llevar a todo el grupo. Este sofá es la cosa más grande que tenemos, y quizá sirva de cuerpo. Pero si la máquina se inclinara hacia un lado, resbalaríamos y caeríamos a tierra.

—¿Por qué no usar dos sofás? —preguntó Tip—. Abajo hay otro igual.

—Muy buena sugerencia —dijo el Leñador de Hojalata—. Ve ahora mismo a buscar el otro sofá.

Tip y el Caballete lograron, con mucho esfuerzo llevar el segundo sofá al tejado, y cuando juntaron los dos, uno frente al otro, los respaldos y los brazos formaron un muro protector alrededor de los asientos.

—¡Excelente! —gritó el Espantapájaros—. Dentro de este nido confortable y acogedor podremos viajar con comodidad.

Amarraron los dos sofás juntos con cuerdas y sogas y después Nico Hachero sujetó la cabeza del Gump a un extremo.

—Eso mostrará cuál es el lado delantero de la Cosa —dijo, muy complacido con la idea—. Y la verdad es que si uno lo mira con ojo crítico, el Gump se parece mucho a un mascarón de proa. Estas enormes hojas de palmera, por las que me he jugado la vida siete veces, deben servirnos de alas.

—¿Son lo bastante fuertes? —preguntó el niño.

—Son lo más fuerte que podemos conseguir —respondió el Leñador—, y aunque no guardan proporción con el cuerpo de la Cosa, no estamos en condiciones de exigir mucho.

Así que ató las hojas de palmera a los sofás, dos por cada lado.

—Ahora la Cosa está terminada —dijo el Bichovaivén con considerable admiración— y sólo necesita que le infundan vida.

—¡Un momento! —exclamó Jack—. ¿No vais a usar mi escoba?

—¿Para qué? —preguntó el Espantapájaros.

—Se puede atar atrás, como cola —respondió Cabeza de Calabaza—. No podríamos decir que la Cosa está completa si le falta la cola.

—¡Hum! —dijo el Leñador de Hojalata—. No veo la utilidad de una cola. No estamos tratando de copiar un animal, un pez o un pájaro. Todo lo que pedimos a la Cosa es que nos lleve por el aire.

—Cuando la Cosa adquiera vida quizá pueda usar una cola para dirigirse —sugirió el Espantapájaros—. Porque si: vuela por el aire no será distinta de un pájaro, y he notado que todos los pájaros tienen cola, que usan como timón durante el vuelo.

—Muy bien —respondió Nico—, se usará la escoba como cola. Y la sujetó con firmeza a la parte trasera del cuerpo del sofá.

Tip sacó la cajita de pimienta del bolsillo.

—La Cosa parece muy grande —dijo, preocupado—, y no estoy seguro de que haya suficiente polvo para dar vida a todo esto. Pero haré todo lo posible para que alcance.

—Pon la mayor parte en las alas —dijo Nico Hachero—, porque tienen que ser muy fuertes.

—¡Y no te olvides de la cabeza! —exclamó el Bichovaivén.

—¡Ni de la Cola! —añadió Jack Cabeza de Calabaza.

—Silencio —dijo Tip, nervioso—. Necesito aplicar el encanto mágico de manera adecuada.

Con mucho cuidado empezó a esparcir el valioso polvo sobre la Cosa. Primero echó una delgada capa en cada ala, después espolvoreó los sofás y a continuación puso una ligera cantidad en la cola.

—¡La cabeza! ¡La cabeza! ¡Te ruego que no te olvides de la cabeza! —gritó excitado el Bichovaivén.

—Sólo queda un poco de polvo —anunció Tip, mirando en el interior de la cajita—. Y me parece que es más importante dar vida a las patas del sofá que a la cabeza.

—No es así —decidió el Espantapájaros—. Cada cosa debe tener una cabeza que la dirija, y puesto que esta criatura no necesita caminar sino volar,

poco importa que sus patas estén vivas.

Tip acató esta decisión y esparció lo que quedaba del polvo sobre la cabeza del Gump.

—Ahora —dijo— ¡quiero silencio mientras obro el hechizo! Como había oído a la vieja Mombi pronunciar las palabras mágicas, y como había logrado también infundir vida al Caballete, Tip no dudó un instante en pronunciar las tres palabras cabalísticas, cada una acompañada de un gesto especial de las manos.

Fue una ceremonia solemne e imponente.

Cuando finalizó el encantamiento, toda la mole de la. Cosa se estremeció, el Gump soltó un chillido que es habitual en esos animales y después las cuatro alas empezaron a batir con furia.

Tip consiguió aferrarse a una chimenea para no ser barrido por la terrible brisa que levantaron las alas. El Espantapájaros, que era liviano, fue levantado y llevado por el aire hasta que Tip logró agarrarlo por una pierna y retenerlo. El Bichovaivén estaba tendido sobre el tejado, por lo que no sufrió daño alguno, y el Leñador de Hojalata, anclado por el peso de su material, abrazó a Jack Cabeza de Calabaza y consiguió salvarlo. El Caballete se cayó de espaldas y se quedó tendido sacudiendo inútilmente las patas en el aire.

Y mientras todos intentaban recuperarse, la Cosa se elevó poco a poco del tejado y subió por el aire.

—¡Ven aquí! ¡Regresa! —grito Tip con voz asustada, aferrando la chimenea con una mano y el Espantapájaros con la otra—. ¡Regresa ya, te lo ordeno!

Fue entonces cuando la sabiduría del Espantapájaros, que quiso dar vida a la cabeza de la Cosa y no a las piernas, quedó fuera de toda duda. Porque el Gump, ya bastante alto en el aire, volvió la cabeza ante la orden de Tip y empezó a girar hasta que vio el tejado del palacio.

—¡Regresa! —gritó otra vez el niño.

Y el Gümp obedeció, moviendo lenta y graciosamente las cuatro alas en el aire hasta que la Cosa se posó de nuevo sobre el tejado y se detuvo.

CAPÍTULO 18

EN EL NIDO DEL GRAJO

—Esta —dijo el Gump con una voz chillona totalmente desproporcionada para el gran tamaño del cuerpo— es la experiencia más novedosa de la que tengo noticia. Lo último que recuerdo con claridad es que caminaba por el bosque cuando oí un fuerte ruido. Quizá algo me mató en ese momento y ése, por cierto, tendría que haber sido mi final. Pero aquí estoy, vivo otra vez, con cuatro alas gigantescas y un cuerpo que haría llorar de vergüenza a cualquier animal o ave respetable. ¿Qué significa todo esto? ¿Soy un Gump o una carroza?

Mientras decía esto, la criatura movió los pelos de la barbilla de una manera muy cómica.

—Eres sólo una Cosa —respondió Tip— a la que se le ha puesto una cabeza de Gump. Y te hemos hecho y te hemos dado vida para que nos lleves por el aire a donde queramos ir.

—¡Muy bien! —dijo la Cosa—. Como no soy un Gump, no puedo tener el orgullo o el espíritu independiente de un Gump. Así que puedo convertirme en vuestro sirviente como en cualquier otra cosa. Mi única satisfacción es que en apariencia no tengo una constitución muy fuerte y lo más probable es que no viva mucho tiempo en estado de esclavitud.

—¡No digas eso, por favor! —gritó el Leñador de Hojalata, cuyo excelente corazón se había conmovido ante tan tristes palabras—. ¿Hoy no te sientes bien?

—Ah, para ser francos —dijo el Gump— éste es mi primer día de existencia, así que no puedo saber si me siento bien o mal.

Y movió la cola de escoba a un lado y a otro de manera pensativa.

—¡Vamos, vamos —dijo en tono amable el Espantapájaros—, trata de ser más alegre y toma la vida como viene! Seremos buenos amos y trataremos de hacerte la existencia lo más agradable posible. ¿Estás dispuesto a llevarnos por el aire hasta donde queramos ir?

—Por supuesto —respondió el Gump—. Puestos a elegir prefiero navegar por el aire. ¡Porque si tuviera que viajar por tierra y me encontrara con alguno de mi especie, sentiría un bochorno espantoso!

—Te entiendo —dijo comprensivo el Leñador de Hojalata.

—Sin embargo —prosiguió la Cosa—, cuando os miro con detenimiento, amos míos, ninguno dé vosotros parece estar construido de manera mucho más artística que yo.

—Las apariencias engañan —dijo muy serio el Bichovaivén—. Yo soy Muy Ampliado y Perfectamente Educado.

——¿De veras? —murmuró con indiferencia el Gump.

—Y mi cerebro está considerado un espécimen extraordinariamente raro —añadió orgulloso el Espantapájaros.

—¡Qué extraño! —dijo el Gump.

—Aunque soy de hojalata —dijo el Leñador—, poseo el corazón más cálido y más admirable del mundo entero.

—Encantado de saberlo —dijo el Gump con una ligera tos.

—Mi sonrisa —dijo Jack Cabeza de Calabaza— merece tu mejor atención. Siempre es la misma.

——Semper idem —explicó el pomposamente Bichovaivén, y el Gump se volvió para mirarlo.

—Y yo —declaró el Caballete, llenando una incómoda pausa— sólo soy notable porque no puedo dejar de serlo.

—Estoy muy orgulloso de conocer tan excepcionales amos —dijo el Gump con tono despreocupado—. Si pudiera hacer una presentación de mí mismo tan completa me sentiría más que satisfecho.

—Eso llegará en su momento —señaló el Espantapájaros—. El «Conócete a ti mismo», considerado un gran logro, nos ha costado a nosotros, que somos tus mayores, meses de perfeccionamiento. Pero ahora —añadió, volviéndose hacia los demás—, subamos a bordo y empecemos nuestra travesía.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tip mientras trepaba al asiento de los sofás y ayudaba a Cabeza de Calabaza a hacer lo mismo.

—En el País del Sur gobierna una reina muy encantadora llamada Glinda la Buena, que sin duda nos recibirá con gusto —dijo el Espantapájaros, metiéndose con torpeza en la Cosa—. Vayamos a verla y pidámosle consejo.

——Eso está muy bien pensado —declaró Nico Hachero, y dio un empujón al Bichovaivén y después echó al Caballete en la parte trasera de los acolchados asientos—. Conozco a Glinda la Buena y creo que se portará como una amiga de verdad.

—¿Estamos todos preparados? —preguntó el niño.

—Sí —anunció el Leñador de Hojalata, sentándose junto al Espantapájaros.

—Entonces —dijo Tip, dirigiéndose al Gump—, ten la gentileza de volar con nosotros hacia el sur, subiendo a una suficiente altura para no chocar con las casas y los árboles pero no más, porque si no me mareo.

—De acuerdo —fue la lacónica respuesta del Gump.

Batió las cuatro enormes alas y se levantó despacio en el aire; después, mientras nuestra pequeña banda de aventureros se aferraba a los respaldos y a los lados de los sofás para no caerse, el Gump giró hacia el sur y se elevó rápida y majestuosamente.

—El paisaje desde esta altura es maravilloso —comentó el educado Bichovaivén mientras viajaban.

—Olvídate del paisaje —dijo el Espantapájaros—. Aférrate con fuerza. Parece que la Cosa se balancea mucho.

—Pronto oscurecerá —dijo Tip, viendo que el sol estaba bajo en el horizonte—. Quizá tendríamos que haber esperado hasta la mañana. Me pregunto si el Gump podrá volar de noche.

—Lo mismo me he estado preguntando yo —dijo con tranquilidad el Gump—. Como ya sabes, para mí ésta es una experiencia nueva. Antes tenía patas que me llevaban con rapidez por el suelo. Pero ahora mis piernas están como muertas.

—Lo están —dijo Tip—. No les hemos infundido vida.

—Se supone que tu función no es caminar sino volar —explicó el Espantapájaros.

—Caminar es algo que podemos hacer nosotros —dijo el Bichovaivén.

—Empiezo a entender qué es lo que queréis de mí —dijo el Gump—, así que haré todo lo posible para complaceros—. Y siguió volando en silencio durante un rato.

Jack Cabeza de Calabaza empezó a preocuparse.

—Me pregunto si viajar por el aire no contribuirá al deterioro de las calabazas —dijo.

—No, a menos que asomes la cabeza por el borde —respondió el Bichovaivén—. En ese caso tu cabeza ya no sería una calabaza sino puré.

—¿No te pedí que dejaras de hacer esos chistes ofensivos? —dijo Tip mirando al Bichovaivén con expresión severa.

—Sí, y he dejado de hacer muchos —dijo el insecto—. Pero en nuestro lenguaje se dan ocasiones para tantos excelentes juegos de palabras que una persona educada como yo casi no puede resistir la tentación de hacerlos.

—Hace siglos que personas con más o menos educación inventaron esos chistes —dijo Tip.

—¿Estás seguro? —preguntó el Bichovaivén, asustado.

—Claro que sí —respondió el niño—. Quizá un bichovaivén educado sea una novedad, pero la educación de un bichovaivén es tan vieja como las montañas, a juzgar por el uso que haces de ella.

Ese comentario pareció impresionar mucho al insecto, que durante un buen rato se quedó en dócil silencio.

Al acomodarse en el asiento, el Espantapájaros vio sobre un cojín la caja de pimienta que Tip había tirado y se puso a examinarla.

—Arrójala por la borda —dijo el niño—. Está vacía y no sirve para nada guardarla.

—¿De veras está vacía? —preguntó el Espantapájaros, mirando con curiosidad dentro de la cajita.

—Por supuesto —respondió Tip—. La sacudí hasta sacarle el último grano del polvo.

—Entonces la cajita tiene doble fondo —anunció el Espantapájaros—, porque el fondo interior está Separado por lo menos dos centímetros del exterior.

—A ver —dijo el Leñador de Hojalata apoderándose de la caja—. Sí —declaró después de examinarla—, efectivamente, la caja tiene doble fondo. ¿Para qué será?

—¿No puedes abrir eso y averiguarlo? —preguntó Tip, ahora muy interesado en el misterio.

—Sí, se puede desenroscar el fondo —dijo el Leñador de Hojalata—. Tengo los dedos un poco duros; prueba tú, por favor.

Pasó la cajita de pimienta a Tip, que la desenroscó con facilidad. Y en la cavidad inferior había tres pastillas plateadas, y debajo de ellas un papel muy bien doblado.

El niño lo desdobló, con cuidado para que no se cayeran las pastillas y descubrió algunas líneas escritas claramente en tinta roja.

—Lee eso voz alta —dijo el Espantapájaros, y esto fue lo que leyó Tip:

LAS FAMOSAS PASTILLAS DE LOS DESEOS DEL DOCTOR NIKIDIK

Modo de empleo: Trague una pastilla; cuente hasta diecisiete de dos en dos; pida entonces un Deseo y el Deseo será concedido de inmediato.

ADVERTENCIA: Mantener en Lugar Seco y Oscuro.

—¡Es un descubrimiento muy valioso! —exclamó el Espantapájaros.

—Sin duda —dijo Tip, muy serio—. Estas pastillas quizá nos sean muy útiles. No sé si la vieja Mombi sabía que estaban en el fondo de la cajita de pimienta. Recuerdo haberle oído decir que había recibido el Polvo de la Vida de este mismo Nikidik.

—¡Debe de ser un poderoso mago! —dijo el Leñador de Hojalata—. Y ya que el polvo ha resultado un éxito tendríamos que confiar en las pastillas.

—Pero ¿cómo se hace para contar hasta diecisiete de dos en dos? —preguntó el Espantapájaros—. Diecisiete es un número impar.

—Es cierto —dijo Tip muy decepcionado—. Es imposible contar hasta diecisiete de dos en dos.

—Entonces las pastillas no nos sirven para nada —se quejó Cabeza de Calabaza—, cosa que me apena mucho porque yo había pensado pedir que no se me echara a perder nunca la cabeza.

—¡Tonterías! —dijo bruscamente el Espantapájaros—. Si pudiéramos usar las pastillas pediríamos deseos mucho mejores.

—No se me ocurre ninguno mejor —protestó el pobre Jack—. Si estuvieras condenado a pudrirte en cualquier momento entenderías mi preocupación.

—Por mi parte —dijo el Leñador de Hojalata—, te comprendo muy bien. Pero como no podemos contar hasta diecisiete de dos en dos, lo único que podemos darte es comprensión.

Para entonces había oscurecido mucho y los viajeros vieron por encima un cielo nublado que los rayos de la luna no podían atravesar.

El Gump seguía volando sin pausa, y por algún motivo el enorme cuerpo de sofá se balanceaba cada vez más.

El Bichovaivén anunció que se sentía mareado, y Tip también estaba pálido y un poco angustiado. Pero los demás se aferraban al respaldo de los sofás y si no había peligro de caer al vacío no parecía importarles el movimiento.

La noche era cada vez más oscura y el Gump seguía avanzando a toda velocidad por el cielo negro. Los viajeros no podían siquiera verse unos a otros, y se apoderó de ellos un opresivo silencio.

Al cabo de un largo rato, Tip, que había estado muy concentrado pensando, habló:

—¿Cómo sabremos que hemos llegado al palacio de Glinda la Buena? —preguntó.

—El palacio de Glinda queda muy lejos —respondió el Leñador—; yo he hecho el viaje.

—Pero ¿cómo podemos saber a qué velocidad vuela el Gump? —insistió el niño—. No vemos nada de la superficie de la tierra y antes del amanecer podemos haber dejado bastante atrás el sitio al que queremos ir.

—Es verdad —dijo el Espantapájaros, un poco nervioso—. Pero no veo la manera de detenernos ahora, porque podríamos aterrizar en un río o en lo más alto de un campanario, y eso sí que sería un desastre.

Así que dejaron que el Gump siguiera volando, batiendo rítmicamente aquellas enormes alas, y esperaron con paciencia el amanecer.

Entonces se confirmaron los temores de Tip, porque con los primeros rayos grises del alba miraron por los lados de los sofás y descubrieron llanuras ondulantes salpicadas de extrañas aldeas, donde las casas, en vez de tener forma de cúpula como ocurre con todas las del País de Oz, tenían tejados a dos aguas. Por las llanuras también andaban animales de apariencia extraña y el país resultaba desconocido tanto para el Leñador de Hojalata como para el Espantapájaros, que antes había visitado los dominios de Glinda la Buena y los conocía muy bien.

—¡Estamos perdidos! —dijo apesadumbrado el Espantapájaros—. El Gump debe de habernos llevado muy lejos del País de Oz, por encima de los arenosos desiertos y hasta el terrible mundo exterior del que nos habló Dorothy.

—Tenemos que regresar —dijo muy serio el Leñador de Hojalata—. ¡Tenemos que regresar lo antes posible!

—¡Gira! —gritó Tip al Gump—. ¡Gira, date prisa!

—Si lo hago me sentará mal —respondió el Gump—. No estoy nada acostumbrado a volar. Para mí el mejor plan sería posarme en algún sitio para dar media vuelta y reiniciar el viaje.

Sin embargo, en ese momento no parecía haber ningún sitio adecuado para lo que querían. Sobrevolaron una aldea tan grande que el Bichovaivén declaró que era una ciudad, y después llegaron a una alta cordillera con muchas gargantas profundas y bruscos precipicios.

—Ésta es nuestra oportunidad —dijo el niño al ver que estaban muy cerca de las cimas de las montañas. Después se volvió hacia el Gump y le ordenó—: ¡Baja en el primer sitio llano que encuentres!

—Muy bien —respondió el Gump, y se posó en una superficie rocosa situada entre dos precipicios.

Pero al carecer de experiencia en esos temas, el Gump no calculó bien la velocidad y en vez de detenerse sobre la roca plana se pasó por medio cuerpo y se rompió las dos alas derechas contra el borde filoso y después se cayó dando tumbos por el precipicio.

Nuestros amigos se aferraron a los sofás todo el tiempo que pudieron, pero al chocar el Gump contra un saliente de piedra la Cosa se detuvo de repente —patas arriba— y todos salieron despedidos.

Por fortuna cayeron sólo a unos pocos metros, porque debajo de ellos había un nido monstruoso, construido por una colonia de grajos en el hueco de un saliente del precipicio, así que ninguno de ellos —ni siquiera Cabeza de Calabaza— sufrió el menor daño. Jack descubrió que su preciosa cabeza descansaba contra el pecho mullido del Espantapájaros, que había funcionado como un maravilloso colchón, y Tip cayó sobre un montón de hojas y papeles, lo que evitó que se lastimara. El Bichovaivén había golpeado su redonda cabeza contra el Caballete, pero sin causarle más que leves molestias.

Al principio el Leñador de Hojalata estaba muy alarmado, pero al descubrir que no tenía ni un solo rasguño en el hermoso niquelado recuperó enseguida su habitual alegría y volvió a hablar con sus compañeros:

—Nuestro viaje ha tenido un final un poco brusco —dijo—, y no podemos echar la culpa del accidente a nuestro amigo el Gump porque, dadas las circunstancias, hizo todo lo que estuvo a su alcance. Pero la tarea de encontrar la manera de escapar de este nido queda para alguien que tenga mejor cerebro que yo.

Entonces observó al Espantapájaros, que se arrastró hasta el borde del nido y miró hacia abajo. Allí había un precipicio que bajaba varios cientos de metros. Por encima de ellos se veía una pared de piedra lisa inalterada salvo por el saliente de piedra del que aún colgaba el cuerpo hecho trizas del Gump, suspendido del extremo de uno de los sofás. Parecía que de verdad no había manera de escapar, y al comprender que estaba en una situación sin salida, la pequeña banda de aventureros se quedó muy perpleja.

—Ésta es una prisión peor que el palacio —comentó con tristeza el Bichovaivén.

—Ojalá nos hubiéramos quedado allí —se quejó Jack—. Me temo que el aire de la montaña no es bueno para las calabazas.

—No lo será cuando regresen los grajos —gruñó el Caballete, que seguía moviendo las patas en un inútil esfuerzo por volver a ponerse de pie—. Los grajos tienen una especial predilección por las calabazas.

—¿Crees que los pájaros vendrán aquí? —preguntó Jack, muy preocupado.

—Claro que sí —dijo Tip—, porque éste es su nido. Y debe de haber cientos —prosiguió—, ¡porque mira cuántas cosas han traído!

En efecto, el nido estaba prácticamente lleno de la más curiosa colección de objetos inservibles para los pájaros que los ladronzuelos grajos habían robado durante muchos años de las casas de los hombres. Y como el nido estaba escondido en un sitio adonde ningún ser humano podía llegar, nunca se recuperarían esos bienes perdidos.

El Bichovaivén buscó en la basura —porque los grajos no sólo robaban cosas inútiles sino también algunas valiosas— y levantó con el pie un hermoso collar de diamantes. El Leñador de Hojalata lo admiró tanto que el Bichovaivén se lo regaló con unas elegantes palabras, tras lo cual el Leñador se lo colgó alrededor del cuello, muy orgulloso, y cuando los grandes diamantes brillaron bajo los rayos del sol sintió una gran alegría.

Pero en ese momento oyeron un parloteo y un fuerte batir de alas, y al acercarse más el ruido Tip exclamó:

—¡Vienen los grajos! Y si nos encuentran aquí acabarán con nosotros.

—¡Ya me lo temía! —gimió Cabeza de Calabaza—. ¡Ha llegado mi final!

—¡Y también el mío! —dijo el Bichovaivén—, porque los grajos son los peores enemigos de mi raza.

Los demás no tenían ningún miedo, pero el Espantapájaros decidió de inmediato salvar a los miembros del grupo que podrían ser dañados por los furiosos pájaros. Ordenó por lo tanto a Tip que le quitara la cabeza a Jack y se acostara con ella en el fondo del nido; hecho eso, ordenó al Bichovaivén que se acostara junto, a Tip. Nico Hachero, que por experiencia sabía lo que tenía que hacer, desmontó al Espantapájaros —todo menos la cabeza— y esparció la paja sobre Tip y el Bichovaivén, cubriéndoles el cuerpo por completo.

Apenas habían terminado de hacer eso cuando llegó la bandada de grajos. Al ver a los intrusos en su nido, los pájaros descendieron sobre ellos con chillidos furiosos.

CAPÍTULO 19

EL DOCTOR NIKIDIK Y SUS FAMOSAS PASTILLAS DE LOS DESEOS

El Leñador de Hojalata solía ser un hombre pacífico, pero si la ocasión lo requería podía luchar con la ferocidad de un gladiador romano. Así que

cuando los grajos estuvieron a punto de derribarlo con las alas, y los afilados picos y garras amenazaron con dañarle el brillante enchapado, el Leñador levantó el hacha y la hizo girar con rapidez sobre la cabeza.

Pero a pesar de que rechazaron a muchos de esa manera, los pájaros eran tan numerosos y tan valientes que siguieron atacando con la misma furia del comienzo. Algunos picotearon los ojos del Gump, que colgaba indefenso sobre el nido, pero éstos eran de vidrio y no sufrieron ningún daño. Otros grajos se precipitaron sobre el Caballete, pero el animal, que estaba todavía boca arriba, coceaba ferozmente con las patas de madera y repelía a tantos agresores como el hacha del Leñador.

Al encontrar tanta resistencia, los pájaros se lanzaron sobre la paja del Espantapájaros, que estaba en el centro del nido cubriendo a Tip y al Bichovaivén y la cabeza de calabaza de Jack y empezaron a arrancarla y a salir volando con ella para dejarla caer, brizna por brizna, al gran abismo que se abría allá abajo.

La cabeza del Espantapájaros, al ver consternada cómo destruían gratuitamente su interior, pidió a gritos al Leñador de Hojalata que lo salvara, y ese buen amigo volvió a arremeter con energía. El hacha relampagueó entre los grajos y por fortuna el Gump empezó a mover con fuerza las dos alas que le quedaban en el lado izquierdo del cuerpo. El movimiento de esas enormes alas aterrorizó a los grajos, y cuando el Gump logró liberarse con su propio esfuerzo del saliente de roca de la que colgaba y se hundió aleteando en el nido, la alarma de los pájaros no tuvo límites y huyeron graznando sobre las montañas.

Al desaparecer el último enemigo, Tip salió arrastrándose de debajo del sofá y ayudó al Bichovaivén a hacer lo mismo.

—¡Nos hemos salvado! —gritó el niño, encantado.

—¡Ya lo creo! —respondió el Insecto Educado, que con la alegría se abrazó a la rígida cabeza del Gump—. ¡Y todo se lo debernos al aleteo de la Cosa y a la buena hacha del Leñador!

—¡Si estoy a salvo, sacadme de aquí! —pidió Jack, cuya cabeza permanecía todavía debajo de los sofás, y Tip logró sacar la cabeza rodando y colocársela otra vez en el cuello. También puso de pie al Caballete y le dijo:

—Te estamos agradecidos por el valor con que luchaste.

—Creo que hemos salido victoriosos —dijo orgulloso el Leñador de Hojalata.

—¡No tanto! —exclamó una voz apagada.

Al oír eso todos se volvieron, sorprendidos, y vieron la cabeza del

Espantapájaros en el fondo del nido.

—¡Estoy completamente arruinado! —declaró el Espantapájaros, viendo la estupefacción de los demás—. Porque ¿dónde está la paja que me rellena el cuerpo?

Todos se sobresaltaron ante la terrible pregunta. Miraron horrorizados el nido, donde ya no quedaban ni rastros de paja. Los grajos habían robado hasta la última brizna y la habían lanzado al abismo que se prolongaba cientos de metros por debajo del nido.

—¡Mi pobre, pobre amigo! —dijo el Leñador de Hojalata, levantando la cabeza del Espantapájaros y acariciándola con ternura—. ¡Quién hubiera imaginado que tendrías un final tan prematuro!

—Lo hice para ayudar a mis amigos —dijo la cabeza—, y me alegra morir de una manera tan noble y generosa.

—Pero ¿por qué estáis todos tan abatidos? —preguntó el Bichovaivén—. La ropa del Espantapájaros aún se encuentra a salvo.

—Sí —respondió el Leñador de Hojalata—, pero la ropa de nuestro amigo de nada sirve sin el relleno.

—¿Por qué no lo rellenamos con dinero? —preguntó Tip.

—¡Dinero! —gritaron todos a coro, asombrados.

—¡Claro! —dijo el niño—. En el fondo del nido hay miles de billetes de un dólar, de dos dólares, de cinco, de diez, de veinte y de cincuenta dólares. Hay suficiente para rellenar a una docena de Espantapájaros. ¿Por qué no usar ese dinero?

El Leñador de Hojalata empezó a revolver la basura con el mango del hacha, y en efecto, los que en un principio habían considerado papeles sin importancia resultaron ser billetes de diferentes valores que los traviesos grajos se habían dedicado a robar de las aldeas y de las ciudades que visitaban.

Dentro de ese nido inaccesible había una inmensa fortuna, y con el consentimiento del Espantapájaros pusieron rápidamente en práctica la propuesta de Tip.

Seleccionaron los billetes más nuevos y más limpios y los ordenaron en varias pilas. Rellenaron la pierna y la bota izquierdas con billetes de cinco dólares, la pierna derecha con billetes de diez y atestaron tanto el cuerpo de billetes de cincuenta, cien y mil dólares que el Espantapájaros apenas pudo abotonarse la chaqueta.

—Ahora —dijo admirado el Bichovaivén al finalizar la obra— eres el miembro más valioso del grupo, y como estás entre amigos fieles no corres

peligro de que te gasten.

—Gracias —dijo complacido el Espantapájaros—. Me siento un hombre nuevo, y aunque a primera vista se me pueda confundir con la caja de seguridad de un banco, ruego no olvidar que mis sesos siguen siendo del material original. Y ése es el bien por el que siempre se recurre a mí en una emergencia.

—Bueno, la emergencia está aquí —dijo Tip—, y si tus sesos no nos ayuden a salir, nos veremos obligados a pasar el resto de la vida en este nido.

—¿Y estas pastillas del deseo? —preguntó el Espantapájaros, sacando la caja del bolsillo de la chaqueta—. ¿No las podemos usar para escapar?

—No, a menos que sepamos contar hasta diecisiete de dos en dos —respondió el Leñador de Hojalata—. Pero nuestro amigo el Bichovaivén asegura estar perfectamente educado, así que para él debería ser fácil saber cómo se hace.

—No es un problema de educación —explicó el Insecto Es un problema de matemáticas. He visto al profesor hacer muchas sumas en la pizarra, y afirmar que todo se podía hacer con las x y con las y y con las a y cosas por estilo, mezclándolas con muchos signos de más y de menos y de igual, y así sucesivamente. Pero que yo recuerde nunca dijo nada sobre la manera de contar de dos en dos para llegar al número impar diecisiete.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Cabeza de Calabaza—. Me estás provocando dolor de cabeza.

—Y a mí —añadió el Espantapájaros—. Veo tus matemáticas como un bote de pepinillos en vinagre: cuanto más te esfuerzas por sacar uno menos probabilidades tienes de conseguirlo. Estoy seguro de que si eso tiene una solución, es muy sencilla.

—Sí —dijo Tip—. La vieja Mombi no podía usar las x ni los signos de menos porque nunca fue a la escuela.

—¿Por qué no empezar a contar desde la mitad de uno? —preguntó de pronto el Caballete—. Así cualquiera puede contar con facilidad de dos en dos hasta diecisiete.

Todos se miraron sorprendidos, porque consideraban al Caballete el más estúpido de todo el grupo.

—Haces qué me avergüence de mí mismo —dijo el Espantapájaros, haciendo una profunda reverenda al Caballete.

—Sin embargo, la criatura tiene razón —declaró el Bichovaivén—, porque dos veces la mitad de uno es uno, y desde el uno es fácil contar de dos en dos

hasta diecisiete.

—No sé por qué rio se me ocurrió a mí —dijo Cabeza de Calabaza.

—No me sorprende —dijo el Espantapájaros—. ¿Acaso eres más sabio que el resto de nosotros? Pero pidamos ya un deseo. ¿Quién se tragará la primera pastilla?

—¿Qué te parece si lo haces tú? —sugirió Tip.

—No puedo —dijo el Espantapájaros.

—¿Por qué? Tienes boca ¿verdad? —preguntó el niño.

—Sí, pero mi boca está pintada y no tiene nada conectado para tragar —respondió el Espantapájaros—. De hecho —continuó, mirando uno por uno a los compañeros con ojo crítico—, creo que el niño y el Bichovaivén son los únicos de nuestro grupo que pueden tragar.

Tip reconoció que eso era verdad y dijo:

—Entonces yo me ofrezco a pedir el primer deseo. Dame una de las Pastillas Plateadas.

El Espantapájaros intentó hacerlo, pero sus guantes rellenos eran demasiado torpes para coger Un objeto tan pequeño, y acercó la caja al niño, que eligió una de las pastillas y se la tragó.

—¡Cuenta! —gritó el Espantapájaros.

—¡Medio, uno, tres, cinco, siete, nueve, once, trece, quince, diecisiete! —contó Tip.

—¡Ahora pide el deseo! —dijo preocupado el Leñador de Hojalata.

Pero en ese momento el niño empezó a sufrir unos dolores tan espantosos que se asustó.

—¡La pastilla me ha envenenado! —dijo ahogando un grito—. ¡Ooh! ¡O-o-o-o-h! ¡Ay! ¡Crimen! ¡Fuego! ¡O-o-h! —Y entonces se revolcó en el fondo del nido con tales contorsiones que asustó a todo el grupo.

—¿Qué podemos hacer por ti? ¡Habla, te lo ruego! —suplicó el Leñador de Hojalata, mientras las lágrimas de compasión le corrían por las mejillas niqueladas.

—¡N-no lo sé! —respondió Tip—. ¡O-h! ¡Ojalá no hubiera tragado nunca esa pastilla!

De repente el dolor cesó y el niño se levantó y encontró al Espantapájaros mirando, asombrado la cajita de pimienta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el niño, un poco avergonzado de su reciente espectáculo.

——¡Es que las tres pastillas están otra vez en la caja! —dijo el Espantapájaros.

—Por supuesto —declaró el Bichovaivén—. ¿Acaso Tip no deseó no haber tragado nunca una de ellas? Bueno, el deseo se cumplió y no tragó una pastilla. Por lo tanto, las tres siguen en la caja.

—Puede ser, pero de todas maneras la pastilla me causó un horrible dolor.

—¡Imposible! —declaró el Bichovaivén—. Si nunca la has tragado, la pastilla no puede haberte causado dolor. Y así como la concesión de tu deseo prueba que no te tragaste la pastilla, es también evidente que no sufriste dolor.

—Entonces fue una magnífica imitación del dolor —dijo furioso Tip—. ¿Qué te parece si tú pruebas la siguiente pastilla? Ya hemos desperdiciado un deseo.

—¡Ah, no! —protestó el Espantapájaros—. Aquí hay todavía tres pastillas en la caja, y cada pastilla sirve para un deseo.

—Ahora la cabeza me duele a mí —dijo Tip—. No entiendo nada. ¡Pero te aseguro que no tomaré otra pastilla! —Y con ese comentario se retiró malhumorado al fondo del nido.

—Bueno —dijo el Bichovaivén—, me toca a mí encargarme de nuestra salvación a mi manera Muy Ampliada y Perfectamente Educada, porque parece que soy el único que puede y quiere pedir un deseo. Dame una de esas pastillas.

Se la tragó sin vacilar y todos se quedaron admirados de su coraje mientras el Insecto contaba hasta diecisiete de dos en dos como había hecho Tip. Y por alguna razón —quizá porque los bichovaivenes tienen el estómago más fuerte que los niños— la bolita plateada no le provocó dolor alguno.

—¡Deseo que las alas rotas del Gump se reparen y queden como nuevas! —dijo el Bichovaivén con voz lenta e imponente.

Todos se volvieron para mirar la Cosa, y el deseo se había cumplido con tanta rapidez que allí estaba el Gump, en perfecto estado, tan preparado para volar por el aire como cuando le habían infundido vida en el tejado del palacio.

CAPÍTULO 20

EL ESPANTAPÁJAROS RECURRE A GLINDA LA BUENA

—¡Hurra! —gritó de alegría el Espantapájaros—. Ahora podremos irnos de este miserable nido de grajos cuando nos dé la gana.

—Pero ya casi es de noche —dijo el Leñador de Hojalata—, y si no esperamos hasta la mañana para emprender el vuelo quizá nos metamos en más problemas. No me gustan estos viajes nocturnos, porque uno nunca sabe lo que va a ocurrir.

Decidieron entonces esperar hasta el amanecer y los aventureros se divirtieron en la penumbra buscando tesoros dentro del nido de los grajos.

El Bichovaivén encontró dos magníficos brazaletes de oro labrado que le quedaron muy bien en los delgados brazos. Al Espantapájaros le encantaban los anillos, y había muchos en el nido. Al poco rato tenía puesto uno en cada dedo de los acolchados guantes, y no conforme con ese despliegue añadió uno más a cada pulgar. Como se había esmerado en elegir anillos engarzados con piedras brillantes como rubíes, amatistas y zafiros, las manos del Espantapájaros presentaban ahora una apariencia de lo más brillante.

—Este nido le encantaría a la Reina Jinjur —dijo pensativo—, porque tengo la impresión de que ella y sus chicas me derrocaron sólo para robar las esmeraldas de mi ciudad.

El Leñador de Hojalata estaba contento con su collar de diamantes y se negó a aceptar más adornos, pero Tip consiguió un magnífico reloj de oro con una gruesa leontina y se lo metió en el bolsillo con mucho orgullo. También prendió algunos broches de piedras preciosas al chaleco rojo de Jack Cabeza de Calabaza y con una espléndida cadena sujetó unos impertinentes al pescuezo del Caballete.

—Muy bonito —dijo la criatura, mirando con gesto de aprobación los impertinentes—, pero ¿para qué sirven?

Ninguno pudo responder a esa pregunta, así que el Caballete decidió que era un adorno raro y se encariñó mucho con él.

Para que nadie del grupo se sintiera desairado terminaron poniendo varios anillos de sello grandes en las puntas de los cuernos del Gump, aunque esa atención no pareció complacer ni mucho menos al extraño personaje.

Pronto cayó sobre ellos la oscuridad y Tip y el Bichovaivén se fueron a dormir mientras los demás se sentaron a esperar pacientemente el amanecer.

A la mañana siguiente tuvieron motivos para felicitarse por el útil estado del Gump, porque con la luz del día una gran bandada de grajos se acercó para

volver a luchar por la posesión del nido.

Pero nuestros aventureros no se quedaron a esperar el ataque. Se echaron en los mullidos asientos de los sofás lo más rápido posible y Tip dio la orden para que el Gump alzara el vuelo.

La Cosa se elevó de inmediato por el aire, batiendo las grandes alas con fuerza y movimientos regulares, y en unos instantes estuvieron tan lejos del nido que los grajos chillones tomaron posesión sin siquiera intentar perseguirlos.

La Cosa voló hacia el norte, en la misma dirección de donde había venido. Al menos ésa era la opinión del Espantapájaros, y los demás estaban de acuerdo en que el Espantapájaros era el que mejor se orientaba. Después de pasar sobre algunas ciudades y aldeas el Gump los llevó sobre una llanura extensa donde las casas se fueron dispersando cada vez más hasta desaparecer del todo. A continuación, vino el vasto desierto de arena que separaba el País de Oz del resto del mundo, y antes del mediodía vieron las casas con forma de cúpula que eran la prueba de que estaban otra vez dentro de las fronteras de su país natal.

—Pero las casas y las vallas son azules —dijo el Leñador de Hojalata—, lo que indica que estamos en el país de los munchkins y por lo tanto muy lejos de Glinda la Buena.

—¿Qué hacemos? —preguntó el niño, dirigiéndose a su guía.

—No lo sé —dijo el Espantapájaros con franqueza—. Si estuviéramos en la Ciudad Esmeralda podríamos ir directamente hacia el sur y así llegar a nuestro destino. Pero no nos atrevemos a ir a la Ciudad Esmeralda, y es probable que con cada aleteo el Gump nos esté alejando en la dirección equivocada.

—Entonces el Bichovaivén tiene que tragarse otra pastilla —dijo Tip, sin vacilar—, y desear que vayamos en la dirección correcta.

—Muy bien —dijo el insecto Muy Ampliado—, acepto.

Pero cuando el Espantapájaros hurgó en el bolsillo buscando la cajita de pimienta que contenía las dos Pastillas Plateadas del Deseo, no la encontró. Preocupados, los viajeros buscaron la valiosa caja en cada rincón de la Cosa, pero había desaparecido sin dejar rastro.

Y el Gump seguía volando, llevándolos no sabían adónde.

—Debo de haber dejado la cajita de pimienta en el nido de los grajos —dijo finalmente el Espantapájaros.

—Es una gran pena —declaró el Leñador de Hojalata—. Pero no estamos

peor que antes de descubrir las Pastillas del Deseo.

—Estamos mejor —contestó Tip—, porque la pastilla que usamos nos permitió huir de ese nido horrible.

—Sin embargo, la pérdida de las otras dos es grave, y me merezco una buena reprimenda por el descuido —dijo el Espantapájaros, arrepentido—. Porque en grupos tan insólitos como éste pueden ocurrir accidentes en cualquier momento, y ahora mismo quizá nos estemos acercando a un nuevo peligro.

Nadie se atrevió a contradecir esas palabras, y se produjo un sombrío silencio.

El Gump seguía volando.

De repente Tip soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Debemos de haber llegado al País del Sur —gritó—, porque allí abajo todo es rojo!

Todos se asomaron de inmediato por encima de los respaldos de los sillones, menos Jack, que cuidaba mucho de que su cabeza de calabaza no corriera el riesgo de caérsele del cuello. En efecto, las casas, las vallas y los árboles rojos indicaban que habían entrado en los dominios de Glinda la Buena, y pronto, mientras seguían planeando con rapidez, el Leñador de Hojalata reconoció los caminos y los edificios por donde pasaban y alteró un poco el vuelo del Gump para que pudieran llegar al palacio de la célebre Hechicera.

—¡Bien! —exclamó encantado el Espantapájaros—. Ya no necesitamos las Pastillas del Deseo que perdimos, porque hemos llegado a nuestro destino.

La Cosa fue bajando poco a poco y acercándose al suelo hasta que finalmente se detuvo en los magníficos jardines de Glinda, posándose sobre el aterciopelado césped verde cerca de una fuente que arrojaba al aire no agua sino brillantes piedras preciosas que después caían sobre la pila de mármol tallado produciendo un suave tintineo.

Todo era magnífico en los jardines de Glinda, y mientras nuestros viajeros miraban alrededor con ojos maravillados una compañía de soldados apareció y los rodeó en silencio. Pero esos soldados de la gran Hechicera eran muy diferentes de los que componían el Ejército Sublevado de Jinjur, aunque también eran niñas. Porque las soldados de Glinda vestían uniformes pulcros y portaban espadas y lanzas y marchaban con una habilidad y una precisión que demostraban su buen entrenamiento en las artes de la guerra.

La Capitana que dirigía esta tropa —que era la escolta privada de Glinda— reconoció de inmediato al Espantapájaros y al Leñador de Hojalata, y les dio

la bienvenida con respetuosos saludos.

—¡Buenos días! —dijo el Espantapájaros y se quitó galantemente el sombrero mientras el Leñador hacía un saludo militar—. Hemos venido a solicitar una audiencia con tu justa Soberana.

—Glinda os espera en su palacio —dijo la Capitana—, porque os vio venir mucho antes de que llegarais.

—¡Qué extraño! —dijo Tip, pensativo.

—En absoluto —respondió el Espantapájaros—, porque Glinda la Buena es una Hechicera poderosa y nada de lo que pasa en el País de Oz se le escapa. Supongo que ella sabe tan bien como nosotros a qué hemos venido.

—Entonces ¿para qué hemos venido? —preguntó estúpidamente Jack.

—¡Para demostrar que eres un Cabeza de Calabaza! —dijo el Espantapájaros—. Pero si la Hechicera nos quiere ver, no debemos hacerla esperar.

Así que todos se bajaron de los sofás y siguieron a la Capitana hasta el palacio: incluso el Caballete ocupó su sitio en esa extraña procesión.

Glinda estaba sentada en el trono de oro magníficamente labrado y apenas pudo contener una sonrisa cuando aquellos extraños visitantes entraron y le hicieron una reverencia. Conocía y apreciaba al Espantapájaros y al Leñador de Hojalata, pero el torpe Cabeza de Calabaza y el Bichovaivén Muy Ampliado eran criaturas que jamás había visto y resultaban aún más curiosas que las demás. En cuanto al Caballete, no parecía otra cosa que un pedazo de madera animada, y tan rígida fue su reverencia que la cabeza chocó contra el suelo provocando una cascada de risas entre las soldados, a la que se unió Glinda.

—Suplico anunciar a vuestra gloriosa alteza —dijo el Espantapájaros con voz solemne— que mi Ciudad Esmeralda ha sido invadida por una horda de niñas insolentes con agujas de tejer que han esclavizado a todos los hombres, robado de las calles y los edificios públicos todas las esmeraldas y usurpado mi trono.

—Lo sé —dijo Glinda.

—También amenazaron con que acabarían conmigo y todos los buenos amigos y aliados que tienes delante —continuó el Espantapájaros—, y si no hubiéramos logrado escapar de sus garras nuestros días habrían terminado hace tiempo.

—Lo sé —repitió Glinda.

—Así que he venido a suplicar tu ayuda —prosiguió el Espantapájaros—,

porque creo que siempre estás dispuesta a socorrer a los desafortunados y a los oprimidos.

—Es verdad —dijo despacio la Hechicera—. Pero la Ciudad Esmeralda está ahora gobernada por la general Jinjur, que ha hecho que la proclamen Reina. ¿Qué derecho tengo yo a combatirla?

—Es que me robó el trono —dijo el Espantapájaros.

—¿Y cómo obtuviste tú el trono? —preguntó Glinda.

—Lo recibí del Mago de Oz y porqué el pueblo me eligió —dijo el Espantapájaros, molesto por la pregunta.

—¿Y cómo lo consiguió el Mago? —continuó Glinda, muy seria.

—Me dijeron que se lo robó a Pastoría, el antiguo Rey —dijo el Espantapájaros, turbado ante la penetrante mirada de la Hechicera.

—Entonces —declaró Glinda—, el trono de la Ciudad Esmeralda no te pertenece a ti ni a Jinjur sino a Pastoría, a quien se lo usurpó el Mago.

—Es verdad —reconoció el Espantapájaros con humildad—, pero ahora Pastoría está muerto y alguien debe gobernar en su lugar.

—Pastoría tenía una hija, que es la legítima heredera del trono de la Ciudad Esmeralda. ¿Lo sabías? —preguntó la Hechicera.

—No —contestó el Espantapájaros—. Pero si la chica vive no seré yo quien se interponga, en su camino. También me complacería que echaran a Jinjur por impostora y que yo pudiera recuperar el trono. De hecho, no es muy divertido ser rey, sobre todo si uno tiene buenos sesos. Hace tiempo que sé que reúno las condiciones para ocupar una posición más elevada. Pero ¿dónde está la niña a la que corresponde el trono y cómo se llama?

—Se llama Ozma —respondió Glinda—. Pero aún no he podido descubrir dónde está. Porque cuando el Mago de Oz usurpó el trono del padre de Ozma, escondió a la niña en algún lugar secreto, y por medio de un truco mágico que desconozco también logró impedir que fuera descubierta, incluso por una hechicera tan experimentada como yo.

——Eso es raro —interrumpió pomposamente el Bichovaivén—. ¡Me han informado de que el Maravilloso Mago de Oz no era más que un farsante!

—¡Tonterías! —exclamó el Espantapájaros, muy ofendido por esas palabras—. ¿Acaso no me dio unos sesos maravillosos?

—No hay ninguna farsa en cuanto a mi corazón —anunció el Leñador de Hojalata, mirando indignado al Bichovaivén.

—Quizá me informaron mal —tartamudeó el Insecto, retrocediendo—;

personalmente nunca conocí al Mago.

—Bueno, nosotros sí —dijo el Espantapájaros—, y te puedo asegurar que era un gran mago. Es verdad que fue culpable de algunas pequeñas imposturas, pero si no fuera un gran mago ¿cómo podría haber escondido tan bien a esa niña Ozma que nadie es capaz de encontrar?

—¡Me rindo! —dijo con docilidad el Bichovaivén.

—Ése es el discurso más sensato que ha salido de tu boca —dijo el Leñador de Hojalata.

—La verdad es que debo hacer otro esfuerzo por descubrir dónde está escondida esa niña —prosiguió la Hechicera, pensativa—. Tengo en la biblioteca un libro donde están grabadas todas las acciones del Mago mientras estuvo en nuestro País de Oz, o al menos todas las acciones que pudieron observar mis espías. Esta noche leeré con atención ese libro y procuraré individualizar los actos que puedan guiarnos hacia el descubrimiento de la perdida Ozma. Mientras tanto, os ruego que os divirtáis en mi palacio y ordenéis a mis sirvientes como si fueran vuestros. Mañana os concederé otra audiencia.

Con esas gentiles palabras Glinda se despidió de los aventureros, que salieron a recorrer los magníficos jardines, donde pasaron algunas horas disfrutando de todas las cosas deliciosas con las que la Reina del País del Sur había rodeado su palacio real.

A la mañana siguiente volvieron a presentarse ante Glinda, quien les dijo:

—He investigado detenidamente los registros de las acciones del Mago y de ellas sólo encontré tres que parecen sospechosas. Comía los guisantes con un cuchillo, hizo tres visitas secretas a la vieja Mombi y cojeaba un poco del pie izquierdo.

—¡Ah, esa última sí es sospechosa! —exclamó Cabeza de Calabaza.

—No necesariamente —dijo el Espantapájaros—. Quizá tuviera callos. A mí me parece que comer guisantes con cuchillo es más sospechoso.

—Quizá es una educada costumbre de Omaha, el gran país de donde provenía el Mago —sugirió el Leñador de Hojalata.

——Quizá —admitió el Espantapájaros.

—Pero ¿por qué hizo tres visitas secretas a la vieja Mombi? —preguntó Glinda.

—¡Ah, sí!, ¿por qué? —repitió intrigado el Bichovaivén.

—Sabemos que el Mago enseñó a la anciana muchos de sus trucos

mágicos —continuó Glinda—, cosa que no habría hecho si ella no le hubiera proporcionado algún tipo de ayuda. Por lo tanto, hay buenos motivos para sospechar que Mombi lo ayudó a esconder a la niña Ozma, que era la verdadera heredera al trono de la Ciudad Esmeralda y un peligro constante para el usurpador. Porque si el pueblo hubiera sabido que ella estaba viva, rápidamente la habría convertido en su Reina y le habría devuelto su legítima posición.

—¡Un argumento plausible! —dijo él Espantapájaros—. No dudo de que Mombi estuvo implicada en este infame asunto. Pero ¿de qué nos sirve saberlo?

—Tenemos que encontrar a Mombi —dijo Glinda—, y obligarla a que nos diga dónde está escondida la niña.

—Mombi está ahora con la Reina Jinjur en la Ciudad Esmeralda —dijo Tip —. Fue ella quien nos puso tantos obstáculos en el camino e hizo que Jinjur amenazara con deshacerse de mis amigos y devolverme al poder de la vieja bruja.

——Entonces —decidió Glinda— marcharé con mi ejército hasta la Ciudad Esmeralda y haré prisionera a Mombi. Después quizá podamos obligarla a que nos diga la verdad sobre Ozma.

——¡Es una vieja muy mala! —dijo Tip, temblando al recordar la tetera negra de Mombi—. Y también terca.

—Yo también soy muy terca —dijo la Hechicera con una dulce sonrisa—, así que no temo a Mombi en lo más mínimo. Hoy haré todos los preparativos y mañana al amanecer marcharemos hacia la Ciudad Esmeralda.

CAPÍTULO 21

EL LEÑADOR DE HOJALATA ARRANCA UNA ROSA

El ejército de Glinda la Buena parecía magnífico e imponente cuando se reunió al amanecer delante de las puertas del palacio. Los uniformes de las chicas soldados eran bonitos y de colores alegres, y sus lanzas de punta plateada y largas astas con incrustaciones de madreperla refulgían. Todas las oficiales llevaban espadas relucientes y afiladas y escudos ribeteados con plumas de pavos reales; de veras costaba creer que un enemigo pudiera derrotar a un ejército tan brillante.

La Hechicera iba en un hermoso palanquín que era como el cuerpo de un carruaje, con puertas y ventanas y cortinas de seda; pero en vez de ruedas

como los carruajes, el palanquín se apoyaba sobre dos largas barras horizontales sostenidas por los hombros de doce sirvientes.

El Espantapájaros y sus compañeros decidieron ir en el Gump para mantenerse a la misma velocidad con que marchaba el ejército, así que tan pronto como Glinda se puso en marcha y sus soldados partieron al son de la música que tocaba la banda real, nuestros amigos se montaron en los sofás y los siguieron. El Gump volaba muy bajo, exactamente encima del palanquín en el que viajaba la Hechicera.

—Cuidado —dijo el Leñador de Hojalata al Espantapájaros, que se había asomado por un lado para mirar el ejército allá abajo—. Te puedes caer.

—No importaría —señaló el educado Bichovaivén—. Mientras esté relleno de billetes no podrá arruinarse.

—¿No te pedí que…? —empezó a decir Tip en tono de reproche.

—¡Sí, me lo pediste! —se apresuró a decir el Bichovaivén—. Y te ruego que me perdones. De veras trataré de contenerme.

—Más te vale —declaró el niño—. Es decir, si quieres viajar con nosotros.

—¡Ah! Ahora no podría separarme de vosotros —murmuró emocionado el Insecto, así que Tip dejó el tema.

El ejército siguió avanzando a un ritmo constante, pero antes de que llegara a las murallas de la Ciudad Esmeralda se hizo de noche. Sin embargo, a la débil luz de la luna nueva las fuerzas de Glinda rodearon la ciudad y montaron sobre la pradera sus tiendas de campaña de seda escarlata. La tienda de la Hechicera era más grande que las demás y estaba hecha de seda pura blanca y sobre ella ondeaban estandartes de color escarlata. También se levantó una tienda para el grupo del Espantapájaros, y una vez terminados los preparativos con precisión y rapidez militar, el ejército se retiró a descansar.

Grande fue la sorpresa de la Reina Jinjur a la mañana siguiente, cuando sus soldados llegaron corriendo a informarle sobre el inmenso ejército que las rodeaba. De inmediato subió a una alta torre del palacio real y vio las banderas que flameaban en todas direcciones y la gran tienda blanca de Glinda justo delante de las puertas.

—¡Sin duda estamos perdidas! —gritó desesperada Jinjur—, pues ¿de qué nos valdrán las agujas de tejer frente a las largas lanzas y las terribles espadas de nuestras enemigas?

—Lo mejor que podemos hacer —dijo una de las chicas— es rendirnos lo más rápido posible, antes de que nos hagan daño.

—Ni pensarlo —dijo Jinjur, con más valor—. El enemigo aún está fuera de

las murallas, así que debemos tratar de ganar tiempo entreteniéndolo con negociaciones. Ve con una bandera blanca a ver a Glinda y pregúntale por qué ha osado invadir mis dominios y qué es lo que pide.

La niña atravesó las puertas llevando una bandera blanca para mostrar que iba en misión de paz y fue hasta la tienda de Glinda.

—Dile a tu Reina —explicó la Hechicera a la niña— que debe entregarme a la vieja Mombi para que sea mi prisionera. Si lo hace no la volveré a molestar.

Ese mensaje, al ser entregado, llenó de consternación a la Reina, porque Mombi era su principal consejera y Jinjur tenía verdadero terror, a la vieja arpía. Pero mandó llamar a Mombi y le contó lo que había dicho Glinda.

—Veo que tendremos problemas —farfulló la vieja bruja después de mirar en el espejo mágico que llevaba en el bolsillo—. Pero quizá podamos todavía huir engañando a esa hechicera, por más inteligente que se crea.

—¿No crees que será más seguro para mí entregarte a ella? —preguntó nerviosa Jinjur.

—¡Si lo haces, te costará el trono de la Ciudad Esmeralda! —respondió sin vacilar la bruja—. Pero si me dejas actuar a mi manera, podré salvarnos a las dos con mucha facilidad.

—Entonces haz lo que quieras —dijo Jinjur—, porque ser reina es tan aristocrático que no deseo verme obligada a regresar a casa y hacer camas y lavar platos para mi madre.

Así que Mombi llamó a Jellia Jamb y realizó cierto rito mágico que conocía. Como consecuencia del hechizo, Jellia adquirió la forma y apariencia de Mombi mientras la vieja bruja se volvió tan idéntica a la niña que resultaba imposible que alguien pudiera darse cuenta del engaño.

—Ahora —dijo la vieja Mombi a la Reina—, que tus soldados entreguen a esta chica a Glinda. Pensará que tiene a la verdadera Mombi en su poder y así regresará de inmediato a su propio País del Sur.

Condujeron a Jellia, cojeando como una anciana, fuera de las puertas de la ciudad y la llevaron ante Glinda.

—Aquí está la persona que reclamabas —dijo una de las guardias—, y ahora nuestra Reina ruega que te vayas como prometiste y nos dejes en paz.

—Eso es lo que haré —dijo Glinda, muy complacida—, si de verdad ésa es la persona que parece ser.

—Claro que es la vieja Mombi —aseguró la guardia, que creía decir la verdad; después las soldados de Jinjur volvieron a entrar por las puertas de la

ciudad.

La Hechicera hizo llamar enseguida a su tienda al Espantapájaros y sus amigos, y empezó a interrogar a la supuesta Mombi sobre Ozma, la niña pérdida. Pero Jellia nada sabía de ese asunto y el interrogatorio pronto la puso tan nerviosa que sucumbió y se echó a llorar, para gran sorpresa de Glinda.

—¡Aquí hay algún truco estúpido! —dijo la Hechicera con los ojos encendidos de rabia—. ¡Ésta no es Mombi sino otra persona a la que se le ha dado su apariencia! Dime, ¿cómo te llamas? —preguntó, volviéndose hacia la temblorosa niña.

Como la bruja la había amenazado con matarla si confesaba el engaño, Jellia no se atrevió a decirlo. Pero Glinda, a pesar de ser dulce y justa, sabía de magia más que nadie en el País de Oz. Así que pronunció unas pocas y potentes palabras, y haciendo un extraño gesto devolvió con rapidez a la niña su antigua forma, y en el mismo instante, en el palacio de Jinjur, la vieja Mombi recobró de repente su propia figura encorvada y sus rasgos malvados.

—¡Vaya, si es Jellia Jamb! —gritó el Espantapájaros al reconocer en la niña a una de sus viejas amigas.

—¡Es nuestra intérprete! —dijo Cabeza de Calabaza, sonriendo complacido.

Entonces Jellia se vio obligada a contar el engaño de Mombi, y rogó a Glinda que le diera protección, a lo que la Hechicera accedió de inmediato. Pero Glinda estaba ahora realmente enojada y envió a Jinjur el mensaje de que se había descubierto el fraude y debía entregar a la verdadera Mombi; de lo contrario sufriría terribles consecuencias. Jinjur ya estaba preparada para recibir el mensaje, porque la bruja se había enterado de que Glinda había descubierto el engaño al recuperar su forma natural. Pero la vieja y malvada criatura ya había pensado en otro engaño y había hecho prometer a Jinjur que lo llevaría a cabo. Así que la Reina dijo a la mensajera de Glinda:

—Dile a tu señora que no encuentro a Mombi por ninguna parte, pero que con mucho gusto Glinda puede entrar en la ciudad y buscar por sí misma a la anciana. Si quiere, también puede traer con ella a sus amigos; pero si no encuentra a Mombi antes del atardecer, debe prometer que se marchará pacíficamente y no volverá a molestarnos.

Glinda aceptó esas condiciones, pues sabía muy bien que Mombi estaba en algún sitio dentro de las murallas de la ciudad. Así que Jinjur hizo abrir las puertas de par en par y Glinda entró a la cabeza de una compañía de soldados, seguida por el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata, mientras Jack Cabeza de Calabaza iba montado en el Caballete y el Educado y Muy Ampliado Bichovaivén marchaba detrás con paso lento y majestuoso. Tip caminaba junto

a la Hechicera, porque Glinda se había encariñado mucho con el niño.

La vieja Mombi no tenía, por supuesto, ninguna intención de que Glinda la encontrara, así que mientras marchaban por las calles la bruja se transformó en una rosa roja que crecía en un rosal del jardín del palacio. Fue una idea inteligente y un ardid del que Glinda no sospechó, de modo que perdió varias horas preciosas buscando en vano a Mombi.

Cuando faltaba poco para la puesta del sol, la Hechicera comprendió que había sido derrotada por la astucia superior de la vieja, así que ordenó a su gente que saliera de la ciudad y regresara a las tiendas.

En ese momento el Espantapájaros y sus compañeros buscaban en el jardín del palacio y obedecieron desilusionados la orden de Glinda. Pero antes de abandonar el jardín, el Leñador de Hojalata, que era aficionado a las flores, descubrió por casualidad una gran rosa roja que crecía en un rosal, la arrancó y se la puso en el ojal de la pechera de hojalata.

Mientras lo hacía creyó oír un leve gemido que salía de la rosa, pero no prestó atención al sonido y de ese modo Mombi fue sacada de la ciudad y llevada al campamento de Glinda sin que nadie sospechara del éxito de la búsqueda.

CAPÍTULO 22

LA TRANSFORMACIÓN DE LA VIEJA MOMBI

En un primer momento la bruja se asustó al verse capturada por el enemigo, pero pronto decidió que estaba tan segura en el ojal del Leñador de Hojalata como creciendo en el rosal porque nadie sabía que la rosa y Mombi eran la misma cosa, y ahora que estaba fuera de las puertas de la ciudad sus probabilidades de escapar de Glinda habían aumentado considerablemente.

«Pero no hay ninguna prisa —pensó Mombi—. Esperaré un rato y disfrutaré de la humillación de esta Hechicera cuando descubra que me he burlado de ella».

Así que durante toda la noche la rosa permaneció tranquilamente en el ojal del Leñador y a la mañana siguiente, cuando Glinda mandó llamar a nuestros amigos para consultarlos, Nico Hachero llevó consigo la hermosa flor a la tienda de seda blanca.

—Por alguna razón —dijo Glinda— no hemos encontrado a la astuta y vieja Mombi, y me temo que nuestra expedición será un fracaso. Y lo lamento de verdad, porque sin nuestra ayuda la pequeña Ozma nunca será rescatada ni

se la restituirá a su legítima posición de Reina de la Ciudad Esmeralda.

—No permitas que nos demos por vencidos tan fácilmente —dijo Cabeza de Calabaza—. Hagamos algo más.

—De veras habrá que hacer algo más —dijo Glinda con una sonrisa—, pero no comprendo cómo me ha derrotado con tanta facilidad una vieja bruja que sabe mucho menos de magia que yo.

—Mientras estemos en el terreno creo que sería sensato por nuestra parte conquistar la Ciudad Esmeralda para la Princesa Ozma y después buscar a la niña —dijo el Espantapájaros—. Y mientras la niña permanezca escondida yo gobernaré encantado en su lugar, porque de asuntos de gobierno entiendo mucho más que Jinjur.

—Pero he prometido no molestar a Jinjur —protestó Glinda.

—¿Y si regresáis todos conmigo a mi reino, mejor dicho, a mi imperio? —dijo el Leñador de Hojalata, y con un soberano movimiento del brazo incluyó cortésmente a todo el grupo—. Me complacerá mucho entreteneros en mi castillo, donde hay habitaciones de sobra. Y si alguno de vosotros quiere que lo niquelen, mi ayuda de cámara lo hará sin costo alguno.

Mientras hablaba el Leñador los ojos de Glinda habían descubierto la rosa que tenía en el ojal y en un momento creyó ver que los grandes pétalos rojos de la flor temblaban un poco. Eso la hizo sospechar de inmediato, y un instante más tarde la Hechicera había decidido que la aparente rosa no era otra cosa que una transformación de la vieja Mombi. En ese mismo momento Mombi supo que la habían descubierto y que debía planear rápido la huida, y como le resultaba fácil transformarse adoptó enseguida la forma de una sombra y se deslizó por la pared de la tienda hacia la entrada, con la intención de desaparecer.

Pero Glinda no sólo poseía la misma astucia que la bruja sino mucha más experiencia. De modo que llegó a la entrada de la tienda antes que la Sombra y con un movimiento de mano la cerró tan bien que Mombi no encontró una rendija lo bastante grande para escapar. Los movimientos de Glinda sorprendieron mucho al Espantapájaros y a sus amigos porque ninguno de ellos había notado la Sombra. Glinda dijo entonces:

—¡Quedaos todos quietos! Porque la vieja bruja está todavía con nosotros en esta tienda y espero capturarla.

Estas palabras alarmaron tanto a Mombi que de sombra se transformó rápidamente en una hormiga negra, con cuya forma anduvo por la tierra, buscando una rendija o una grieta en la que esconder su minúsculo cuerpo.

Por fortuna, la tierra donde se había levantado la tienda, justo delante de

las puertas de la ciudad, era dura y lisa, y mientras la hormiga caminaba Glinda la descubrió y corrió a atraparla. Pero cuando iba bajando la mano, la vieja bruja, ahora realmente desesperada de miedo, hizo su última transformación, y con la forma de un enorme grifo atravesó de un salto la pared de la tienda, rasgando la seda, y se alejó a la velocidad de un torbellino.

Glinda no dudó en seguirla. Saltó sobre el lomo del Caballete y gritó:

—¡Ahora demostrarás que tienes derecho a estar vivo! ¡Corre!, ¡corre!, ¡corre!

El Caballete corrió. Como un rayo, siguió al Grifo, moviendo tan rápido las patas de madera que titilaban como los rayos de una estrella. Antes de que nuestros amigos pudieran recobrarse de la sorpresa, el Grifo y el Caballete se perdieron de vista.

—¡Vamos! ¡Sigámoslos! —gritó el Espantapájaros.

Corrieron hasta el sitio donde estaba el Gump y subieron rápidamente a bordo.

—¡Vuela! —ordenó Tip, impaciente.

—¿Adonde? —dijo el Gump, con voz tranquila.

—No lo sé —contestó Tip, que estaba muy nervioso por el retraso que llevaban—; pero si subes al aire creo que podremos descubrir hacia dónde se fue Glinda.

—Muy bien —contestó con calma el Gump, que abrió las grandes alas y subió bien alto en el aire.

A lo lejos, por los prados, vieron dos pequeñas manchas que corrían a toda velocidad una detrás de la otra, y supieron que esas manchas tenían que ser el Grifo y el Caballete. Tip se los señaló al Gump y pidió a la criatura que procurara alcanzar a la vieja bruja y a la Hechicera. Pero por rápido que volara el Gump, la perseguida y la perseguidora avanzaban a mayor velocidad y en unos instantes se perdieron en el horizonte.

—A pesar de todo, sigamos hacia ellas —dijo el Espantapájaros—, porque el País de Oz tiene poca extensión y tarde o temprano tendrán que detenerse.

La vieja Mombi se había creído muy sabia al elegir la forma de un grifo, porque tenía patas muy veloces y mayor resistencia que otros animales. Pero no había calculado la infatigable energía del Caballete, cuyas extremidades de madera podían correr durante días sin reducir la velocidad. Por lo tanto, después de una hora de ardua carrera, el Grifo empezó a tener problemas de respiración, a jadear penosamente y a dar boqueadas, y corría más despacio que antes. Entonces llegó al borde del desierto y empezó a adentrarse en las

arenas profundas. Pero los cansados pies se hundieron en la arena y unos minutos más tarde el Grifo se desplomó, completamente agotado, y se quedó tendido en la inmensidad del desierto.

Glinda apareció un instante después, montada en el aún vigoroso Caballete, y tras desenrollar del cinturón un delgado hilo de oro, lo arrojó sobre la cabeza del resollante e indefenso Grifo, destruyendo de esa manera el poder mágico de transformación de Mombi.

Con un violento temblor, el animal desapareció de la vista y en su lugar quedó la forma de la vieja bruja, que lanzó una mirada fulminante a la serena y hermosa cara de la Hechicera.

CAPÍTULO 23

LA PRINCESA OZMA DE OZ

Eres mi prisionera y es inútil que sigas luchando —dijo Glinda con voz suave y dulce—. Quédate quieta un momento y descansa; después te llevaré de vuelta a mi tienda.

—¿Por qué me buscas? —preguntó Mombi, todavía incapaz de hablar con claridad por la falta de aliento—. ¿Qué te he hecho para que me persigas así?

—A mí no me has hecho nada —respondió la dulce Hechicera—, pero sospecho que eres culpable de varias acciones malvadas, y si descubro que es verdad que has abusado de tu conocimiento de la magia, pienso castigarte con mucha severidad.

—¡Te desafío! —dijo con voz ronca la vieja arpía—. ¡No te atreverás a hacerme daño!

En ese momento llegó volando el Gump y se posó Sobre las arenas del desierto junto a Glinda. Nuestros amigos se quedaron encantados al saber que por fin Mombi había sido capturada, y después de una rápida consulta se decidió que todos debían regresar en el Gump al campamento. Echaron el Caballete a bordo y después Glinda, sin soltar un extremo del hilo de oro que rodeaba el cuello de Mombi, obligó a su prisionera a trepar a los sofás. Los demás hicieron lo mismo y Tip ordenó al Gump emprender el regreso.

El viaje transcurrió sin sobresaltos. Mombi iba sentada con gesto hosco y adusto porque, mientras tuviera el hilo mágico ciñéndole el cuello, la vieja arpía estaba totalmente indefensa. El ejército aclamó entusiasta el regreso de Glinda y el grupo de amigos pronto volvió a reunirse en la tienda real, que había sido perfectamente reparada durante su ausencia.

—Ahora —dijo la Hechicera a Mombi— quiero que nos digas por qué el Maravilloso Mago de Oz te visitó tres veces y qué ocurrió con la niña Ozma, que desapareció de manera tan extraña.

La arpía miró desafiante a Glinda, pero no dijo nada.

—¡Contéstame! —gritó la Hechicera.

Pero Mombi no abrió la boca.

—Quizá no lo sabe —aventuró Jack.

—Te ruego que no hables —dijo Tip—. Podrías arruinar todo con tus tonterías.

—¡Muy bien, querido padre! —dijo con docilidad Cabeza de Calabaza.

—¡Cómo me alegro de ser un bichovaivén! —murmuró el Insecto Muy Ampliado—. No se puede esperar que brote sabiduría de una calabaza.

—Bueno —dijo el Espantapájaros—, ¿qué podemos hacer para que Mombi hable? Si no nos dice lo que queremos saber, su captura habrá sido inútil.

—¿Y si probamos a ser bondadosos? —sugirió el Leñador de Hojalata—. He oído decir que con la bondad se puede conquistar a cualquiera, por feo que sea.

Al oír esas palabras la vieja arpía le lanzó una mirada tan horrible que el Leñador de Hojalata se acobardó.

Glinda había estado pensando detenidamente lo que iba a hacer, y entonces se volvió hacia Mombi y dijo:

—Te aseguro que no ganas nada con desafiarnos, porque estoy decidida a averiguar la verdad sobre la niña Ozma, y si no me dices todo lo que sabes te ejecutaré.

¡Oh, no! ¡No hagas eso! —exclamó el Leñador de Hojalata—. ¡Sería horrible matar a alguien, incluso a la vieja Mombi!

—Pero no es más que una amenaza —dijo Glinda—. No ejecutaré a Mombi porque ella preferirá decirme la verdad.

—¡Ah, entiendo! —dijo el hombre de hojalata, mucho más tranquilo.

—Supongamos que te cuento todo lo que quieres saber —dijo Mombi, hablando tan bruscamente que todos se sobresaltaron—. ¿Qué harás después conmigo?

—En ese caso —contestó Glinda—, sólo te pediré que bebáis una potente pócima que te hará olvidar toda la magia que alguna vez aprendiste.

—¡Entonces me convertiría en una anciana indefensa!

—Pero no perderías la vida —sugirió, confortador, Cabeza de Calabaza.

—¡No abras esa boca! —dijo nervioso Tip.

—Lo intentaré —respondió Jack—, pero tendrás que admitir que vale la pena estar vivo.

—Sobre todo si uno está Perfectamente Educado —añadió el Bichovaivén, moviendo la cabeza en señal de aprobación.

—Puedes elegir —dijo Glinda a la vieja Mombi— entré morir si te callas o perder los poderes mágicos si me dices la verdad. Pero me parece que preferirás vivir.

Mombi miró con preocupación a la Hechicera y vio que estaba decidida y que lo que decía no era ninguna broma. Así que respondió lentamente:

—Contestaré a tus preguntas.

—Eso es lo que esperaba —dijo Glinda, complacida—. Te aseguro que es una sabia decisión.

Después hizo una señal a una de sus capitanas, que le trajo un magnífico cofre de oro, del que la Hechicera sacó una inmensa perla blanca sujeta a una fina cadena que se puso en el cuello de tal manera que la perla le quedó sobre el pecho, justo encima del corazón.

—Ahora —dijo—, te haré la primera pregunta: ¿Por qué el Mago te visitó tres veces?

—Porque yo no iba a visitarlo a él —respondió Mombi.

—Ésa no es una respuesta —dijo Glinda con severidad—. Dime la verdad.

—Bueno —dijo Mombi mirando al suelo—, me visitó para saber cómo hacía yo las galletas para el té.

—¡Levanta la mirada! —ordenó la Hechicera.

Mombi obedeció.

—¿De qué color es mi perla? —preguntó Glinda.

—¡Vaya, es negra! —dijo la vieja arpía, asombrada.

—¡Entonces me has dicho una mentira! —gritó furiosa Glinda—. Mi perla sólo conserva el color blanco puro cuando se dice la verdad.

Mombi comprendió entonces qué era inútil tratar de engañar a la Hechicera, así que mientras enfrentaba la derrota con cara de pocos amigos, dijo:

—El Mago me trajo a la niña Ozma, que no era más que un bebé, y me rogó que la ocultara.

—Eso es lo que yo creía —declaró con calma Glinda—. ¿Qué te dio a cambio de tu servicio?

—Me enseñó todos los trucos de magia que conocía. Algunos eran buenos y otros eran sólo engaños, pero he sido fiel a mi promesa.

—¿Qué hiciste con la niña? —preguntó Glinda, y ante esta pregunta todos se inclinaron hacia delante y esperaron ansiosos la respuesta.

—La hechicé —respondió Mombi.

—¿De qué manera?

—La transformé en… en…

—¿En qué? —preguntó Glinda mientras la arpía vacilaba.

—¡En un niño! —dijo Mombi en voz baja.

—¡Un niño! —respondieron todos a coro, y después, al saber que esa vieja había criado a Tip desde muy pequeño, todos los ojos se volvieron hacia donde estaba el niño.

—Sí —dijo la vieja bruja, asintiendo con la cabeza—, ésa es la Princesa Ozma, la niña que me trajo el Mago tras robar el trono al padre. ¡Esa es la legítima gobernante de la Ciudad Esmeralda! —Y señaló al niño con el largo y huesudo dedo índice.

—¡Yo! —gritó asombrado Tip—. ¡Vaya! ¡Yo no soy la Princesa Ozma, yo no soy una niña!

Glinda sonrió, fue hacia Tip y cogió la pequeña mano morena con su mano delicada y blanca.

—Ahora mismo no eres una niña —dijo con suavidad porque Mombi te transformó en un niño. Pero cuando naciste eras niña y también princesa, así que debes recuperar tu verdadera forma para poder convertirte en la Reina de la Ciudad Esmeralda.

—¡Oh, deja que sea Jinjur la Reina! —exclamó Tip, a punto de llorar—. ¡Quiero seguir siendo niño, sí, y viajar con el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata y el Bichovaivén y Jack! ¡Y con mi amigo el Caballete y el Gump! ¡No quiero ser una niña!

—Pobrecito, no te preocupes —dijo con voz tranquilizadora el Leñador de Hojalata—. Me dijeron que ser niña no es nada malo, e igual seguiremos siendo tus fíeles amigos. Y, para serte honesto, siempre me han parecido más simpáticas las niñas que los niños.

—Digamos que son igual de simpáticas —añadió el Espantapájaros, dándole una afectuosa palmada en la cabeza.

—Y son igual de buenas estudiantes —proclamó el Bichovaivén—. Cuando vuelvas a ser niña me gustaría ser tu tutor.

—¡Pero, mira! —dijo gritando Jack Cabeza de Calabaza—, ¡si te conviertes en niña ya no podrás seguir siendo mi querido padre!

—No —respondió Tip, riéndose a pesar de la angustia—, y no lamentaré salir de esa relación. —Después, volviéndose vacilante hacia Glinda, añadió —: Podría probar durante un tiempo y ver cómo me siento. Pero si no me gusta ser niña debes prometer que me convertirás otra vez en niño.

—En realidad —dijo la Hechicera— mi magia no llega tan lejos. Nunca me dedico a las transformaciones porque no son sinceras y a ninguna bruja respetable le gusta hacer que las cosas parezcan lo que no son. Sólo las brujas inescrupulosas usan este arte, y por lo tanto tengo que pedirle a Mombi que te libere de su hechizo y te devuelva a tu forma anterior. Será la última oportunidad que tendrá para practicar la magia.

Ahora que se había descubierto la verdad sobre la Princesa Ozma, a Mombi le tenía sin cuidado lo que fuera a pasar con Tip, pero temía la furia de Glinda y el niño se ofreció generosamente a mantener a Mombi en la vejez si se convertía en la gobernante de la Ciudad Esmeralda. Así que la bruja aceptó realizar la transformación y efectuar los preparativos para que el acontecimiento tuviera lugar de inmediato.

Glinda ordenó que colocaran su propio lecho real en el centro de la tienda. Encima tenía un montón de cojines forrados de seda rosa, y de un riel dorado que había encima colgaban muchos pliegues de gasa rosada que ocultaban por completo el interior del lecho.

Lo primero que hizo la bruja fue obligar al niño a que bebiera una poción que lo sumió en un sueño profundo y tranquilo. Después el Leñador de Hojalata y el Bichovaivén lo llevaron con cuidado hasta el lecho, lo acostaron sobre los blandos cojines y corrieron las gasas para ocultarlo de toda mirada terrenal.

La bruja se puso en cuclillas sobre el suelo y encendió un minúsculo fuego de hierbas secas que sacó del pecho. Cuando las llamas brotaron y crecieron, Mombi arrojó un puñado de polvo mágico sobre el fuego, del que de inmediato se desprendió un intenso vapor violeta que impregnó toda la tienda con su fragancia e hizo estornudar al Caballete, a pesar de habérsele advertido que se mantuviera en silencio.

Entonces, mientras los demás la observaban con curiosidad, la arpía

salmodió un verso rítmico con palabras que nadie entendía y balanceó el enjuto cuerpo por encima del fuego, hacia delante y hacia atrás, siete veces. En ese punto pareció que el conjuro había terminado porque la bruja se puso de pie y gritó con fuerza una sola palabra: «¡Yeowa!».

El vapor se disipó, la atmósfera volvió a quedar limpia y una ráfaga de aire fresco inundó la tienda y las cortinas rosa del sillón se agitaron apenas, como si las movieran desde dentro.

Glinda fue hasta el dosel y apartó las cortinas de seda. Se inclinó sobre los cojines, alargó la mano y del lecho se incorporó la figura de una niña, lozana y hermosa como una mañana de mayo. Los ojos le brillaban como dos diamantes y tenía los labios del color de la turmalina. Sobre la espalda le flotaban mechones de oro rojizo que una fina diadema de piedras preciosas sujetaba en la frente. La túnica de gasa de seda flotaba a su alrededor como una nube y le cubrían los pies unas primorosas zapatillas de raso.

Ante esa exquisita visión los viejos amigos de Tip se quedaron observando con asombró durante un largo minuto. Después, una a una, las cabezas se inclinaron profundamente para mostrar su auténtica admiración por la encantadora Princesa Ozma. La niña mito la radiante cara de Glinda, que resplandecía de placer y satisfacción, y después se volvió hacia los demás.

—Espero que ninguno de vosotros me quiera menos que antes —dijo con encantadora inseguridad—. Sabéis que soy el mismo Tip de siempre, sólo que…

—¡Sólo que eres diferente! —dijo Cabeza de Calabaza, y todos pensaron que ésas eran las palabras más sabias que jamás había dicho.

CAPÍTULO 24

LA RIQUEZA DE LA SATISFACCIÓN

Cuando las maravillosas noticias —cómo había sido atrapada Mombi la Bruja; cómo había confesado su: crimen a Glinda y cómo habían descubierto a la desaparecida Princesa Ozma nada menos que en la persona del niño Tip— llegaron a sus oídos, la Reina Jinjur lloró verdaderas lágrimas de dolor y desesperación.

—Pensar —se quejó— que después de haber gobernado como Reina y de haber vivido en un palacio ¡tengo que volver a fregar suelos y a hacer mantequilla! ¡Es demasiado horrible! ¡No lo consentiré jamás!

Así que cuando sus soldados, que pasaban la mayor parte del tiempo

preparando caramelos de dulce de leche en las cocinas del palacio, aconsejaron a Jinjur que resistiera, escuchó su insensato parloteo y envió un duro desafío a Glinda la Buena y a la Princesa Ozma. El resultado fue una declaración de guerra, y al día siguiente Glinda marchó sobre la Ciudad Esmeralda con banderines ondulando al viento y bandas de músicos y una selva de brillantes lanzas que refulgían bajo los rayos del sol.

Pero cuando ese grupo valeroso llegó a las murallas, se detuvo de repente porque Jinjur había cerrado y trancado todas las puertas, y las murallas de la Ciudad Esmeralda eran altas y gruesas, con muchos bloques de mármol verde. Al ver frustrado su avance, Glinda arrugó la frente, pensando muy concentrada, mientras el Bichovaivén decía con su tono más positivo:

—Tenemos que sitiar la ciudad y doblegarla con el hambre. Es lo único que podemos hacer.

—No —dijo el Espantapájaros—. Todavía tenemos el Gump, que aún puede volar.

La Hechicera se volvió rápidamente al oír esas palabras, y una sonrisa le iluminó la cara.

—Tienes razón —exclamó—, y de veras tienes motivos para enorgullecerte de tu cerebro. ¡Subamos de inmediato al Gump!

Atravesaron las filas del ejército hasta llegar al sitio, cerca de la tienda del Espantapájaros, donde estaba el Gump. Glinda y la Princesa Ozma fueron las primeras en subir y se sentaron en los sofás. Después subieron el Espantapájaros y sus amigos y aún quedó sitio para una capitana y tres soldados que Glinda consideró suficientes como guardia.

Entonces, siguiendo una orden de la Princesa, la extraña Cosa a la que todos llamaban Gump batió las alas de hoja de palmera y se elevó por el aire llevando al grupo de aventureros por encima de las murallas. Revolotearon sobre el palacio y pronto vieron a Jinjur reclinada en una hamaca del patio leyendo cómodamente una novela de tapas verdes y comiendo chocolates verdes, confiada en que las murallas la protegerían de los enemigos. El Gump obedeció una orden rápida y se posó sobre el mismo patio, y sin dar tiempo a Jinjur más que a gritar, la capitana y las tres soldados saltaron, hicieron prisionera a la Reina y le esposaron las muñecas con fuertes cadenas.

Con ese acto terminó realmente la guerra, porque el Ejército Sublevado se rindió al enterarse de que Jinjur estaba prisionera, y la capitana marchó sin problemas por las calles hacia las puertas de la ciudad, que abrió de par en par. Entonces las bandas ejecutaron su música más conmovedora mientras el ejército de Glinda entraba en la ciudad y los heraldos proclamaban la derrota de la audaz Jinjur y el ascenso de la hermosa Princesa Ozma al trono de sus

antepasados reales.

De inmediato, los hombres de la Ciudad Esmeralda se quitaron los delantales, Y se dice que las mujeres estaban tan cansadas de comer lo que cocinaban sus maridos que todas saludaron con alegría la derrota de Jinjur. Cierto es que tras correr todas y cada una a las cocinas de sus casas, las buenas esposas prepararon un banquete tan delicioso para los agotados hombres que la armonía volvió a reinar en todas las familias.

El primer acto de gobierno de Ozma fue obligar al Ejército Sublevado a que devolviera todas las esmeraldas y gemas robadas de las calles y los edificios públicos, y tan grande era el número de piedras preciosas que habían arrancado esas vanidosas niñas que todos los joyeros del reino trabajaron sin cesar durante más de un mes para volver a ponerlas en su sitio.

Mientras tanto, el Ejército Sublevado fue disuelto y las niñas enviadas de vuelta a la casa de sus madres. Con la promesa de portarse bien, también Jinjur fue liberada.

Ozma se convirtió en la Reina más encantadora que la Ciudad Esmeralda jamás había conocido, y aunque joven e inexperta, gobernaba a su pueblo con justicia y sabiduría, porque Glinda la aconsejaba siempre muy bien. Y el Bichovaivén, nombrado en el importante puesto de Educador Público, resultaba muy útil a Ozma cuando sus deberes reales la desconcertaban.

La niña, en agradecimiento por los servicios prestados, ofreció al Gump el premio que más anhelara.

——Entonces —dijo el Gump, por favor desármame. No quería que me dieran vida y mi personalidad conglomerada me da mucha vergüenza. Una vez fui el rey del bosque, como bien lo prueban mis cuernos, pero ahora, en mi condición actual de tapizada servidumbre, me veo obligado a volar por el aire y las piernas no me sirven para nada. Por lo tanto, suplico que se me desguace.

Ozma ordenó entonces que desmontaran al Gump. La cabeza astada fue colgada otra vez sobre la chimenea del vestíbulo y los sofás fueron desatados y colocados en las salas de recepción. La cola de escoba recobró sus funciones habituales en la cocina, y finalmente el Espantapájaros volvió a poner todas las cuerdas de tender ropa en los ganchos de donde las había sacado aquel día crucial en que habían construido la Cosa.

Quizá uno pueda pensar que ése fue el final del Gump, y lo fue en cuanto máquina voladora. Pero la cabeza sobre la chimenea siguió hablando cada vez que tenía ganas de hacerlo, y solía asustar con preguntas repentinas a las personas que esperaban en el vestíbulo una audiencia con la Reina.

El Caballete, como era propiedad personal de Ozma, recibía los mejores

cuidados, y a menudo la Reina se paseaba montada en la extraña criatura por las calles de la Ciudad Esmeralda. Había hecho que le herraran con oro las patas de madera para que no se gastaran, y el tintineo de las herraduras de oro en el pavimento siempre intimidaba a los súbditos de la Reina, que veían en esa creación la prueba de sus poderes mágicos.

—El Maravilloso Mago nunca fue tan maravilloso como la Reina Ozma —decía la gente en voz baja—, porque él afirmaba hacer muchas cosas que de las que en verdad no era capaz, mientras que nuestra nueva Reina hace muchas cosas que nadie esperaría que pudiera realizar.

Jack Cabeza de Calabaza permaneció junto a Ozma hasta el final de sus días, y no se echó a perder tan rápido como había temido, aunque siguió siendo tan estúpido como siempre. El Bichovaivén trató de enseñarle algunas artes y ciencias, pero Jack era tan mal estudiante que cualquier esfuerzo por educarlo terminaba en fracaso.

Después de que el ejército de Glinda hubo regresado y la paz quedó restablecida en la Ciudad Esmeralda, el Leñador de Hojalata anunció su deseo de volver a su propio Reino de los Winkies.

—No es un reino muy grande —dijo a Ozma—, pero por esa misma razón es más fácil de gobernar, y me he proclamado Emperador porque soy un Monarca Absoluto y nadie interfiere en mi conducta pública ni en mis asuntos particulares. Cuando llegue a casa haré que me pongan una capa nueva de níquel, pues me he estropeado y rasguñado un poco últimamente, y después me encantaría recibir tu visita.

—Gracias —dijo Ozma—. Quizá algún día acepte tu invitación. Pero ¿qué pasará con el Espantapájaros?

—Regresaré con mi amigo el Leñador de Hojalata —dijo muy serio el hombre relleno—. Hemos decidido no volver a separarnos jamás.

—Y he nombrado al Espantapájaros mi Tesorero Real —explicó el Leñador de Hojalata—. Porque se me ha ocurrido que está muy bien tener un Tesorero Real hecho de dinero. ¿Qué opinas?

—Pienso —dijo sonriente la pequeña Reina— que tu amigo debe de ser el hombre más rico del mundo.

—Lo soy —dijo el Espantapájaros—, pero no por el dinero. Considero que mis sesos son muy superiores a mi dinero en todo sentido. Habrás notado que si uno tiene dinero pero no sesos, no lo usa de manera provechosa. En cambio, si alguien tiene sesos, pero no dinero, podrá vivir cómodamente hasta el final de sus días.

—Al mismo tiempo —declaró el Leñador de Hojalata—, debes reconocer

que un buen corazón es algo que los sesos no pueden crear, y que tampoco se puede comprar con dinero. Después de todo, quizá sea yo el hombre más rico del mundo.

—Los dos sois ricos, amigos míos —dijo Ozma con dulzura—, y vuestra riqueza es la mejor riqueza que se puede tener: ¡la riqueza de la satisfacción!

Freeditorial
¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es